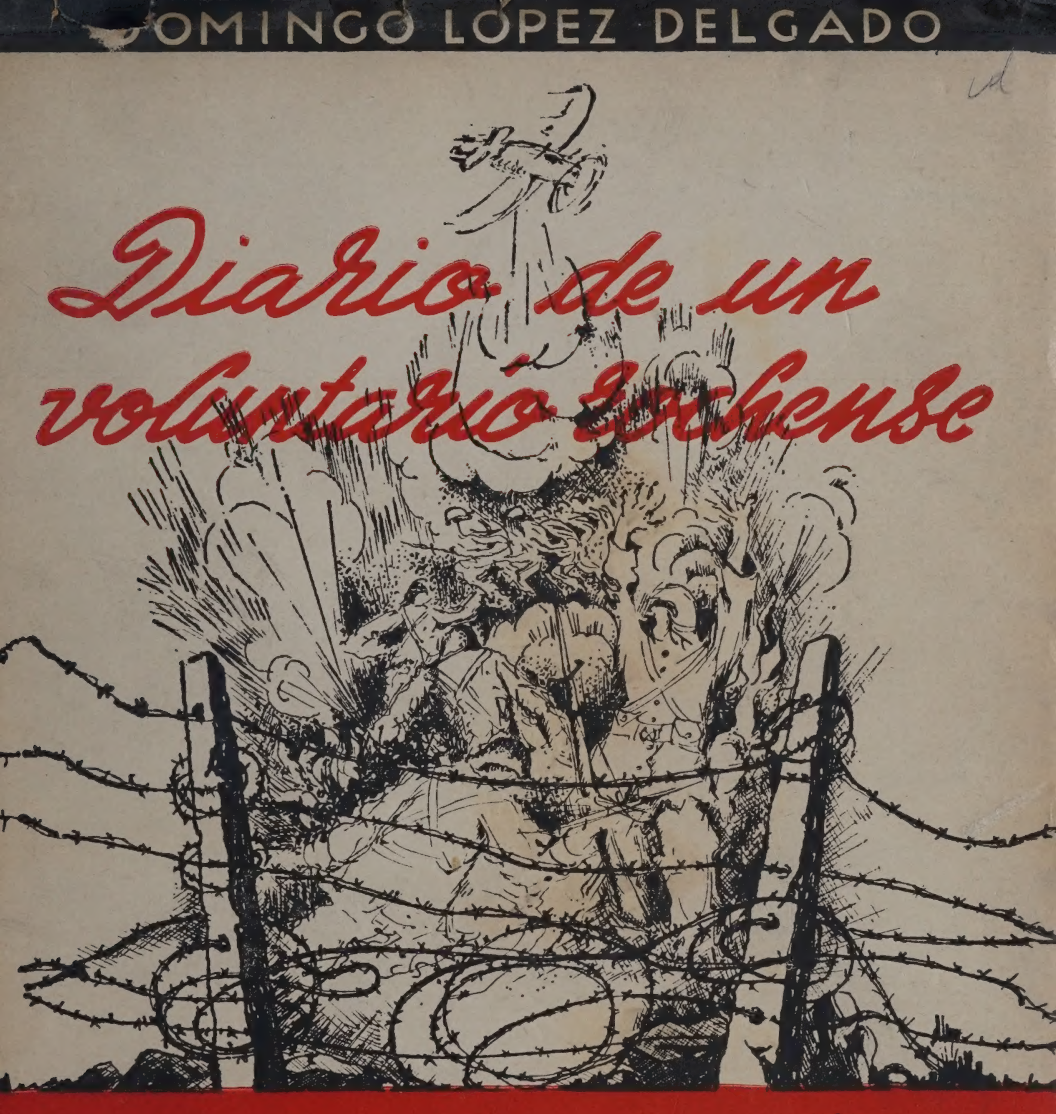
DOMINGO LOPEZ DELGADO



Diario de un voluntario rochense

EN LOS FRENTES DE LUCHA

ROCHA
1948

EN LOS FRENTES DE LUCHA

Queda hecho al depósito que previene la ley N.º 9739
Impreso y hecho en el Uruguay
Printed and made in Uruguay



Cabo DOMINGO LOPEZ DELGADO

DOMINGO LÓPEZ (DELGADO)

DIARIO DE UN VOLUNTARIO ROCHENSE

EN LOS FRENTES DE LUCHA

HOMENAJE DE SU PUEBLO
AL VOLUNTARIO ROCHENSE
DOMINGO LOPEZ DELGADO,
SOLDADO DE LA LIBERTAD.

A MANERA DE PROLOGO

PROLOGAR un libro, no es tarea fácil, aunque sean diversos los puntos de vista desde los cuales se analice su contenido.

Un prólogo, debe ser en primer lugar, portada amplia y acogedora, que incite al lector a seguir adelante, y si preciso fuera, hasta llevarlo de la mano, cual si allí se le brindara el albergue espiritual que aquel buscara.

Muchas veces, el título de un libro, tiene por sí solo una poderosa fuerza de atracción. ¿Interés investigador? ¿Simple curiosidad?

El libro que hoy presenta a la avidez del lector Domingo López Delgado, es de esos libros a los que, por circunstancias muy especiales, no les es menester el prólogo que lleve de la mano a descubrir sus caminos interiores. Si no bastara su título para definir el tema que se desarrolla en sus páginas, está, sobre todo para los hijos de este solar atlántico, el conocimiento del autor, nuestro conterráneo, que hizo vida de soldado en la segunda guerra mundial.

Es pues, su libro, "El diario de guerra de un voluntario Rochense" y cobra por ese motivo un interés anticipado.

López Delgado, no es un literato ni un poeta, ni ha pretendido hacer literatura en base a las anotaciones de su diario. ¿Para qué? **Acaso no escribió él, por su idealismo de soldado de la Libertad, el épico poema de su decisión y su coraje en los frentes de lucha, destacando los valores de su sangre y de su raza?**

Para qué, pues, hacer hoy literatura si para ello le fuera preciso torturarse en la gesta de la forma, cuando le basta para vestir con ropajes de interés sus relatos, el exponerlos sencillamente, modestamente, como si no asignara mayor mérito a las hazañas cumplidas.

Lopez Delgado diríamos que fué a la guerra a punta de corazón, llevado por sus ideales de hombre libre, con un poco del Quijotismo de sus veinte y cuatro años, magnífico por que no calcula!, y volvió de ella, con experiencia de soldado, pero igualmente con corazón de niño, presa fácil a hondas emociones.

Por eso, cuando en la noche gloriosa de su retorno a Rocha, el pueblo delirante le aclamaba, "Minguito" lloró en nuestros brazos y sus lágrimas rodaron sobre su pecho fuerte de soldado, se enredaron a sus cordones de legionario, humedecieron sus cintas tricolores y dieron nueva pátina de gloria a sus medallas.

Hoy nos ofrece su libro, con la misma sencillez, la misma naturalidad con que fué a la guerra y acaso con el mismo propósito: servir la Democracia.

Rocha, Julio de 1948. **J. A. RIBOT**

Lector amigo:

ANTES de comenzar la lectura de este libro, piensa que él no ha sido escrito por un hombre de letras, y que no tiene siquiera la pretensión de serlo.

Lo he escrito accediendo al pedido de algunos amigos y para darle a mi madre y a mis hermanos, un poco de la felicidad que les quité durante el tiempo en que estuve lejos de la Patria. Vaya también en recuerdo de aquellos que fueron mis compañeros, para los que viven y para los que, como Aguedo Sequeira, dejaron gloriosamente su vida en los campos de batalla.

No busques en él frases bellas ni figuras de academia porque no las encontrarás. Su sola finalidad es la de relatar en la forma más real que me ha sido posible, las miserias y los dolores de la guerra, las angustias, el miedo y la incertidumbre en que he vivido durante cuatro años, y al decir "vivido" digo mal, porque en la guerra no se vive, se agoniza.

Lee este libro pero antes, predispone tu espíritu a la benevolencia, para perdonar los errores que puedan haberse deslizado en sus líneas sencillas y hasta de cierta rusticidad criolla. Si te hace pasar unas horas entretenidas, sé que me lo agradecerás por haber aligerado el peso de tus diarias preocupaciones y yo seré feliz por ello, y si no te ha agradado creo que sabrás disculparme, porque he hecho lo mejor que he podido.

EL AUTOR

POR QUE FUI A LA GUERRA

NADIE puede haber olvidado aún aquellas conmociones que, desde 1937, comenzaron a hacer tambalear la paz universal.

Hay hechos que quedan grabados en forma indeleble en el espíritu de los pueblos y de las personas, y estos fueron de esos.

En ese año de 1937, una sombra siniestra comenzó a cernirse sobre el mundo... y los corazones se encogieron, y las gargantas se apretaron de angustia; esta sombra era proyectada por las alas negras de las águilas germanas planeando sobre Austria, y Austria fué su primera víctima.

Meses después se abatieron los buitres sobre Checoeslovaquia. Se iniciaron conversaciones y conferencias para evitar este nuevo atropello ¡Farsa y comedia! la suerte de la pequeña república estaba echada.

Los cancilleres europeos corrían cuesta arriba, hacia el cubil de Berchtesgaden, y hasta hubo alguno que a pesar de la edad avanzada y de su delgadez alarmante, trepó de rodillas con un paraguas bajo el brazo.

Magnífico modelo para un pintor que hubiera querido estampar en la tela "La Humillación".

Pero esto no satisfizo aún el apetito de las hienas pardas, lanzándose contra Polonia haciendo que el incendio estallara pavoroso.

En defensa de su honor y de su seguridad, Inglaterra y

Francia empuñaron las armas pero ¡ay! demasiado tarde. Masacrada Polonia, no tardó la heroica Galia quizás traicionada, quizás no, en verse pisoteada por las botas sucias de los nazis.

Y nosotros, jóvenes libres de América, ¿podíamos permanecer impasibles o indiferentes ante tantos crímenes perpetrados contra la humanidad?

¿Era posible que no ardiera nuestra sangre con la misma intensidad que el fuego que devoraba al viejo continente? Nada haríamos por el bienestar común, discutiendo con los estrategas de café y colocando banderitas de colores sobre los mapas, para marcar el avance de los ejércitos en pugna; era el momento de tomar las armas. ¿Quijotada? Puede ser. A muchos les causó risa. ¿Qué era un hombre más en aquel caos de hierro y fuego?

¡Nada! Y afirmo que si todos los hombres amantes de la libertad, hubieran pensado así, Francia no habría contado en sus filas a 150.000 voluntarios.

Y para terminar: fuí a la guerra arrastrado por mi amor a Francia, madre de la civilización y fuí a la guerra para poder gritar bien alto: ¡He defendido con mis brazos los ideales de la democracia, y tengo derecho a ser un hombre libre! ¡Por eso fuí a la guerra!

CAPITULO I

Corría el mes de Setiembre del año 1941, cuando leyendo un diario nos enteramos de que varios animosos jóvenes uruguayos habían partido para Inglaterra a enrolarse en el ejército de la Francia Libre, para combatir a la bestia nazi.

Nosotros también íbamos a conseguir, después de buscar inútilmente los medios, embarcar hacia la vieja Inglaterra para una vez allá, poder ser útil a la noble causa de la Democracia con las armas en la mano.

Desde el triste momento en que estallara la guerra, nos hicimos íntimamente la promesa formal de participar en ella en la primera oportunidad que se nos presentara.

Habíamos ido ya a la Embajada francesa en 1939 donde se nos agradeció el gesto de presentarnos voluntarios, pero en ese momento para enrolarse era necesario ser francés o hijo de francés, resolución que no nos conformó ni mucho menos, pués que pensamos desde el primer momento, que esa sería una guerra universal que involucraría a todos los hombres libres contra las tiranías y la opresión y, por lo tanto, no debían seleccionarse nacionalidades sino voluntades, para la lucha a muerte con la arrogante Alemania.

Tratamos de cumplir nuestro deseo por otro medio, y entonces nos dirigimos al consulado belga para ver de alistarnos como marineros en un vapor de esa bandera, con el propósito de desertar al llegar a Inglaterra y engancharnos en el ejército de las democracias. El cónsul belga, en entrevista que mantuvimos nos tomó los datos personales, prometién-

donos que en cuanto hubiera un buque con plazas vacantes nos llamaría. El tiempo pasaba y nada. Ya perdíamos la esperanza de cumplir la promesa que nos habíamos hecho, cuando llegó el día feliz en que nuestros ojos leyeron la noticia a que antes nos referíamos. Arrojamos lejos el diario y corrimos a la calle para ir directamente a la embajada inglesa, donde se nos indicó que los que enrolaban voluntarios eran los Franceses Libres. Llegamos por fin: nos recibió el señor Lalour quien hizo nuestra ficha con los datos personales, preguntándonos en que arma deseábamos servir: respondimos que en cualquiera. Bajo que clima? Le contestamos que nuestro solo deseo era luchar y que el arma o el clima en que lo haríamos nos era indiferente. Nos exigieron un certificado médico en el cual constara que nuestro organismo podía soportar cualquier clima, el que me fué extendido por un médico amigo, el Dr. Bonifacio Urioste López, que era en ese entonces interno en el Hospital Militar.

Al mes de todas estas gestiones, recibimos del Comité de Francia Libre un breve comunicado. Nuestra emoción no es para ser descripta; antes de abrirla, (lo hicimos con un vaso de alcohol por delante), sentíamos dentro del pecho algo que nunca habíamos experimentado antes: presentíamos que aquel sobre contenía nuestra felicidad, poder cumplir con nosotros mismos y aportar nuestro entusiasmo y nuestra juventud a la causa sacrosanta de la libertad.

Lentamente, refrenando la extraña emoción que se apoderaba de todo nuestro ser, rasgamos el sobre y leímos: "Hemos recibido noticias de Londres que mucho interesan a Ud. Ruégole pasar por nuestra oficina, a la brevedad posible." ¡Qué pocas palabras, pero cuánto significaban para nosotros! . . .

A las dos de la tarde nos presentamos en el Comité. "Hemos recibido, nos dijo Lalour, la contestación de Londres (pequeña pausa como estudiando la reacción), está usted

aceptado como voluntario en las Fuerzas Francesas Libres; ahora sólo debe esperar un barco en el que haya lugar para conducirlo a Inglaterra".

¿Qué sentimos en ese momento? Alegría, miedo de lo que veníamos de hacer? No sabríamos definir tan extraña sensación, tal confusión de sentimientos. Dominando la emoción como pudimos, preguntamos que era lo que debíamos llevar para el viaje: se nos recomendó cargar lo menos posible.

Nuevas gestiones para la expedición del pasaporte y otra serie que debimos correr que felizmente no fueron dificultosas.

La primera parte de nuestra gestión estaba terminada al conseguir la aceptación de nuestro ofrecimiento como voluntarios de guerra, en defensa del ideal democrático. A partir de ese instante, ya nos imaginábamos integrantes de las fuerzas de la libertad, y nuestro pensamiento y nuestras inquietudes se concretaron en un solo punto: Partir!

Y llegamos así al 11 de noviembre del año de 1941.

Fueron nuestros últimos momentos en la Patria que abandonábamos. Tarde gris un poco fría, como si quisiera ponerse a tono con el estado de ánimo que nos embargaba. Minutos antes de zarpar el barco, entregamos una carta a una señorita allí presente, para que fuera puesta en el correo, cuando el barco largara amarras. Dicha carta estaba dirigida a nuestros familiares y se comprenderá lo que en ella decíamos.

La maniobra de levar anclas comenzó a las 17 h.30' aproximadamente.

En el puerto, muchas personas y mucha emoción; lágrimas en los ojos de los que partían, y lágrimas también en los de aquellos que en tierra quedaban. Sin jactarnos de dureza de corazón, permanecimos casi indiferentes ante estas demostraciones de dolor, ante esta separación, que podía ser eterna. Creemos que esa falta de sensibilidad, se debía a que

EL GENERAL DE GAULLE LLAMA A LOS FRANCESES A LA LUCHA



A TOUS LES FRANÇAIS

La France a perdu une bataille!
Mais la France n'a pas perdu la guerre!

Des gouvernants de rencontre ont pu capituler, cédant à la panique, oubliant l'honneur, livrant le pays à la servitude. Cependant, rien n'est perdu!

Rien n'est perdu, parce que cette guerre est une guerre mondiale. Dans l'univers libre, des forces immenses n'ont pas encore donné. Un jour, ces forces écraseront l'ennemi. Il faut que la France, ce jour-là, soit présente à la victoire. Alors, elle retrouvera sa liberté et sa grandeur. Tel est mon but, mon seul but!

Voilà pourquoi je convie tous les Français, où qu'ils se trouvent, à s'unir à moi dans l'action, dans le sacrifice et dans l'espérance.

Notre patrie est en péril de mort.
Luttons tous pour la sauver!

VIVE LA FRANCE !

C. de Gaulle.

GÉNÉRAL DE GAULLE

Affiche colocado sobre los muros de Londres el 14 de Junio de 1940



General C. DE GAULLE

latía en nosotros una especie de espíritu fatalista, una convicción muy íntima de que nos jugábamos la última carta frente al destino, y estábamos absolutamnte dispuestos a perder.

El Northumberland, que así se llamaba el buque que nos conduciría a nuestro destino, comenzó a moverse lentamente, perezosamente. La gente corría por el murallón, como para acompañarnos un minuto más. Algunas lágrimas rebeldes, humedecieron las mejillas de algunos de los futuros soldados de la Democracia, se agitaron pañuelos y sobre el río picado, la nave se alejaba . . . se alejaba . . .

Largo rato permanecimos en el puente, minutos, horas tal vez, en muda contemplación, tratando de grabar en nuestra retina, ese pedazo de tierra que tanto amábamos. Ya se desdibujaban, por las sombras de la noche y por la distancia cada vez mayor que nos separaban, las costas de Montevideo. Distinguíamos sus luces . . . ¡sus luces! . . . ¿volveríamos a verlas algún día? ¿Volveríamos a posar el pie en esa tierra que sentíamos latir en nuestras propias entrañas?

Madre, Hermanos, Patria, todo, todo abandonado y en el pecho y en el pensamiento, una luz radiante que guiaba nuestros pasos. ¡Nuestro excelso Ideal de Democracia y de Libertad! A ellos ofreceríamos pronto, lo único que poseíamos: nuestra sangre y nuestros brazos.

Ella nos repone de la momentánea tristeza que comenzaba a invadir nuestros espíritus, peligrosa enemiga en parecidos trances. Las luces se pierden por completo . . . nos rodea agua y cielo . . . cielo y agua . . . se hizo la noche.

Entonces nos pusimos a contemplar distraídamente las estrellas y a escuchar el murmullo de las olas al chocar contra el casco del barco. No queremos pensar ¿para qué? Comenzó a soplar una brisa fresca y bajamos a reunirnos con los compañeros de viaje a quiénes recién vamos a conocer. Entre ellos había chilenos, argentinos, dinamarqueses, ingle-

ses y varios uruguayos. Iba también un contingente de polacos, pero en tercera clase, por ser ese el pasaje abonado por su gobierno. Hacemos notar esto por un incidente que tuvo lugar durante el viaje, y que relataremos a su debido tiempo.

Mientras esperábamos la hora de cenar, bebíamos los aperitivos que nos vendía el barman del barco a tan bajos precios, que daba gusto consumirlos.

Después de la cena jugamos un pequeño monte inglés para pasar el tiempo.

De los dólares que nos habían dado antes de embarcar, no nos quedó ni un centésimo, porque Bolani, uno de los uruguayos, nos dejó limpios para el resto del viaje. Al día siguiente empezamos a hacer ejercicios de salvataje; se nos designaron los botes que debíamos ocupar en caso de hundimiento y cuando sonaban los timbres de alarma, todo el mundo debía correr a ocupar el suyo. Más adelante, esto fué cosa de todos los días y a cada rato, de manera que algunos optaban por quedarse durmiendo, así sonaran los timbres hasta romperse.

El viaje continúa y cada día que pasa se nos hace más monótono y más insoportable. Lo que traíamos como material de lectura lo habíamos repasado todo. Para empeorar la situación el calor del Ecuador nos aplasta, y a causa del hastío, nuestro carácter comenzó a agriarse y hubo conatos de pelea entre nosotros, lo que fué lamentable, pero parece que no puede haber unos cuantos sudamericanos juntos, sin que se peleen.

Los polacos, por su lado, tampoco estaban tranquilos, hasta que se produjo lo que todos esperábamos, es decir, el incidente que habíamos prometido relatar y que fué el siguiente: Los polacos pretendieron amotinarse y luego los que fueron encerrados y guardados con centinelas de vista, declararon la huelga de hambre. Se solucionó el asunto y días más tarde un miembro de la tripulación se enloqueció em-

prendiéndola a botellazos con todo el que encontraba por delante; siendo por suerte reducido a la impotencia y encerrado. Y pensar que solamente estas cosas rompían la monotonía de aquella sinfonía en azul de agua y cielo . . . cielo y agua . . .

El barco seguía inmutable su ruta en zig zag, para despistar probables peligros de submarinos alemanes; y el sol caía sobre nosotros como plomo derretido. Navegamos por el Caribe y parece que estábamos cerca de Trinidad, y decimos parece, porque nunca se nos decía ni por donde íbamos, ni siquiera hacia dónde, con todo, confiábamos ver pronto tierra. Se hizo una noche más, estábamos de guardia en el cañón de popa . . . en plena oscuridad, sin poder fumar porque estaba prohibido hacerlo sobre el puente, un poco adormilados, cuando al venir los primeros rayos aurorales, divisamos ante nosotros una sombra de contornos imprecisos y señalándola al artillero inglés con quien montábamos la guardia y que también dormitaba, preguntámosle qué era. "Es la isla Trinidad" nos contestó y siguió tan tranquilo como si ayer no más hubiera visto tierra.

Nos pusimos en pie, despertando por completo, ver tierra en ese momento era para nosotros una alegría tan grande como la que a no dudar debió haber sentido Colón cuando descubrió América. Las luces del sol naciente, ya comenzaban a teñir de un rojo sangriento el horizonte, el mar y la isla; era un espectáculo difícil de olvidar el que nos ofrecía ese amenecer radiante.

Muy avanzada la mañana, el viejo Northumberland echaba el ancla y entonces comenzó un verdadero desfile de pequeños botes tripulados por nativos que se acercaban al navío para que nosotros les tiráramos monedas al agua que ellos recogían zambullendo con admirable destreza, y haciendo caso omiso de los tiburones que infectaban aquellas aguas. En este lugar permanecimos por espacio de cuatro o cinco

días embarcándose allí, algunos jóvenes que venían de terminar su curso de pilotaje en Canadá, e iban a enrolarse en la gloriosa R. A. F. Por fin zarpamos de Trinidad, y continuamos en la eterna navegación en zig zag de este viaje que ya teníamos la impresión de que no terminaría más. Es interesante consignar que nuestro compatriota Bolani, recibió una carta en Trinidad, porque esto nos daría más tarde la pauta de la eficiencia del servicio secreto inglés.

EL VIAJE CONTINUA

Y llegamos al Canadá, atracando en el puerto de Halifax donde se formaría el convoy para llegar todos juntos a Inglaterra. Antes nos quejábamos del calor y ahora nos quejamos del frío que es terrible, agregado a ésto una niebla helada que penetraba hasta los pulmones. Partimos del Canadá en un convoy de más o menos cincuenta naves escoltadas por numerosos destroyers. Estos pequeños barcos de guerra, fueron los que salvaguardaron el comercio de Inglaterra, en lo más terrible de la campaña submarina nazi, prestando escolta a todos los convoyes aliados en todos los mares y en todos los tiempos. Inmediatamente después de abandonar el puerto de Halifax, el Tte. Hanna de la marina de guerra inglesa, y jefe del personal de abordo, nos reunió para prevenirnos que de ahí en adelante, no deberíamos abandonar el salvavidas ni para dormir, pués en cualquier momento podíamos ser torpedeados. Esto redundó en perjuicio de la cocina del barco, pues nos asustaron y como en la noche casi no dormíamos, cuando se alejaban los cocineros hacíamos pasar a Pérez, otro de los uruguayos, por ser el más chico, por una pequeña ventana, que del comedor comunicaba con la cocina, y la saqueábamos materialmente. Esto lo hacíamos nada más que por pasar el rato entretenidos en algo. Tuvimos que soportar un temporal que duró dos días sin amainar

ni un instante. Las inmensas olas zarandeaban el viejo barco, como una cáscara de nuez y eso que desplazaba 20.000 toneladas. Montañas de agua saltaban los puentes, alcanzando al comedor de los oficiales que quedó inundado, destrozando una gran cantidad de platos y botellas del bar, cuyo contenido corría sobre el piso, con gran pesar nuestro, al no poderlo aprovechar; el piano bailaba una danza alocada y fué necesario atarlo para evitar una desgracia.

La segunda noche de desatado el temporal, ya estábamos en nuestros camarotes algunos acostados, por acostarse otros cuando de pronto resonó sobre nuestras cabezas un terrible estampido. Sin perder un segundo nos colocamos los salvavidas porque todos pensamos lo mismo: ¡un torpedo!! salimos al corredor y el agua nos llegaba cerca de la rodilla, lo que nos puso al borde del pánico. Por suerte en ese momento llegó un marinero diciendo que no era más que una ola un poco más grande que las otras, que había reventado sobre el puente. Los "bravos soldados" nos tranquilizamos, de otra manera quien sabe lo que hubiéramos hecho. Pocos días más tarde, cruzamos en nuestra ruta una formación de barcos de guerra, que según comentarios, eran los que escoltaban a Churchill en su viaje a Estados Unidos. Nosotros no lo aseguramos, pero tampoco lo negamos. Y así seguía nuestro viaje, sin nada realmente digno de mención especial. Pero llegamos. Como todo en esta vida tiene su fin, también lo tuvo esta travesía nuestra, sin pena ni gloria, sin ver, después de haber navegado por todo el Atlántico, ni un submarino, ni un avión alemán, cuando hasta ese momento ningún convoy inglés había llegado intacto a destino. Empezábamos bien y no era para quejarnos de la suerte. Desembarcamos en Irlanda del norte, en Belfast, su capital. Lo primero que nos llamó la atención al entrar en la bahía fué el juego de colores de sus playas, contra el azul fuerte del mar, el verde vivo de la costa; paisaje de una gran belle-

za. La tarde moría, y debimos desembarcar a toda prisa; no sin cierta emoción abandonamos el viejo barco, y vimos al mozo que nos servía, llamado Jonny, verter algunas lágrimas al despedirnos. Cuando uno se despide en esas circunstancias, para marchar por distintas rutas, hacia igualmente inciertos destinos (en este caso Jonny seguiría en el mar donde lo esperaba la muerte a cada paso y nosotros hacia los campos de batalla, no sabíamos aún en qué lugar, pero sí sabíamos que en cualquier parte, igualmente nos acecharía la muerte); en esas circunstancias, nace en nosotros un amor hacia el prójimo, hacia ese prójimo que como nosotros tiene la vida en un hilo, un amor que antes no hubiéramos sentido ni por un amigo íntimo. Con estos cuarenta y dos días de viaje, estábamos muy cerca de cerrar el primer capítulo de la empresa que habíamos iniciado al embarcarnos en Montevideo.

Nuestra estada en Belfast fué muy breve, apenas de treinta y seis horas, que pasaron con la rapidez con que corre el tiempo cuando se está muy a gusto con alguien en alguna parte. Estuvimos alojados en un buen hotel, donde se nos brindaron todas las comodidades, con el inconveniente de estar celosamente vigilados por dos detectives ingleses, seguramente por ser extranjeros. Como es de imaginar, no estuvimos de acuerdo con esa medida, todo lo lógica que se quiera, y tratamos de escapar del hotel, para lo cual echamos mano de los compañeros de viaje británicos que se encargaron de dar conversación a los policías, mientras que a su espalda nos escurríamos hacia la calle. Felizmente no tomaron la cosa a la tremenda, y cuando se percataron de que no quedaban en el hotel nadie más que los que estaban hablando con ellos, también los dejaron salir. Al día siguiente, nos dejaron el campo libre, y pudimos pasear con toda tranquilidad. Era de ver la curiosidad de la gente ante nuestra presencia en las calles de la ciudad; nos miraban realmente como a bichos raros, sin duda debido al color de nuestra piel, y a nuestros bigotes ne-

gros. Si nos parábamos en la puerta del hotel se nos interrogaba sobre nuestra nacionalidad, la razón por la cual nos hallábamos allí y muchas cosas más que nos veíamos en figurillas para entender y explicar, pero lo lográbamos al fin a fuerza de gestos de todas clases que resultaban muy cómicos. No podían comprender que hubiéramos dejado nuestro país, para venir a hacer la guerra por ellos. No se daban cuenta que su lucha era también nuestra lucha, la de la humanidad entera. Fué este un punto que muy pocos europeos comprendieron, y aún entre nuestros compatriotas, hubo quien no lo comprendió ni lo comprende todavía. Dejamos Belfast en la noche para viajar en un barco pequeño pero muy lujoso, que si la memoria no nos engaña se llamaba "Príncipe Alberto".

HACIA LONDRES

La travesía duró toda la noche y amanecimos en Inglaterra en un pequeño puerto, donde tomamos el tren que nos conduciría a Londres. Niebla espesa, mucho frío, aquello era Gran Bretaña. Subimos al tren, y no bien nos instalamos, un señor, repitiendo muchas veces "I am sorry" pasó la llave en las puertas del vagón.

Siguen las precauciones. El tren en el cual haríamos el viaje hasta Londrs era bastante cómodo: compartimientos para seis personas, con asiento pullman. Con las primeras luces del día, el tren se puso en marcha. Ibamos atravesando la campaña inglesa, muy diferente de la nuestra, por estar enteramente dividida en pequeños predios y todo a lo largo de la vía férrea, cada cuatro o cinco kilómetros, una estación. Fuera de los sudamericanos no sabíamos quien más venía, porque como ya lo dijimos veníamos encerrados, pudiendo ver solamente el paisaje por las ventanillas.

En cada alto que hacía el tren, las mujeres se nos acercaban y nos invitaban con café y sandwichs, que nosotros

aceptábamos encantados. Todo el día se arrastró el tren atravesando pueblos y ciudades, hasta que por fin nos anunciaron que estábamos ya en los suburbios de Londres. He aquí la estación Victoria, que através de los libros todo el mundo conoce. Era ya casi de noche y solo vimos de la estación un enorme hall cerrado con una inmensa claraboya. Camiones franceses nos esperaban para conducirnos. Cruzamos esta gran ciudad, llegando al otro lado del Támesis y cuando descendimos de los camiones nos encontramos frente a frente con una construcción que solamente las habíamos visto parecidas en el cine. Era aquello un enorme castillo donado según nos enteramos, por la reina Victoria, no recordamos a quien ni con qué fin, pero por nuestra fe ¡vaya una casita lúgubre! y por fuera era alegre, surgiendo con su enorme masa de las sombras de la noche, si se la comparara con su "elegante interior". Corredores interminables, oscuros, de una lobreguez aterradora, donde el eco multiplicaba todos los ruidos y las voces.

Nos faltaba aún ver lo peor de aquello, la gente que lo habitaba: hombres de todas las razas, hoscos, inabordables, casi todos ellos. Debemos confesar que una angustia atroz, oprimió nuestro corazón e hizo un nudo en nuestra garganta. Con los compañeros nos consultamos con la mirada, sin atreverse ninguno a decirle a los otros lo que había en el fondo de su pensamiento. Llamaron a cenar y nadie tenía apetito: nuestra situación confusa nos lo había quitado, y si no hubiera sido así se habría encargado de hacerlo la propia cena. Cuando fuimos a dormir lo hicimos con todas nuestras cosas debajo de la almohada, porque mirando las caras a nuestros vecinos teníamos la impresión de que dejándolas al alcance de sus manos, al otro día nos levantábamos desnudos. Las camas eran como las cuchetas de los barcos y muy limpias. Dormimos bien, pasando la noche sin novedad, pero al levantarnos, seguíamos con aquella angustia de no saber en qué condiciones estábamos allí.

Solo suponíamos que aquello debía ser un hotel de inmigrantes pero... ¿y la guardia armada que no nos perdía de vista? Ya nos fastidiaba tanta vigilancia. ¿Es que no se sabía suficientemente nuestra entidad? ¿Para qué se nos habían pedido los documentos de identidad en Montevideo, en Belfast, y la noche antes al entrar en este tétrico caserón? Ah... este maldito lugar tenía la culpa de toda nuestra depresión moral... sus salones mal alumbrados, esos corredores... Saliendo fuera nos sentimos mejor a pesar del frío. Pero razonemos... tiene que haber alguna razón poderosa para tenernos aquí... en fin... ya veremos... Llegó la noche... era la hora de cenar, la cena siempre tan mala, y por fin algo que nos alegró. Alguien vino con la noticia de que en pocas horas llegaban otros voluntarios, no nos acostamos hasta que llegaron. A las 10 de la noche entraron en el comedor. ¡Pero qué militarizados venían ya! ¡Alto... alt. ¡Derecha... dre! Ya tendrán tiempo de ser militares, no se apuren. Más tarde nos enteramos por Salaverri, un uruguayo que llegó en ese grupo, de que el jefe del contingente del que él formaba parte, venía con la intención de ser oficial. Más tarde se le bajarían los humos, cuando empezara a lavar W. C. y marmitas. Después nos enteramos de que debíamos ser interrogados por el Servicio Secreto Inglés, antes de ser destinados al ejército. Estamos pasando la navidad, como pasamos la noche buena: creemos que a partir de ahora estas fechas familiares, han perdido para nosotros toda su significación y solo serán dolorosos recuerdos de momentos mejores. Entonces nos decíamos: "No piensen, no piensen qu se acobardan y aquí no se puede claudicar. Vinieron como voluntarios, ahora resistan sin quejas lo que venga". Esto no era más que el principio, un anticipo de lo que vendría después. Uno a uno o por pequeños grupos empezamos a salir del Patriotic School, que así se llamaba el lugarcito de marras, después de ser interrogados, escrutados hasta el alma por los agentes ingleses.

El interrogatorio lo hacían de la manera siguiente: nos hacían pasar de a uno a un pequeño cuarto y el agente en cuestión nos pedía con la mayor amabilidad del mundo que le hiciéramos un relato de nuestra vida a partir de los seis años de edad. El se sentaba frente a nosotros con todos nuestros documentos de identidad por delante y nos dejaba hablar taladrándonos con la mirada. Era difícil no ponerse nervioso. Cuando le tocó a Bolani el turno de ser interrogado, lo primero que le preguntaron fué "lo que decía la carta que de la esposa había recibido en Trinidad", seguramente que él lo sabía tan bien como el propio Bolani. A un muchacho argentino que quedó el último, nunca más lo vimos: dicen que no salió de allí sino para embarcarse para su país. Esto no podemos asegurarlo, ni sabemos las causas que motivaron tal hecho.

Por fin nos tocó salir del Patriotic School. Nos fuimos de noche como habíamos llegado, dejándolo como lo encontramos, emergiendo de entre las sombras con su masa imponente de castillo medioeval.

EN LONDRES Y EN LIBERTAD

En la "Maison d' accueil francaise" no había sitio para ubicar a los que llegábamos y fuimos enviados al "Morton Hotel" en la calle Racer Squer".

Parece que estábamos perseguidos por la noche, pues allí también llegamos cuando ya todo estaba en la oscuridad. Como aún no habíamos tenido oportunidad de ver la capital inglesa, estábamos apurados por hacerlo y esa misma noche organizamos una pequeña excursión. Salir solos era ir derecho a perdernos porque entre la niebla y el Black-out, más la oscuridad de la noche, era como marchar con los ojos cerrados; apenas si se veían las luces de señales verdes y rojas, como extrañas pupilas vigilantes. Salimos: el más animoso era Martínez, al que luego apodaron Sargento York uruguayo, que

según él tenía un sentido infalible de la orientación (cuestión de darnos coraje para que lo siguiéramos) porque nosotros no veíamos muy bien de qué le podía servir, en tan impenetrable oscuridad. Logramos caminar una cuadra sin perdernos, hasta el subterráneo donde se nos presentó el primer obstáculo: ninguno sabía cómo sacar los boletos del dichoso aparatito automático; empezamos a descender las escaleras, pero desistimos, porque no llegábamos nunca al fondo. De pronto alguien nos dirige la palabra en español, y al volvernos vimos dos rostros simpáticos que nos miraban, con una ligera expresión de burla. Eran dos refugiados de Gibraltar, más andaluces que ingleses, a quienes expusimos nuestra situación. Les rogamos que nos acompañaran a dar una vuelta, y ellos se excusaron diciendo que era muy tarde y que al otro día, irían por el hotel a buscarnos, para mostrarnos Londres a la luz del día. Insistimos y al fin accedieron. Tomamos el subterráneo dirigiéndonos a Picadilly, en pleno centro de la ciudad. Para poder encontrar un café era necesario ser adivino, o conocer la ciudad como el propio bolsillo, porque las puertas estaban cubiertas con sendas cortinas negras, que no dejaban filtrar ni un rayo de luz.

Por esta famosa avenida se paseaba una multitud de soldados que buscaban mujeres, y mujeres que buscaban soldados, siendo aquello un verdadero mercado. Comprendiendo que nada veríamos durante la noche, y que era inútil seguir andando a ciegas, regresamos al hotel. En cuánto nos levantamos, se hicieron presentes nuestros flamantes amigos y cicerones, a buscarnos para dar un paseo. Ciudad gris, enorme, cuyos edificios se parecen unos a otros, y todo envuelto en una niebla espesa, que da la impresión de poder cortarse con un cuchillo. Tiene una particularidad, y son las verjas que toman casi toda la acera, en las cuales el transeunte no acostumbrado puede, durante la noche, romperse la nariz. Las pla-

zas, al contrario de nuestro país, no son todas públicas, si no que por lo menos gran parte de ellas son propiedad privada.

HACIA EL CAMPO DE ENTRENAMIENTO

Nuestra estadía en Londres fué de poca duración, porque fuimos enviados al campo militar de Camberley, llamado Old Dean Camp, donde dimos comienzo a nuestra instrucción militar. Al llegar allí se nos hizo el consabido interrogatorio: padre, madre, nacionalidad, etc., etc., se diría que la guerra iba a llegar a su fin, y aún nos iban a estar preguntando quienes éramos y a qué habíamos ido; no sospechábamos que para hacerse matar, fueran necesarios tantos requisitos. Estábamos en pleno mes de Enero y la nieve comenzó a caer abundantemente, cubriéndolo todo con "un albo manto" como dicen los poetas, que al principio nos encantaba, pero cuando empezamos a resfriarnos y a sentir las consecuencias de la bronquitis, que nos hacía sufrir lo indecible, miramos aquello con bastante disgusto, a pesar de su belleza.

Fuimos provistos de ropa gruesa, la que no perdimos tiempo en poner en uso, dándole, podríamos decir, un carácter permanente. El uniforme era de paño grueso y además de eso nos poníamos encima un chaleco de lana, bufanda, en fin, todo era poco para abrigarnos y al acostarnos, nos despojábamos del capote y de los zapatos, durmiendo con todo lo demás encima. El baño era obligatorio una vez por semana, y de buena gana hubiéramos escapado de él a haber sido posible. Maldiciendo de contínuo contra el frío, pasamos más de un mes en la "Rubia Albion", hasta que llegó el día de dejarla para siempre.

¡Cómo echaríamos de menos los momentos pasados en ella!

En los primeros días de febrero nos dieron los equipos coloniales, pero sin decirnos para dónde íbamos; luego nos

llevaron al hospital de Aldershot, donde nos vacunaron no sabemos contra qué, aunque decían que contra la fiebre amarilla y uno pidió una vacuna contra la "peste parda" y otro contra la "peste amarilla". Presintiendo la aproximación de lo que tanto deseábamos, el encuentro con el enemigo a quien de tan lejos veníamos a buscar, estábamos con el espíritu alegre. ¡Oh... felicidad del desconocimiento de la terrible realidad! Nos acercábamos más y más al monstruo insaciable de la guerra, que espera siempre más carne joven... y reíamos y seguíamos alegres, deseando tomar contacto con él lo más rápido posible... ¡recordaremos siempre los últimos consejos que con la garganta apretada por la emoción, los ojos anegados en llanto, nos dió el sargento Castein, nuestro instructor: "muchachos, al llegar al frente, no olviden nunca de hacer un agujero, no se muestren inútilmente al enemigo siempre al acecho, y al tirar, tiren al bajo vientre".

Era un joven veterano del 39. Más cerca... más cerca, muy pronto sentiríamos su aliento fétido, y veríamos algunos de los que habían recibido su zarpazo brutal. Y reíamos... y cantábamos. La noche que subimos a los camiones que nos llevaban a tomar el ferrocarril que nos dejaría en Liverpool, para embarcarnos en el vapor que acortaría la distancia entre nosotros, carne joven que se ofrecía en holocausto, a las democracias, y al frente de lucha. Fué con lágrimas, que nos separamos unos cuántos de los que habíamos viajado juntos desde Montevideo. Ellos quedaban en Inglaterra, nosotros íbamos a Africa... quien sabe si volveríamos a vernos; el destino lo diría.

CAPITULO 2

VIAJE HACIA AFRICA

En la noche del 10 de febrero, montamos en los camiones entonando canciones, gritando y bromeando. El teniente que comandaba nuestra compañía, nos felicitó expresando "que era uno de los pocos contingentes de refuerzo en el que no faltaba nadie". Nos preguntamos ahora, ¿si hubiéramos sabido de otra manera que por las lecturas qué era la guerra demostraríamos en ese momento, ese entusiasmo arrollador, que nos hacía partir hacia la matanza con el espíritu alegre de aquel que va a una fiesta? Partimos, ¿en qué dirección? Eso tampoco nos interesaba; cualquiera que fuera, más o menos larga, todas las rutas nos conducirían al mismo lugar: al frente de batalla.

Llegamos a una estación de Londres o fuera de él, no pudimos precisarlo, completamente vacía, y solo algún empleado dormitaba aquí o allí. Ruidosamente hicimos irrupción en la sala de espera, saltando y zapateando para calentarnos los pies ateridos y hacer circular la sangre, pues el frío era intenso. La espera fué larga, pero al fin llegó un tren. ¡A tomar los equipos y a formar! Después de ésta, otras voces de mando resonaron y ordenadamente montamos en los vagones que se nos habían asignado. Apretados los unos contra los otros para preservarnos del rigor del clima, tratamos de acomodarnos lo mejor posible para dormir. Nos despertamos y al abrir los

ojos la luz nos hizo parpadear. Era de día y estábamos en Liverpool. Ya casi habíamos tomado la costumbre de quedar dormidos en un lugar y despertar en otro muy distante. Nuevamente a ponerse las bolsas del equipo sobre la espalda y a descender del tren. El sargento Pinaud, un salvadoreño, poseedor de un terrible espíritu militar, comenzó a gritar y a dar una cantidad abrumadora de voces de mando que nosotros contestamos con una descarga cerrada de protestas airadas. ¡En colomne couvrez !seguía gritando Pinaud, y nosotros a decirle que se pusiera una bolsa como la nuestra con 30 o 40 kilos sobre la espalda y que después viniera a cubrir en columna. Para colmo, manda poner el fusil al hombro y marchar al paso; fué el acabóse, porque nos indignamos y los 300 metros que debíamos recorrer para llegar al muelle, los hizo cada uno como pudo o como quiso sin hacer caso de las órdenes que seguía dando el energúmeno. En H. M. T. Mooltan que era el barco que debíamos tomar ya había tropas inglesas a bordo. Subimos ¡4.500 hombres en un buque! El hacinamiento era terrible y a pesar del orden que en todo ponen los ingleses, evitar que allí no estuviéramos apretados era superior a sus fuerzas. El primer cuidado fué el de instalarnos en los lugares que habían reservado de antemano.

Tratamos de acomodar los equipos, cosa que nos costó bastante trabajo porque en la bodega donde estábamos, debía de haber aproximadamente 200 hombres.

Después de mucho gritar, protestando contra todo, de acuerdo a nuestro carácter ruidoso de latinos, que era asombro de los ingleses, logramos al fin arreglar debidamente nuestro equipaje y nosotros mismos. En seguida nos pusimos a la tarea de buscar la cantina, que seguramente existiría en alguna parte del barco. Teníamos necesidad de comprar cigarrillos, pero resultó que estaba cerrada, enterándonos que no se abriría hasta estar el barco en marcha.

Por primera vez, íbamos a conocer lo que era tener ne-

cesidad de algo, pues durante los tres días que permanecimos en el puerto, fumábamos un cigarrillo entre tres o cuatro para economizarlos al máximo, puesto que con los ingleses no podíamos obtenerlos por encontrarse ellos en la misma situación.

Para comer, nos ubicábamos 12 hombres en cada mesa, se nos repartía un pequeño pan que debíamos dividir para las cuatro comidas diarias. Este pan dió lugar a algunas incidencias graciosas, entre ellas una ocurrida entre los uruguayos Zerpa y Salaverri. Aprovechando un momento en que casualmente, ninguno de nosotros estaba presente, Zerpa alcanzó a ver semi escondido, un medio pan que inmediatamente lo tentó. Cuando ya lo tenía en su poder dióse vuelta y vió detrás de él a Salaverri que lo miraba con cara de pocos amigos.

Entonces Zerpa guiñándole el ojo picarescamente le dijo: "Psh... no digas nada que lo repartimos". "Menos reparto, menos reparto que el pan es mío", dijo Salaverri. El colombiano Gutiérrez, persona de un atroz mal carácter, cansado un día de comer sin pan, a causa de dejarlo inocentemente a la vista, al recibir su ración lo abrió en dos y escupiendo dentro, exclamó: "róbenlo ahora, ahí lo dejo sobre la mesa". En lo referente a los ingleses que compartían con nosotros las mesas, pues siendo 23 ocupábamos dos de ellas con ellos, tenían que andar muy listos para no quedarse sin comer, por que la viveza criolla no perdía ninguna oportunidad de manifestarse.

Así, por ejemplo, una tarde se oyeron en nuestra mesa airadas protestas a causa de la desaparición increíblemente rápida de la confitura. "¡Vamos, se oía exclamar, que aparezca la mermelada". "El autor no ha sido inglés, decía otro". Y en efecto, el autor no era inglés. Al dar vuelta los platos apareció debajo del de el uruguayo Recarte, que poniéndose de pie en actitud airada preguntaba: "¿Quién fué el vivo que puso esto bajo mi plato?" No tuvimos otra cosa que hacer que reirnos.

Acostarse no era como puede pensarse una tarea fácil, si

no que por el contrario, constituía una verdadera aventura. Como nadie tenía lugar fijo para hacerlo, era necesario conseguir de temprana hora los dos ganchos donde colgar la hamaca y permanecer con el ojo sobre ella, para no encontrarla ocupada al ir a dormir. Es difícil imaginar a doscientos hombres durmiendo en el estrecho espacio de una bodega de barco, en hamacas, sobre las mesas y debajo de ellas apretados en una forma tal, que no cabía un alfiler. Para empeorar ésto, una ventilación deficiente, por estar terminantemente prohibido abrir los ojos de buey durante la noche, medida que se justificaba, si se tiene en cuenta las frecuentes visitas de los boches al puerto. Antes de partir tuvimos oportunidad de oír el ronroneo de los aviones alemanes y ver el fuego de artificio de las baterías de defensa contra aviones. Está demás decir de nuestro nerviosismo, ante este primer contacto directo con la guerra. Nos preguntábamos con angustia mal disimulada, lo qué haríamos si una bomba hacía impacto sobre el barco, y no faltó uno que dijera que lo mejor era dejarla caer.

Con esta desagradable incidencia nos despedimos del gran puerto inglés, y a la mañana siguiente despertamos en plena mar.

Nuestra primera preocupación fué la de tratar de proveernos de cigarrillos, cosa que tampoco era fácil porque la cola para llegar a la cantina era enorme y había que esperar largo tiempo, a veces horas, para lograr el fin perseguido. El que más rápido llegaba a la cantidad era Recarte que haciendo caso omiso de las protestas de los ingleses, no entendería su lengua pero sí perfectamente sus gestos, colocábase tranquilamente en primer término.

A medida que avanzábamos, notábamos que cada nuevo día el número de barcos aumentaba en el convoy, éste se iba formando en el curso de la ruta.

Cuando estuvo completo, pudimos contar más de treinta grandes transportes de tropas, con una poderosa escolta de la

flota de guerra, compuestas por los porta-aviones Eagle y Glorius, el acorazado Ilustrius, un barco mercante armado en crucero auxiliar y alrededor de veinte destroyers. Los aparatos de los porta-aviones evolucionaban de continuo sobre el convoy, volando a ras del agua para evitar sorpresas de los submarinos alemanes. Los destroyers por su parte patrullaban el mar delante nuestro sin descanso.

BOX A BORDO

Nos invitaron para intervenir en un campeonato de box organizado a bordo por los componentes de la R.A.F. Aceptamos conjuntamente los uruguayos Zerpa, Salaverri, Sequeira, el mejicano Clímaco y el martiniqueño Loor, dando principio de inmediato a ejercicios de entrenamiento, bajo la dirección del campeón peso pesado amateur inglés. A poco de iniciar el entrenamiento, Zerpa y Salaverri abandonaron; nosotros seguimos firmes en nuestro empeño.

Al primero que le tocó actuar fué al mejicano, perdiendo el encuentro por puntos y quedando eliminado. En seguida fué el turno de Loor y luego a Sequeira que a pesar de la valentía que demostró, cayó frente a la superioridad de su adversario. A nosotros nos tocó en suerte un joven de la R.A.F. a quien derrotamos por K.O. en el primer round. Al otro día Loor eliminaba a su segundo adversario en su categoría de peso ligero y nosotros al nuestro en el peso welter. En la final les volvimos a ganar, Loor por K.O. técnico y nosotros nuevamente por K.O. Los oficiales franceses que viajaban con nosotros estaban encantados por haber logrado que entre solamente 23 sudamericanos que representábamos la Francia Libre se hubiera obtenido el campeonato de dos categorías. Fuimos premiados con cinco libras cada uno. Recordamos que al derrotar a nuestro primer adversario, a los pocos segundos de comenzada la pelea, recibimos una es-

truendosa rechifla de parte de los ingleses. Nos indignamos y encarándonos con el Tte. Bourgoin, uno de nuestros oficiales, le dijimos que no haríamos ni una pelea más a causa de la evidente parcialidad de los ingleses que parecían furiosos por la derrota de su representante. Nos respondió con una sonora carcajada; "pero esto no nos hace ninguna gracia!", "pero a mí sí" contestó, "porque los británicos, cuando están satisfechos de un espectáculo en vez de aplaudir silban". Esta explicación nos serenó, dejándonos muy contentos.

Sin otra alternativa llegamos a Cap Town. En esa ciudad permanecimos fondeados durante varios días, soportando un calor tórrido de efectos desastrosos para los británicos; en cuanto a nosotros lo resistíamos mucho mejor que en nuestro primer cruce del Ecuador.

Zarpamos de Cap Town poniendo proa hacia Durban (Africa del Sur) entrando en su puerto el 21 de marzo de 1942, después de 41 días de navegación. Al día siguiente, desembarcamos transportándonos en ferrocarril al campo militar de Clairwood a 30 minutos de la ciudad. Al cabo de 24 horas de permanencia en dicho campo, el comando dispuso que todas las tropas allí acantonadas podían hacer uso diario de un permiso que comenzaba a las 13 horas y finalizaba a las 21.

Para poder obtener un lugar en el tren que corría expresamente para militares del campo a la ciudad era necesario apresurarse, porque eran varios miles de soldados los que salían en permiso cada día.

Durban es una ciudad no muy grande, pero sí limpia y hermosa, con varias playas y cantidad de parques arreglados con el mayor gusto. Nos hicimos asiduos concurrentes a la Free French House, donde fuimos recibidos por los residentes franceses con mil gentilezas y amabilidades, haciéndonos imaginar que estábamos en nuestro propio hogar. Los que pasamos por allí recordaremos siempre agradecidos aquellas

gentes que tan grandemente contribuyeron a hacer grata nuestra estada en esa ciudad, y a elevar aún más si era posible nuestra moral para la lucha, que pronto comenzaría. Fueron estos mismos residentes franceses, que pusieron a nuestra disposición un ómnibus en el cual hicimos una excursión maravillosa a los alrededores de Durban, donde se encuentra el valle llamado de "Los mil picos" de una belleza incomparable.

Después de 17 días de permanencia, a las 10 horas 25 minutos de la mañana del día 9 de abril de 1942 el "Ille de France", un gran paquebot francés, de 43.000 toneladas, pesadamente empieza a despegarse del muelle, llevando en su vientre gigantesco 7.500 hombres que marchaban hacia los campos de batalla, a ofrendar sus vidas en aras de la Patria y de su ideal de libertad unos, y el pequeño puñado de los 23 sudamericanos, que la ofrecían pura y desinteresadamente por su ardiente ideal de hombres libres.

RUMBO A SUEZ

El "Ille de France" navegaba solo, sin escolta alguna, deslizándose podríamos decir, a pesar de su enorme masa, a una velocidad horaria de alrededor de 25 millas. Nuestro viaje, cuyo punto terminal era el Canal de Suez, tendría una duración probable de 10 días. Esta vez nos tocó viajar con cierto confort, pues el comandante Roumanciof bajo cuyas órdenes íbamos todos los sudamericanos, le dijo al comandante del barco que éramos aspirantes a oficiales, lo que motivó nuestro alojamiento en cómodos camarotes con baño y personal que los limpiaba diariamente. Navegábamos por tercera vez en la zona ecuatorial y el día 15 de abril en la mañana teníamos a la vista la costa de la Somalía italiana; un poco más tarde entramos en el golfo de Aden, atravesando al día siguiente el estrecho de Bab el Mandel. La

costa que se alcanzaba a divisar muy cerca, tanto a babor como a estribor daba una impresión indescriptible de desolación y aridez. Ni un arbusto ni una mancha verde de vegetación. El calor era sofocante; en el mar, cardúmenes de tiburones merodeaban en las proximidades del barco. El día 18 recibimos orden de retirar los equipos de la bodega y el 19 de tarde transbordamos a un gran lanchón que nos condujo a tierra, pudiendo distinguir el monumento a Delesseps. La población de Suez, si es que así puede llamarse un montón de casas de lo más heterogéneo que se pueda pedir, y a una serie de callejones que se parecen más a basureros que a calles por la gran cantidad de inmundicias que allí hay amontonadas, estaba muy lejos de ser lo que nos habíamos imaginado. Luego vimos a los árabes, no los que describen las novelas o nos muestra el cine, con sus flotantes y blancas vestiduras, sino que muy al contrario, tanto mujeres como hombres, salvo raras excepciones, son sucios hasta hacerse repugnantes.

En camiones nos condujeron al Troop Transit Camp. De día el calor era intenso con el agregado de nubes de moscas que no nos dejaban un minuto en tranquilidad y de noche mucho frío. Ya nos adaptaríamos más tarde a estas características del desierto. No permanecimos nada más que 24 horas en este lugar, hasta que llegó el tren que nos llevaría a Beirouth. En la ciudad de Ismailia, pasamos a otro ferrocarril que nos llevó hasta El Catara, una aldea árabe junto al Canal de Suez, en peores condiciones higiénicas que la primera que vimos. Cruzamos en balsas el canal para tomar el tren que nos dejaría en Haifa, Palestina. El viaje fué fatigoso debido a la incomodidad de los ferrocarriles que como todo lo que habíamos visto hasta entonces carecía de aseo. La proximidad de nuestros compañeros de viaje árabes, que entre otras cosas pretendieron robar un fusil, a causa de lo cual debíamos estar en constante alerta, y por último el calor y el polvo que entraba por las ventanillas, con el olor penetrante que ema-

naban los cuerpos sucios de los árabes, hacían la atmósfera irrespirable.

Lo primero que hicimos al llegar a Haifa, fué tomar un buen baño, pues suponíamos y no infundadamente, que traíamos de contrabando piojitos musulmanes, pues más de uno hubo de hacer hervir la ropa.

Cuando se nos permitió fuimos a la ciudad que estaba próxima al campo, cargados de los trajes civiles, para tratar de convertirlos en buen dinero que nos permitiera resarcirnos de las molestias del viaje. Cuando lo logramos recorrimos todos los bares de manera que al llegar la noche, estábamos en un estado tal de alegría que terminamos armando una pelea de los mil demonios.

En las primeras horas de la tarde del día 23, vinieron camiones para conducirnos a Beirouth.

Después de un viaje que duró más de cuatro horas, por una carretera que bordea el Mediterráneo, llegamos a un cuartel, el "Depôt de troops de Levant".

Apenas terminamos de arreglar los equipos, fuimos llevados a presencia de un teniente que nos interrogó sobre nuestras respectivas ocupaciones en el país de donde procedíamos. "¿De dónde viene Ud.?" De la Argentina. "¿Qué hacía?" Era empleado. "¿Y Ud.?" Del Uruguay. "Era estudiante". Y así se sucedían las preguntas y las respuestas. Estudiantes, militares, empleados, ¿y para qué todo este interrogatorio? Era lo que no nos explicábamos, porque inmediatamente, dirigiéndose a un suboficial, díjole: "Está bien, quedan todos afectados a la Legión Extranjera. Sentimos que nos corría un frío por la columna vertebral. ¡A la Legión Extranjera! Nos miramos unos a otros, y tenemos la seguridad de que todos pensamos lo mismo. Nos dirigimos a nuestro alojamiento y nos preparamos para ir a comer.

El sargento Pinaud, que era el jefe de nuestro grupo, pues los oficiales habían ido a la ciudad para alojarse en ho-

teles, ordenó a dos de nosotros, ir a la cocina a buscar la comida para todos. Más valía no haberlo hecho.

PRIMER INCIDENTE

Dos legionarios de caras patibularias y un sargento, nos armaron una gritería de la cual poco entendimos, a lo que contestamos con insultos en español que ellos tampoco comprendieron. Fué necesario que acudiera el teniente para ordenar a aquellos individuos que nos dieran de comer.

Quedó entablada así una situación de tirantez entre los viejos legionarios quemados por los soles de las colonias francesas, y los que recién llegamos, juzgados seguramente por ellos, demasiado tiernos o poco hombres para tener un lugar en la gloriosa Legión Extranjera de la que ellos se mostraban tan orgullosos.

Nos pusieron en un dormitorio aparte, siendo designados para desempeñar funciones de cabo; a raíz de ésto y por hacer valer la autoridad que se nos había conferido, fué que hizo crisis la tirantez ambiente.

El cabo Delese, un belga apodado "Nené le terrible" con muchos años de servicio en la Legión y partícipe en todas las campañas de la guerra desde 1939, no perdió oportunidad de demostrarnos su antipatía y de pretender sojuzgarnos a su prepotencia. Aquella actitud comenzaba a exasperarnos a todos por igual y no queríamos enfrentarlo por temor a que todos los demás se nos vinieran encima. Hasta que un día en horas de descanso: "a formar!" rugió más que ordenó en la puerta del dormitorio. Nos consultamos con la mirada sin movernos; aquello era una arbitrariedad que no estábamos dispuestos a soportar, pués interrumpía nuestro reposo sin ninguna causa que lo justificara.

"Si cuando vengan los otros Uds. me ayudan, a éste le pego yo" —les dijimos a los muchachos. Todos estuvieron de

acuerdo; el hombre en la puerta seguía gritando. En un francés chapurreado le preguntamos: "a formar por orden de quién?" "Por orden mía, soy yo el que hago la ley aquí!". Aquello rebasó la medida, y con la fuerza que da la rabia contenida durante varios días, saltamos sobre el individuo golpeándolo en la cara y arrojándolo luego contra la pared como un montón de ropa sucia. Sorprendido salió corriendo al grito de "¡Me atacan los nuevos; me atacan los nuevos! Como lo habíamos previsto se nos echaron encima como una veintena, pero nosotros éramos más o menos el mismo número con la ventaja que sabíamos dar trompadas, y como no se usaron nada más que los puños, fueron ellos los que llevaron la peor parte.

Al día siguiente nos pusieron a todos en el mismo dormitorio, extrañándonos que a pesar de lo pasado, aquellos hombres rudos se constituyeran en los mejores compañeros.

Nuestra vida allí fué bastante aburrida, limitándose a ejercicios todas las mañanas y de tarde teoría de tiro y otras cosas por el estilo. Teníamos permiso para salir después de las 18 horas hasta las 23, hora en que pasaban lista aplicando al que no estuviera presente, 8 días de prisión.

Una noche en que todo había transcurrido como de costumbre, y cuando estábamos acostados, nos alarmó el ruido de carreras y gritos en el patio del cuartel. Salimos rápidamente para ver de lo que se trataba, quedando consternados ante la noticia; el colombiano Gutiérrez había sido gravemente herido de un bayonetazo por el soldado anamita que montaba la guardia.

He aquí los hechos: cuando se pasó lista todos estábamos presentes, pero al quedar todo tranquilo, Gutiérrez quiso eludir la guardia para volver a la calle. Al pretender pasar un alambrado, el centinela, al tiempo que le daba la voz de alto, lo atravesaba de parte a parte con su arma. De inmediato fué llevado al hospital, donde falleció tres días más tarde.

El resultado fué que de inmediato, nosotros con los demás soldados europeos comenzamos a buscar pendencia con los anamitas. Temiendo un encuentro de desagradables consecuencias, fueron retirados del cuartel.

CAMINO DEL FRENTE

Salimos de Beirouth y haciendo el mismo recorrido de vuelta y con las mismas incomodidades con que habíamos hecho el viaje de venida, nos detuvimos en Mena Camp, en el Cairo, en las inmediaciones de las históricas Pirámides, las que tuvimos oportunidad de visitar. Allí también se nos daba permiso para salir pudiendo así conocer la capital del Egipto, una ciudad que podía ser bonita si no fuera tan sucia. Al entrar al campo de uno de nuestros paseos, nos enconramos con que se había dado orden de prepararse para partir, haciéndolo el día 25 de Mayo de 1942. Nos dirigíamos a Bir-el-Hacheim como refuerzo de las tropas allí acantonadas. La ofensiva de los alemanes estaba en todo su apogeo y las tropas inglesas se retiraban ante el empuje arrollador de las fuerzas del Afrika Corps. Poco antes de llegar a Alejandría nos sorprendió una tormenta de arena que apenas dejaba avanzar los camiones, por impedir casi por completo la visibilidad a los choferes. El convoy se componía de unos treinta camiones llevando 8000 obuses de cañón 75 y más o menos 100 hombres. Esa noche pernoctamos en Alejandría y con las primeras luces del alba continuamos para detenernos en Bir-el-Hacheim, ya pasado medio día.

Se nos llevó a presencia del jefe de la Legión, coronel Amilakvari, que en un momento nos destinó a las compañías de las cuales formaríamos parte.

Junto con Zerpa y Bolani fuimos designados para la C. L.3 (Compañía pesada Nro. 3). Salaverri, el argentino Pardo

y otros a la C.L.2 y Sequeira a la 5a. de infantería ligera, quedando de esta manera todos en el mismo batallón: 2º de Legión Extranjera.

No dejó de llamarnos la atención la actividad que allí reinaba. Todos los soldados cavaban profundos agujeros, poniéndole encima maderas, piedras o pedazos de hierro que encontraban a mano, dejando una pequeña entrada. Estábamos entretenidos mirando todo ese movimiento, cuando fuímos llamados nuevamente, esta vez para ser presentados al Capitán Cte. de compañía.

Era éste un hombre de estatura aventajada, rubio y que hablaba con voz de falsete que nos causó mala impresión. No tendría mucha más edad que nosotros y era tuerto, en Siria una bala le había entrado por detrás de la oreja llevándole el ojo derecho.

Nos preguntó el nombre y país de origen diciendo luego: Udes, son voluntarios; vienen de lejos a luchar por mi Patria y yo se los agradezco; sin duda tendrán buena voluntad. Ahora deben saber que la guerra no es una fiesta, aquí se viene a morir y a matar; por otra parte lo verán bien pronto. Nada más". Momentos después un sub-oficial nos llevó a las piezas de 75 anti-tanque, en las cuales serviríamos. Nos tocó en suerte como jefe de pieza, un vasco llamado Luis Artola y como compañeros un belga, un polaco, dos españoles y un checo.

"En mal momento llegaste", —nos dijo el belga.

—"¿Por qué" —preguntamos.

Uno de los españoles terció en la conversación. "¿Hablas español?".

Le dijimos que sí. —"¿De dónde vienes?"

—Del Uruguay. —"Y de las Américas vienes tú a meter las narices en semejante infierno, infeliz?" —Era andaluz y cuando hablaba no era difícil darse cuenta. Como nos quedáramos mirándole él continuó soltando un torrente de palabras, de lo que sacamos en limpio lo siguiente: Que esa mañana ha-

bían sido vistas poderosas columnas alemanas que avanzaban sobre la posición.

El choque entonces era inevitable, y de ahí el que todo el mundo se preparara con tanta prisa. El español nos invitó a compartir el agujero, cosa que aceptamos con gusto, porque nos evitaba el trabajo de hacerlo.

Nuestro cañón estaba dentro de un pozo circular de 50 centímetros de profundidad y unos dos metros de diámetro. Diseminados a diez o quince metros de distancia de la pieza, los abrigos individuales.

Bir-el-Hacheim significa en español, "pozo del diablo". Pensar que el nombre le iba a caer tan justo! . . .

Tiene unos cinco kilómetros cuadrados de extensión, ni una sola defensa natural. Sólo un antiguo fuerte de piedra medio derruído y que parece que en otras épocas fué depósito de agua. En él estaban emplazados nuestros morteros. El campo estaba totalmente rodeado de minas, con pequeños senderos abiertos entre ellas que sólo conocíamos los que estábamos allí; ellas ayudaron grandemente a la defensa que hiciéramos de este pedazo de desierto. Las fuerzas que había en este lugar eran de unos 4.500 hombres.

El segundo y tercer batallones de la Legión, un batallón de Taitianos, los fusileros de marina franceses con cañones anti-aéreos, algunos ingleses con la misma misión y la artillería colonial con cañones 75 de largo alcance.

La noche de ese 26 de Mayo llegó . . . El aire parecía impregnado de nerviosidad, doble número de centinelas y todos listos para cualquier eventualidad. Fumamos y pensamos. Nuestro pensamiento vuela lejos . . . lejos . . . ¿Qué harán en casa? Mamá no debe saber aún que estamos aquí, seguro que no, no se atreverán a decirle . . .

Volvemos a nuestra situación actual. Fumamos en silencio. ¡Alte lá! El grito del centinela rompe la calma. El otro da el santo y seña, hablan unas palabras y de nuevo nos en-

vuelve el silencio, el enorme silencio del desierto. Hacía frío. Tendremos miedo en el momento de vernos por primera vez con el enemigo? No lo creemos, lo hemos deseado tanto! . . . Un oficial hacía su recorrida; vuelve el centinela a hacer oír su voz. "¿Rien a signaler?" (1) —pregunta el oficial. —"Rien mon lieutenant" (2).

"Mucho cuidado, previene el teniente, porque ésto puede empezar de un momento a otro".— Nos dormimos pensando en esas palabras. De un momento a otro . . . de un momento a otro . . .

BIR-EL-HACHEIM, 16 DIAS DE INFIERNO

Amanece el día 27 de Mayo. Con las primeras luces del alba llega hasta nosotros, el ruido de un fuerte cañoneo hacia el sur.

A las 9 de la mañana se presentan ante el frente de nuestro batallón, una cantidad de tanques de la división italiana "Ariete", y comienza el combate.

Como primer proveedor, debíamos alcanzar los obuses al cargador.

El miedo que sentíamos al iniciarse la lucha era tan grande, que no nos atrevíamos a mostrarnos fuera de la trinchera que nos resguardaba.

No queríamos mirar lo que pasaba delante, porque presentíamos que el pánico nos haría su presa. Sin embargo hacíamos esfuerzos inauditos para mantenernos serenos y ocultar a los otros que estábamos asustados. De pronto, un grito angustioso llegó a nuestros oídos y enseguida una mano nos tocó en un hombro. "Ocupe el puesto del cargador que acaba

(1) Sin novedad?

(2) Sin novedad, mi Teniente.

de ser muerto".— Nos ordenó Artola. —Pero mire que no tenemos experiencia; nos excusamos cobardemente.

El cargador debía permanecer de pie, expuesto a las esquirlas de las granadas alemanas, y pretendíamos eludir este peligro, con tan tonta disculpa; ¡y pensar que unas horas antes, nos creíamos valientes que ante nada nos arredraríamos.



Una pieza de artillería en Bir - Hacheim servida por el cabo López Delgado

La terrible realidad de aquel infierno nos convenció de lo contrario, superando en mucho a nuestro valor.

"Vamos, fuera del agujero y a cargar el cañón que no hay tiempo que perder!" dijo Artola impaciente.

Temblando salimos del abrigo que nos ofrecía una relativa seguridad.

Con no pocas dificultades, a pesar de ser una cosa fácil

de hacer poseyendo el dominio de los nervios, del cual carecíamos en absoluto en ese momento, procedimos a introducir el obús en la recámara, haciendo rápidamente cuerpo a tierra. Sonó el disparo, sentimos un rudo golpe en las costillas y gritamos "estoy herido!" Es indudable que los momentos más trágicos de la vida tienen su lado de comicidad. Con ambas manos sobre el lado dolorido nos pusimos de pie, los compañeros se reían. Lo que había pasado fué que al arrojarnos al suelo lo habíamos hecho detrás de la rueda del cañón que al retroceder, nos golpeó con violencia. Al darnos cuenta del ridículo que habíamos hecho, nuestros ojos se nublaron con lágrimas de rabia y de vergüenza. Era lo que necesitábamos! Apretamos los dientes y ferozmente casi, tomamos una resolución ¡De nosotros no se reiría más nadie! Poco a poco, fuimos no perdiendo pero sí dominando el miedo. Ya no oíamos más el estruendo del combate porque estábamos ensordecidos. Cargado el cañón y listo para introducir otro obús, mirábamos a nuestro alrededor con una especie de embriaguez.

Nubes de humo y de arena impedían ver muy lejos, cosa que aprovechaban los tanques para aproximarse; venían, zigzagueaban, escupían fuego, retrocedían, se desplegaban veloces aquellas masas de acero, buscando el lado débil para romper nuestras líneas.

De pronto una explosión horrisona interrumpía su carrera. Había saltado en una mina. Si los tripulantes descendían, las armas automáticas de nuestros infantes se encargaban de ellos y los cañones remataban la obra de la mina.

Durante una breve tregua en que lo más fuerte del ataque se dirigió a otro sitio, resolvimos retirar el cadáver del compañero. El belga lo tomó de los pies y nosotros de los brazos y lo pusimos un poco más lejos para tratar de enterrarlo en la noche. Una esquirla de granada habíale abierto el vientre. Los tanques enemigos estaban haciendo un gran esfuerzo para

quebrar nuestra resistencia. Hasta lograron, seis de ellos, hacer irrupción en la posición.

Entonces se vieron actos de heroísmo. Con bombas de mano los legionarios se lanzaron al asalto de los tanques destruyéndolos, tomando prisioneros o matando sus tripulantes.

Poco a poco el enemigo perdía bríos, aflojaba su presión. Al promediar la tarde, empezaron a retirarse dejando en el campo muchos tanques destruídos y por consiguiente no pocos muertos.

La tranquilidad volvió, pero sabíamos que aquello no era sino el principio y pensábamos con angustia que era esa tal vez, la primera y la última oportunidad de combatir; allí no se vislumbraban nada más que dos posibilidades: Caer luchando o levantar los brazos para salvar la vida, terminando la guerra entre las alambradas de púas de un campo de concentración, pués sabíamos que estábamos sitiados.

La mayoría de los legionarios eran españoles republicanos, que ni por un momento pensaron rendirse, porque entre ser entregados a Franco y morir matando, preferían esto último.

El 28 comenzó el racionamiento del agua, a razón de un litro por hombre.

Con una temperatura de más de 40 grados y la arena que nos castigaba de contínuo, la sed era nuestra desesperación, un suplicio; cuando se agudizaba el sufrimiento que nos causaba, refrescábamos las gargantas con un trago que tomábamos con más cuidado que si se tratara de oro líquido.

En este día no intentaron atacarnos, pero los Stukas nos visitaban a menudo y la artillería y los morteros no nos dejaban tranquilos.

Sólo en la noche nos daban algún respiro y podíamos comer y tomar un poco de te caliente, hecho en las profundidades de algún agujero. También se aprovechaba la oscuridad para abastecer de munición a las tropas.

El 29, el tercer Batallón de la Legión, organiza algunos contra - ataques, que no tendrían, suponemos, la intención de hacer retroceder el enemigo, diez veces superior en número y con un material que nosotros no podíamos de ninguna manera equilibrar. Ellos no tenían, creemos, otra finalidad que la de tantear la resistencia de las líneas enemigas, porque se sucedieron sin ningún resultado positivo que aliviara nuestra situación.

Este día también terminó y durante su transcurso, oíamos silbar sobre nuestras cabezas los obuses, que no hacían muchas víctimas por estar todos metidos bajo tierra como topos. Nuestros 75 contestaban con su seco estampido y se escuchaba a menudo el tartamudeo de alguna ametralladora.

El sufrimiento era intenso y la angustia de sentirnos casi irremediablemente perdidos nos oprimía, pero nuestra moral estaba lejos de sentirse quebrada.

Nadie se quejaba para no desmoralizar a los demás; pero la sed... ¿por qué se nos ocurría en esos momentos acordarnos de las cervecerías de Montevideo? Música, alegría y los buenos chops. Queríamos echar esos pensamientos y volvían siempre . . . Cerveza, refrescos . . . ¡qué sed! Tomábamos la cantimplora y . . . un traguito, basta, basta o terminas la ración ¿y después? cerveza helada, refrescos . . . ¡maldita guerra!! . . .

Pasó otro día, llegó otra noche... entramos en el agujero y nos pusimos a conversar con el andaluz Flores. Mientra fumamos hablamos del Uruguay, de la familia, cerramos los ojos y continuamos rememorando, de vez en cuando nos interrumpe y nos dice "¡Mire que estar tú aquí! Y . . . ¿pa qué? si por lo meno sarváramos de ésta er pellejo".

Cierto, contestamos, si salimos de aquí vamos a creer en milagros, porque va a ser difícil.— Por fin el cansancio nos venció y nos dormimos.

"¡Vamos . . . arriba que te toca la guardia!", alguien nos despertaba.

La guardia, la guardia... tan bien que estábamos durmiendo. A regañadientes nos pusimos de pie, y tomando la ametralladora de mano, fuimos a tendernos delante del cañón. Los ojos y los oídos bien abiertos y los nervios en tensión: pasan los minutos; el silencio nos envuelve y a veces los alemanes tiran alguna bengala, otras se oye el estampido de un cañón o el ruidoso rodar de tanques, después nada... nada...

Consultamos el reloj. La una y media de la mañana. Dentro de media hora terminamos la guardia. Hace frío... en las ciudades estarán bailando, divirtiéndose, mujeres y luz... que bien se está en la ciudad, pero aquí... miramos otra vez el reloj, las dos menos cuarto... aún quince minutos. Esto amarga la vida a cualquiera. Tabletea una ametralladora y delante nuestro pasan las balas trazadoras como puntos luminosos, puntos luminosos que apagan vidas...

Nos dirigimos al agujero de Invernón y le despertamos. Invernón, Invernón, levántate que te toca la facción y ponte el capote que hace un frío bárbaro. "Ya voy", nos contestó una voz somnolienta del fondo del pozo.

Volvemos rápidamente a nuestro puesto. "¿Sin novedad?" pregunta el compañero. Sin novedad, la consigna de costumbre.

Después de acostarnos encendemos un cigarrillo, eso distiende los nervios. Nos fastidia el pensar a pesar nuestro. ¿Por qué esta cabeza quiere hacerlo cuando deseamos dormir? Y pensamos, soñamos despiertos; casa, familia, mientras nos vamos hundiendo en una semi-inconciencia; si nos escapamos de ésta... si nos escapamos. Eso daba vueltas en nuestra mente como un leit motiv.

Antes del amanecer estábamos de pie. Era la hora temida de los ataques. Desde que rechazamos su única intentona no han venido más, pero los esperamos y la espera es terrible,

nos destroza los nervios. Una, dos horas, hasta que es de día; ahora no tenemos miedo a la sorpresa, a luz plena, pero seguimos esperando y temiendo lo que sabemos inevitable: otro ataque. Nos preguntamos si seremos capaces de resistir otro choque de la violencia del primero.

Nuestra artillería, apenas era de día, comenzaba a escupir plomo sobre el enemigo. Corríamos entonces a los abrigos porque de inmediato contestaban. ¿Por qué tiraban si por cada cañonazo recibíamos veinte? Maldecíamos con toda el alma la temeridad de los artilleros franceses.

Dentro de los agujeros nos hacíamos pequeños, pequeños... esperábamos con los músculos crispados los obuses alemanes que cruzaban el espacio silbando rabiosamente, estallando detrás, a la derecha, a la izquierda... se escuchaban gritos de dolor, gemidos... y para completar venían los Stukas que empezaban a describir círculos sobre nuestras cabezas igual que los pájaros de presa, y luego descargaban cientos de bombas picando uno después del otro, con un rugido infernal; el campo se oscurecía a causa del humo y de la arena que levantaban las explosiones. Detrás de esa ola venía otra y otra... los fusileros de marina y los ingleses tiraban y tiraban con sus piezas anti-aéreas.

Nuestros ojos seguían aterrados las veloces evoluciones de los aparatos. "Ahí picó otro", gritó alguien — —y nos arrojamos a lo más profundo del abrigo hundiéndonos el casco en la cabeza y tapándonos los oídos para no escuchar el rugido de los motores. ¡No podemos más, no podemos más! pensábamos, hasta que renacía la calma. Nos sentábamos, sudorosos, humedecíamos la boca y la garganta reseca con un buche de agua y encendíamos un cigarrillo... ¡Nada como él para calmar los nervios!

¡A sus puestos— ordenó el jefe de pieza. Salimos corriendo a ocuparlos pero no pasaba nada, solamente que era peligroso que después de un bombardeo nos sorprendieran den-

tro de los agujeros. Media hora de expectativa... ahora sí, íbamos a fumar, pero... ¡los aviones! gritábamos, ¡ya vuelven! de nuevo al agujero como el topo. Rugiendo se precipitaron sobre nosotros ametrallándonos. ¡Salvajes! si pudiéramos. . . pero ¿qué? nadie puede nada. Las baterías de D.C.A. tiran... tiran.. se alejaban de nuevo pero ¿hasta cuándo?

LA SITUACION SE HACE DESESPERANTE

Los días pasaban y nuestras chances de salvación eran cada vez menores; los bombardeos de la artillería y de la aviación eran más brutales cada día. La resistencia que encontraban exasperaba sin duda a los ítalo - germanos y el tercer batallón de la Legión seguía con sus contra-ataques.

A veces por la noche oíamos a los tanques alemanes que se movían y aunque no podíamos verlos por la oscuridad, sabíamos que trabajaban levantando minas para abrirse un pasaje; al día siguiente nuestros hombres las plantarían de nuevo.

Las primeras luces del día tres de Mayo asomaron en el horizonte.

En campo enemigo se notaba gran movimiento, denunciado por la espesa polvareda levantada por los tanques y otros vehículos. ¿Qué tendrán miras de hacer? nos preguntábamos preocupados. Con cuidado aceitamos el cañón limpiando la arena, y nos tendimos a su lado. Aquel movimiento en el otro lado no nos olía bien. Los veteranos, nerviosos, parecían olfatear el peligro en el aire.

Por nuestra parte, si no estábamos tranquilos, no estábamos tampoco muy nerviosos, mientras se movieran lejos...

¡Esta calma me enerva! comentó Artola, escudriñando el desierto con sus gemelos.

No nos quejemos, no nos han pegado ni un cañonazo ni hemos visto esa inmundicia de Stukas — dijimos nosotros.

"Pues mira... pa mi es muy raro eso de que nuestros cañones tiren y ellos no".

"Vay, vay, que estos alemane..., mardita sea la mare que los ha parío no nos harán na... na güeno" dijo Flores en su jerga andaluza.

De esta manera cada uno daba su opinión; expresaba su pensamiento, pero, estamos seguros, incompleto; todos sentíamos algo que no exteriorizábamos.

"Miren, miren lo que viene!!, gritó alguno.

Todos volvieron la vista hacia donde señalaba el que había hablado.

Un pequeño automóvil italiano enarbolando una bandera blanca venía hacia nuestras líneas. Hicieron detener al conductor y apearse del coche, y un oficial sale al encuentro del parlamentario, saludándose militarmente.

Esta escena se desarrolló a unos cien metros del lugar en que nos encontrábamos y no perdimos detalle de ella.

"Es un oficial italiano" dijo Artola que miraba con sus gemelos.

"¿Y qué diablos querrá? — preguntaba otro. Y un tercero: "no es difícil adivinarlo; ese viene seguramente a pedir la rendición".

Entre tanto le vendaban los ojos al italiano y lo condujeron al puesto de comando. Minutos después partía por donde había venido. ¿Qué habrá venido a hacer? era la interrogante que nos planteábamos. Pronto nos darían la respuesta.

A las 10 de la mañana, el capitán Simón, personalmente, vino a comunicarnos la nueva: El General Koening, había recibido el siguiente mensaje:

"A las tropas de Bir - el - Hacheim: Toda nueva resistencia no haría más que hacer verter la sangre inútilmente. Uds. tendrán la misma suerte que las dos brigadas inglesas que se encontraban en God Walep y que han sido exterminadas



GENERAL KOENIG

Comandante de las tropas en Bir - el - Hacheim

anteayer. Nosotros cesaremos el combate desde que Uds. izen bandera blanca y vengan hacia nosotros sin armas".

"Como Uds. se imaginarán, continuó el capitan con su voz de falsete pero serena, el ultimátum fué rechazado y el general me encarga de decirles esto": 1.º Nosotros debemos esperarnos en adelante un ataque serio con todos los medios combinados (Aviación, tanques, artillería e infantería). El será pujante — 2.º Yo repito mis órdenes y mi certitud de que cada uno hará su deber, sin debilitar, y en su puesto, separado o no de los otros. — 3º Nuestra misión es resistir cueste lo que cueste, hasta que nuestra victoria sea definitiva. — 4.º Explicar bien esto a todos los graduados y soldados de segunda clase. — 5.º Buena suerte a todos. Firmado: Koening.

Cuando el capitán terminó la lectura de aquella orden del día firmada por el General y donde se nos indicaba claramente, que nuestro deber era morir en los puestos de combate, creímos que nuestro corazón cesaba de latir y nos pareció que el Capitán, a pesar de la barba de varios días y la suciedad que cubría nuestro rostro, nos vió palidecer, porque mirándonos fijamente, dijo: "No hay que creer que todo está perdido", y se alejó. Ahora deberíamos estar más alertas que nunca, pues parecía que el primer ataque había sido un juego de niños comparado con lo que nos amenazaba desde ese momento; Rommel lo decía claro: La rendición o el exterminio total.

Penetramos en el abrigo para estar más solos, no queríamos que nadie supiera que la debilidad espiritual había hecho presa en nuestro ser, que la moral se resquebrajaba como un edificio al que le fallan los cimientos; la idea de la muerte no había venido nunca a nuestro cerebro con tanta fuerza como en ese momento y sin embargo habíamos llegado allí dispuestos a morir por la causa que defendíamos. En ese instante nos dimos cuenta de que es muy fácil estar dispuesto a

morir defendiendo un ideal, cuando se tienen veinticuatro años y solo una vaga idea de la muerte, pero cuando entramos en contacto directo con ella, cuando la palpamos y la vemos materializada en cuerpos deshechos, en miembros arrancados, en vientres abiertos de hombres que también sustentaron con ardor sus ideales y que sin embargo murieron con una mueca de terror y de sufrimiento atroz, cuando penetra en nuestra nariz el olor pútrido de esa muerte, no queremos morir!, no queremos morir!... Un sollozo estalla en nuestro pecho, porque ¡no queremos morir y maldecimos la democracia, el nazismo y todas aquellas causas y aquellos hombres que nos llevaban a la matanza! Un soldado en retaguardia es un hombre con ideas que piensa y razona, es en fin, un hombre normal; en el frente, donde peligra su vida, es una bestia, todo él, instinto de conservación, se anula en sus sentimientos y no piensa sino en él, no se acuerda más de que es hermoso, divino, dar la vida para que sus semejantes disfruten de su supremo sacrificio,gozando de sus sagrados derechos en la libertad.

Largo rato permanecimos en el fondo de aquel agujero, presa de la más horrible desesperación, hasta que por fin la tranquilidad volvió a nosotros. Salimos fuera a reunirnos con los compañeros. Todos evitaban hablar de lo que se preparaba, entreteniendo la conversación con temas que sin duda eran dictados por sus subconciente; recordaban sus familias, sus hogares, y el andaluz Flores, con una tristeza que trataba de disimular, pero que se leía en sus ojos negros empañados por lágrimas rebeldes, recordaba a su señora y a sus dos "chavalillos" que hacía ocho años que no veía. Dicen que los agonizantes, como en una película, ven pasar ante sus ojos lo más bello de su vida. ¿No éramos nosotros, hombres señalados fatalmente para morir, en agonía, podríamos decir, estando en todo el vigor de nuestra salud? Los Stukas interrumpieron la reunión; ahora venían cinco y seis veces por día en

olas de cincuenta, sesenta y hasta cien. Corrimos a los refugios entre el silbido agudo de las bombas y las explosiones que nos aturdían. A cada estallido éramos levantados del suelo, la tierra se estremecía. Quietos. Quietos, no moverse... y los minutos se hacían horas... el bombardeo seguía implacable.

Cuando no tuvieron bombas y la arena y el humo se disiparon, nos ametrallaron incendiando algunos camiones.

Al fin se retiraron: los camilleros pasaban corriendo; no todos teníamos la misma suerte.

Era preferible que atacaran, antes que tener que soportar durante todo el día sin poder esbozar siquiera un gesto de defensa, a que nos asesinaran a todos desde lejos con artillería y morteros y desde el aire con los aviones. Por lo menos en combate se calentaba la sangre y el olor acre de la pólvora enturbiaba nuestro cerebro con una especie de borrachera.

Así, bajo este tormento diario que amenazaba enloquecernos, que nos hacía esperar ansiosos la noche para gozar de un poco de tranquilidad, y ver asomar el día con verdadera angustia y temor, así llegó el amanecer del seis de Junio. Apenas aclaró, la artillería alemana con todos sus cañones y desde todas las direcciones, comenzó a pilonear rabiosamente nuestras posiciones. Nunca habían descargado sobre nuestras cabezas tan enorme cantidad de obuses; los aviones contribuían a conseguir el objeto perseguido que sería tal vez, dada la furia destructiva de que estaban poseídos nuestros enemigos, hacer de los cinco kilómetros cuadrados de nuestro campo, un enorme pozo que nos sirviera de fosa común.

Bajo el aluvión de metralla que rasgaba el aire con su silbido de serpiente, permanecíamos inmóviles pegados a tierra. Cuando aquello cesó corrimos a nuestros puestos pues ra claro que se preparaba algo. En efecto, ya estaban los tanques a la vista; no atacaban por el mismo lugar que la primera vez,

sino que lo hacían directamente sobre el fuerte. El combate quedó entablado.

Conseguimos cierta serenidad pensando en que la suerte que hasta ese momento nos había ayudado, no nos abandonaría...

El apuntador, rodilla en tierra y las manos crispadas en los volantes de puntería, el ojo fijo en la mira, acechaba un tanque que entraba en su campo de tiro; con el rostro tenso y la mirada fija esperamos... Invernón apretaba con fuerza en su mano el cordón que haría partir el disparo. La lucha se hizo violenta con las piezas vecinas a la nuestra, las explosiones se sucedían rápidas, secas, y el polvo y el humo se hacían más densos... Nosotros seguíamos esperando. Se acercaba un tanque. ¡Distancia mil metros sobre objetivo a la derecha! El apuntador repite: ¡Distancia mil metros! La voz de mando es una pregunta. ¿Visto? ¡Visto! ¿Listo? ¡Listo!, contestó el tirador con voz seca. ¡Fuego! El brazo se plegó... Un tirón, un estampido y una nube de arena se levanta delante del tanque. ¡Corto!, gritó Artola. ¡Tira un poco más alto!, más alto! Disipado el humo y el polvo que levantó el primer disparo, firme y sereno nuestro apuntador movió los volantes poco a poco, lentamente, tomó puntería; zizagueando con rapidez el tanque se acercaba tirando. Cuando estaba colocado oblícuamente a nosotros, pero sus obuses pasaban lejos... Era difícil que nos diera porque tenía que apuntar a la carrera y si se paraba estaba perdido. ¡Atención! ¡Fuego! Aullando, partieron varios kilos de acero en busca de su presa... Un relámpago, una explosión y el tanque comenzó a arder. ¡Bendita sea tu mare! Exclamó Flores y nosotros le coreamos con ¡Bravos! entusiastas dirigidos al apuntador.

¡Distancia dos mil metros, objetivo en frente, una deriva a la izquierda! mandó el jefe de pieza. ¿Visto? ¡Visto! contestó Rimbaud. Una vez prontos, fuego a discreción!, volvió a ordenar Artola sin dejar de mirar con sus gemelos.

Atención! Fuego! Corto! Atención! Fuego!... A la derecha, a la izquierda, iba indicando Artola... Alto el fuego! y luego agregó: "Está servido, saltó en una mina. Los morteros también hacían su trabajo tirando contra la infantería alemana que atacaba. Las armas automáticas entraron en acción y nosotros atendíamos los tanques con obuses perforantes y cuando nos daban tiempo dirigíamos nuestra boca de fuego contra la infantería tirando granadas rompedoras.

Cuando alguna de éstas estallaba en medio de los ítalo-alemanes, eran muchos hombres que quedaban despedazados. El ataque se detenía, volvían los aviones y la artillería nos lanzaba encima otra lluvia de obuses de todos los calibres; ya sabíamos que al terminar ésto se lanzarían de nuevo sobre nosotros, porque estaban haciendo enormes esfuerzos para quebrar la resistencia.

Vinieron otra vez pero de nuevo los detuvimos, hasta que al fin volvió la calma. Ellos también estaban agotados y debían haber sufrido graves pérdidas en hombres y materiales. Nos dábamos cuenta de que el enemigo había ganado terreno y por lo tanto extremamos las precauciones para evitar una sorpresa. Llegó la noche oscura, fría. Nos tocó la primera hora de guardia, junto con Invernón. Era un buen compañero y muy entretenido; nos relataba hechos y cosas de España, sus esperanzas de que caería el dictador de su patria "Paco el sordo" como ellos le llamaban; olvidando nuestra situación nos dejábamos ir mecidos por la corriente suave de nuestras ilusiones.

Era la primera vez que sosteníamos una conversación larga con este muchacho de poco más de 25 años y que hacía siete que estaba en guerra; los hombres en situación parecida, tienen la necesidad de abrir su corazón y lo hacen con el primero que los escuche y él lo hacía con nosotros.

La conversación era mantenida en voz muy baja, casi en

secreto. "¿Fumamos?" Bueno. Mientras tratábamos de encender bajo el capote nuestro cigarrillo, vimos a nuestro camarada fuera del emplazamiento del cañón, tendido en tierra, empuñando el fusil ametrallador.

Nos tendimos a su lado apretando en la mano una granada. ¿Qué pasa? le preguntamos casi al oído: nos hizo seña de guardar silencio: prestamos oído... alguien trabajaba con una herramienta escarbando en la arena; seguro que los boches levantaban las minas. ¿Oyes? murmuró. Sí, respondimos, y seguimos esperando... tensos... rígidos nuestros músculos, prontos a la acción.

Desde la posición inmediata también habían oído porque de pronto rasgó el silencio el crepitar de una ametralladora y las balas luminosas nos indicaban que iban en la dirección del lugar donde se producía el ruido, luego otra ráfaga, otra y otra. Nuestros cigarrillos se habían apagado; Invernon fué al abrigo y los encendió de nuevo. Fumamos cubriendo la brasa con los cascos. Nuestras manos temblaban un poco.¿Qué hora es? interrogó Invernón.

Faltan quince para las once, respondimos, y seguimos en silencio esperando... esperando. Una ametralladora tartamudeó, y contestó una alemana con su ruido de serrucho cortando madera. A las once llamamos a los que debían relevarnos. Antes de aclarar el día nos despertaron y al levantarnos nos higienizamos, es decir, humedeciendo la punta de un pañuelo la pasábamos por los ojos, y con un buche de agua nos enjuagábamos la boca, tragándolo luego, para suavizar la garganta, y estábamos listos para empezar el trabajo.

El horizonte tomaba reflejos de incendio al salir el sol; dos horas más tarde comenzaba a achicharrarnos. Parecía que los de enfrente habían dormido mal y estaban de mal humor porque apenas fué de día comenzaron su sinfonía de cañonazos. Parece se acordaron que tenían otros lugares donde ata-

car sin ser el nuestro, y lo hicieron al norte de la posición, llegando hasta nosotros el estruendo del combate.

La calma del día anterior se debió sin duda a que se estaban preparando.

Vino la cisterna a traernos el agua y nos comunicó que en adelante la ración sería de medio litro por hombre y por día! ... ya podíamos decir que aún no habíamos llegado al último extremo.

Pero es que estos pocos kilómetros de desierto serían tan importantes como para resistir hasta morir de sed, el que no tuviera la suerte de ser muerto antes por los nazis?

Poco a poco, sin darnos cuenta casi de ello, nos íbamos doblegando, no ante la pujanza del enemigo, mantenido a raya durante tantos días con un coraje que el mundo entero admiraría más tarde (conste que nos referimos a todas las tropas defensoras de Bir-el Hacheim donde los que teníamos más miedo, tomábamos el ejemplo de los más valientes que nos guiaban), nos doblegábamos ante los elementos de la naturaleza: la arena que levantándose en nubes, nos penetraba por la nariz, la boca y los ojos, aumentando así la sed que nos atormentaba, que inflamaba nuestras gargantas resecas, hinchándonos la lengua y partiendo nuestros labios que se cubrían de una costra dura ... el tormento de la sed iba a ser nuestro más temible adversario y si las cosas no cambiaban, nos obligaría a arrojar las armas por un trago de agua ¡agua sí, agua!...

En la desesperación, la duda minaba nuestro espíritu, comenzaron las murmuraciones, el fantasma del descontento flotaba en el ambiente y nuestra imaginación exitada trabajaba ... que los oficiales tenían agua en abundancia, que pensaban escaparse y abandonarnos y otros disparates parecidos.

Y pasó el día ... los ataques alemanes habían sido rechazados como los anteriores, la tricolor con la cruz de Lorena seguía ondeando al tope victoriosa, pero ... ¿por cuánto tiempo aún? ¿Cuántos camaradas dormían ya bajo las arenas

calcinadas de aquel rincón del desierto líbico, y cuántos íbamos a quedar?... El destino contesta a su debido tiempo y es inútil interrogarlo.

El día 9, aunque el enemigo no logró su propósito estrechó más aún el anillo de hierro que amenazaba ahogarnos; una sección de nuestra infantería había sido hecha prisionera logrando muy pocos escapar. De esta manera el combate comenzaba dentro de los límites de nuestro terreno, con granadas y ametralladoras de mano pero nuestra bandera flameaba aún gallardamente.

El 10, un tercer ataque alemán tuvo lugar por el mismo sitio de aquellos de los días 8 y 9, sufriendo los superhombres otra derrota por los que después ellos catalogaron de "aventureros que se defendían con la fuerza de la desesperación". Ellos, los arios puros, la raza superior, con todo el empuje de su potencia bélica no pudieron hacer arriar el pabellón francés con la Cruz de Lorena, que hasta la puesta del sol del 10 de Junio de 1942, proyectó su sombra gloriosa y gigantesca sobre la cabeza de sus soldados.

En la tarde de ese diez de Junio después de 16 días de infierno, con una alegría indescriptible, recibimos la orden de prepararnos para salir esa noche rompiendo el cerco de viva fuerza. Nada de cargar armas pesadas, solamente granadas, ametralladoras de mano o pistolas, tomar lo indispensable y destruir los cañones; más tarde se distribuiría el agua de reserva de la compañía.

Nadie pensaba en el peligro que entrañaba esa arriesgada empresa, solo pensábamos que esa noche estaríamos por fin libres, vivos o muertos, pero libres de cualquier modo. Nuestros rostros demacrados después de tantos días de sufrimiento, se iluminaron con la luz de la esperanza. Escapar... escapar costase lo que costase. Con esta idea fija fué que hicimos los preparativos y esperamos que se extendieran por la inmensidad desértica las sombras de la noche, que nos ayudarían en la

maniobra. La noche llegó, oscura... negra... pocas horas más tarde sólo las estrellas serían mudos testigos del último acto de la gran tragedia desarrollada en Bir-el-Hacheim.

Las cisternas recorrieron las posiciones para distribuir el precioso líquido; los choferes pusieron en marcha los motores de sus vehículos y comenzaron a formar una columna de tres en fondo; las tanquetas adelante, los camiones con heridos al medio, los prisioneros alemanes e italianos encadenados y con custodia, montaron en dos de los camiones.

Voces de mando secas y en voz baja se oían por doquier. Sombras que corrían en todas direcciones, silenciosamente; cada uno trataba de ocupar la plaza que le había sido asignada.

Comenzaron a formar las compañías de infantería en columnas de seis; la sexta, de nuestro batallón marcharía en cabeza e inmediatamente después de la columna motorizada.

LOGRAMOS ESCAPAR

El Cnel. Amilakvari con su automóvil, rompió la marcha saltando en una mina a poco de andar. Pidió otro coche, saltando en otra mina, no recibiendo heridas ninguna de las dos veces.

Resolvió continuar a pie. Los camiones y las tanquetas ya habían chocado contra el enemigo con fuerza demoledora.

El cerco estaba roto y los primeros vehículos, como un torrente, lo llevaron todo por delante, lo aplastaban todo a su paso y se perdían luego en la inmensidad negra de sombras del desierto. Pero el enemigo comenzaba a reaccionar, se rehacía de la sorpresa y las ametralladoras comenzaban a hacer sentir su tableteo... gritos de rabia y de dolor hienden la noche... a veces la voz de nuestro Coronel y la del Capitán de Serigne se elevaban sobre el tumulto. ¡En avant la Legión! ¡En avant la Legión!... siguiendo el ejemplo de hombres de ese temple, la Legión Extranjera se lanzaba ciegamente, furiosamente, contra los que pretendían cerrarles el paso.

El Tte. Dewey con su tanqueta aplastó dos ametrallado-

ras italianas, muriendo heroicamente con cuatro de sus legionarios, salvándose uno de nombre Debrik ante la tercera.

Mientras esta lucha se desarrollaba en la noche que sólo era iluminada por las llamas de un camión incendiado, esparciendo a su alrededor una luz rojiza que hacía aún más siniestra la escena del último acto de la epopeya de Bir-el-Hacheim, un grupo de diez o doce hombres esperábamos la decisión de Artola, a la experiencia de quien confiábamos nuestras vidas.

"No se muevan de aquí que yo voy a ver lo que pasa" —nos anunció—.

Esperamos sin movernos. ¿Cuánto tiempo aguardamos, con una angustia que nos oprimía la garganta, y una mano de hierro estrujándonos el corazón? No podríamos decirlo; un minuto, veinte, una hora tal vez. Las balas trazadoras cruzaban en todas direcciones, tableteaban las armas automáticas junto al estampido seco de un fusil y a la explosión de granadas de mano... Si pudiéramos salir... Si tuviéramos la suerte de salir... y oprimíamos nerviosamente la ametralladora de mano, y nos palpábamos la cintura para asegurarnos de que las granadas estaban en el cinturón. ¿Dónde estará Artola? nos preguntábamos. Después nos empezábamos a imaginar cosas. No viene... si se hubiera ido... pero no, no puede ser, no puede tardar, ¡ahí viene! pero no... la sombra sigue, no era. Pero, ¿cuándo va a venir? ya debe ser tarde y si llega el día y estamos aquí... pero ahí viene. ¿Será él?... Sí, es. ¡Qué suerte! Porque ¿qué hubiéramos hecho solos?... Bueno, ya está aquí. Todas estas preguntas y estas respuestas nos hicimos mientras esperábamos a Artola hasta que su llegada cortó nuestro soliloquio. "Muchachos, la cosa por allí está muy fea, pegan duro y matan mucho, el que quiera seguirme... yo me voy por aquí que está más tranquilo". Sin replicar nos pusimos en pie, él se arrodilló, puso su brújula luminosa en el suelo murmurando: "hacia el sur". Se enderezó y dirigiéndose a nuestro grupo — dijo: — "que nadie hable,

marchen sin ruido y no usen las armas sino en caso de que tiren sobre nosotros, porque nos hayan descubierto, entonces cada uno haga lo que pueda y sálvese como pueda. ¡Adelante!"

Avanzamos como fantasmas, en silencio, plegados en dos... nuestro jefe levantó la mano y en susurro nos dijo: "ahora de arrastro, vamos a entrar en un campo de minas"...

Iniciamos la marcha sobre los codos y las rodillas... lenta, muy lentamente, tanteando el lugar donde apoyaríamos el cuerpo, un movimiento sin tomar esta precaución sería fatal.

Seguimos... seguimos. ¡Quietos! Una bengala iluminó el campo... la cara contra la arena... las manos cripadas esperamos... ¡apágate ya, maldita seas! A pocos metros corren soldados. Nos apretamos más contra la tierra... los reconocimos por los cascos... Boches... el dedo sobre el gatillo... se acercaron... y la bengala nos alumbraba... qué suerte que no nos vieron, y por lo tanto casi nos pisaron.

¡Qué minutos terribles! Cara y cuerpo estaban empapados de sudor. Llevábamos la cantimplora a los labios y tomábamos un trago de agua, ¡qué alivio! Nos arrastrábamos algunos metros más y... ¡otra bengala! Junto a nuestro oído dice Flores: "Si yo le hecho la mano ar cuello ar tío de la luccita"...

Pensamos que sería bueno poder arrancarle una oreja de un mordisco, y hacerle tragar sus sucias bengalas. Se extinguió por fin. Nuestra esperanza era llegar al límite del campo de minas sin ser vistos. De nuevo nos iluminaron cuando nos faltaba poco para llegar. Haber sido descubiertos en ese momento, hubiera sido una gran desgracia. En el camino que recorríamos había soldados y nos preguntábamos qué haríamos. Nuestros nervios no resistían más... y en nuestra desesperación le proponemos a Artola arrojarles una granada y luego barrerlos con las ametralladoras de mano. "¿Tú eres loco? Matamos unos pocos y aquí nos quedamos, no tires nada".

Otra vez quedamos en tinieblas pero no podíamos seguir sin riesgo de chocar con los alemanes. Cuando el campo se ilumina otra vez todavía estaban allí. ¡Ah!, pero es que no tendrán otro lugar donde pararse?... Nos arrastramos a la izquierda para evitar los alemanes que habían allí. Deseábamos una bengala para mirar adelante nuestro. Este deseo se cumplió y vimos que no había nadie. Artola nos hizo señas con la mano. ¡Adelante!! Debíamos estar casi afuera... duelen los codos y las rodillas que tenemos en carne viva pero ¿qué importaba esto si lográbamos salir? Otra seña de Artola... Nos detuvimos. Con precaución se arrastraba describiendo Zig-zags. ¿Qué hacía? Desapareció en la oscuridad y a los pocos minutos vuelve caminando y nos dice agitadamente "¡a correr que estamos libres!" De un salto nos pusimos de pie y comenzamos una carrera hacia la vida, hacia la libertad. Sentíamos unos deseos enormes de reírnos y gritarles a los alemanes: ¡imbéciles! ¿No ven que nos vamos? Lo primero lo hicimos mezclado con llanto, lo segundo no nos atrevimos a llevarlo a cabo. Corrimos... Corrimos... enloquecidos, no sabemos durante qué tiempo ni qué distancia, deteniéndonos solamente cuando Artola lo hacía para consultar la brújula. Detrás nuestro se iba perdiendo el ruido del combate, que se prolongaría hasta el amanecer. Con la luz del nuevo día serían inútiles todos los esfuerzos de los que ya no hubieran escapado.

La luz de ese nuevo día, de ese inolvidable amanecer del 11 de Junio de 1941 nos pareció más diáfana que nunca, más hermosa que nunca.

Con las primeras luces de la mañana un camión inglés vino hacia nosotros, ya completamente agotados. Los ocupantes nos miraban asombrados: ¿Bir-él-Hacheim? Nos preguntaban. Sí, contestamos, agua, water, water, agua.

Nos lanzamos todos al mismo tiempo sobre el agua que había en el camión.

Los ingleses no querían dejarnos beber, y mientros uno nos convencía, los otros dos abrían botes de leche que bebíamos ávidamente.

Preguntamos a cuántos kilómetros estábamos de Bir-el-Hacheim. "A más de doce" nos dijeron. Nos pareció que era demasiado cerca, no estábamos del todo tranquilos. Nos explicaron que había muchos camiones ingleses en patrulla por las inmediaciones, para recoger a los sobrevivientes que andaban diseminados por el desierto.

Al fin nos pusimos en marcha hacia el lugar, donde se formaba el convoy, a poca distancia de allí.

Nuestra alegría fué grande, cuando vimos a los amigos de la América del sur; nos abrazamos llorando y riendo; ¡qué suerte! ¿cómo te fué? ¿y a tí? Nos acribillamos a preguntas hablando todos al mismo tiempo, no habíamos perdido la costumbre a pesar de los sustos. El convoy en marcha llevaba los despojos fatigados, rotos, deshechos de lo que fueron la fuerza que defendieran Bir-el-Hacheim. Dicen que nuestra resistencia salvó el Canal de Suez. La aseveración o el desmentido de esta afirmación está fuera de nuestro alcance. Nosotros sólo podemos decir que en 16 días de infierno solo sufrimos, sufrimos y sufrimos!!... Ante esta resistencia que no cedió a un enemigo muchas veces superior, el General de Gaulle dijo en una orden general "Cuando en Bir - el - Hacheim, un rayo de gloria vino a acariciar la frente sangrienta de sus soldados, el mundo reconoció la Francia".

ALEJANDONOS DEL PELIGRO

Nuestro convoy llegó a Mersa - Martru donde descansamos algunos días, pero allí también repercutía el eco de los cañones alemanes, que apresuraron nuestra partida hacia la ciudad de Alejandría.

Recién entonces nos dimos cuenta del precio pagado por

la que, para nosotros, era la más brillante de las victorias obtenidas en la guerra del desierto de Libia.

Nos sentíamos orgullosos de nuestra actuación, todos por igual, tropas y oficiales, pero muy caro nos había costado. El 50 % de los compañeros habían quedado en aquel infierno, la mayoría de ellos al intentar escapar.

De los dos batallones de Legión no quedaban sino los restos, contándose entre los desaparecidos el jefe del nuestro y muchos oficiales.

En la playas de Alejandría levantamos campamento para tomar un reposo que sería breve pero absoluto.

El lugar no podía ser mejor para descansar nuestro cuerpo y nuestro espíritu. En la costa del mar, a la sombra de las palmeras, todo invitaba al reposo, al abandono y al olvido de las horas pasadas.

Lo primero que se nos ocurrió al llegar, fué pensar en dormir, dormir mucho para tomarnos el desquite. Muchas veces tuvimos pesadillas y nos despertábamos sobresaltados. No era sólo a nosotros sino que a todos les sucedía lo mismo; nuestros nervios no estaban aún en su estado normal, y tardaríamos mucho en reponernos completamente del colapso que sufriéramos.

Salíamos a las diez de la mañana con permiso y nos presentábamos al campamento al día siguiente a la misma hora a recibir órdenes.

Todo iba a la perfección. Diversiones, bebidas, mujeres, en fin, lo que necesita un soldado cuando vuelve del frente de combate: Hacer mucho ruido, mucha algarabía y emborracharse hasta no poder tenerse de pie. Pero eso no podía seguir así por muchos días.

Atracados en el puerto había algunos buques de guerra franceses cuyas tripulaciones eran adictas al gobierno de Vichy, a los entregadores de la Francia.

Una mañana, a la hora de presentación, varios legionarios

aparecieron con los rostros averiados. Lo que les había sucedido corrió rápidamente por todo el batallón.

Varios marineros vichistas (vichimen) como los llamaban los ingleses, los habían provocado escupiéndoles al rostro la palabra traidores, agrediéndolos de inmediato y propinándoles una soberana paliza. Nuestra indignación no tuvo límites al enterarnos de ésto. ¿Era posible que siendo franceses, estos hombres llamaran traidores a los que defendían a Francia? Para gentes tan ruines no se ha creado aún calificativo en ninguna lengua, para los vendepatrias ningún castigo es demasiado duro. Desde ese momento nos pusimos de acuerdo para salir en grupos y armados. De lo que sucedió solo relataremos algunas incidencias como la siguiente: una tarde en la Rambla Promenade de la Reine Nazli, tuvo lugar un encuentro de los que se habían hecho comida diaria entre franceses libres y los vendidos; quedamos dueño del campo y uno de los marineros, no teniendo más salida que el mar y ya acosado, a él se arrojó. El español San Martín, un muchacho de más de un metro ochenta y cinco de estatura, se lanzó tras él y le dió alcance; le tomó de los cabellos sumergiéndolo, sacándolo a flote y cuando respiraba repetía la operación. A rastras le sacó fuera y le ordenó desvestirse, bajo la amenaza de una pistola, y cuando estuvo en camisilla y calzoncillo, corriendo detrás de él lo llevó hasta el barco. Estos señores iban de mañana a hacer ejercicios a un campo en las afueras de Alejandría. Una de esas mañanas, el Tte. Bourdis invitó como 50 ó 60 legionarios y cuando los marinos en correcta formación volvían de sus ejercicios, al mando de un capitán, les interceptó el paso.

Al frente de los legionarios el Tte. se lanzó a la carga y aquello degeneró en una verdadera batalla campal a golpes de puño y de cachiporra. Hubo varios heridos, tanto nuestros como de ellos, pero conseguimos que fuera el último día que salieran del buque. Con el alejamiento de estos traidores, de

la ciudad, renació la calma y seguimos divirtiéndonos a más y mejor.

Con facilidad aprendimos la lección de que en la guerra es necesario aprovechar al máximo el tiempo que se estaba en la retaguardia.

Ocho días magníficos pasamos en la ciudad de Cleopatra.

Después fuimos a un campo cerca del Cairo, dejando detrás un pueblo que estaba siendo presa del pánico. Esto se justificaba si se piensa que los alemanes estaban a sólo 80 kilómetros de la ciudad, y que en esta había una gran cantidad de judíos que sólo atinaban a hacer sus valijas.

Partimos al atardecer entre las aclamaciones del pueblo que nos saludaba desde la calle, las puertas y las ventanas.

Debemos confesar que estas manifestaciones no nos dejaron indiferentes, sentimos en lo más profundo de nuestro ser, una enorme satisfacción que casi nos hacía estar contentos de las terribles horas de Bir-el-Hacheim.

La carretera hacia el Cairo estaba atestada de vehículos. Muy pocos kilómetros por hora era posible avanzar. Lo peor era que no había ningún orden para marchar, todos querían ir delante y a cada momento se producían choques que retardaban aún más la marcha. Mientras la noche no llegó, nuestros ojos escudriñaban el cielo de contínuo por temor de los aviones alemanes, que si aprovechaban esa confusión entre las tropas en retirada, harían una verdadera masacre.

Para alivio nuestro llegó la noche, aunque el avanzar se hacía más y más difícil a causa de que un convoy venía en dirección contraria a la nuestra y era necesario darle la prioridad porque iba hacia el frente.

Era una división australiana, la que con admirable valentía contribuyó a detener el avance nazi hacia Suez. Estos hombres, que sabían la situación en que estaba el frente, iban cantando alegremente. Sabían además que ibamos tratando

de poner tierra por medio entre nosotros y los alemanes. Sabian, en fin, que estábamos a punto de ser derrotados por completo y sin embargo cantaban, reían y hacían bromas sobre aquella retirada que amenazaba convertirse en una catástrofe para los ejércitos aliados. Eso y otras cosas que vimos en distintas oportunidades, nos hicieron juzgar a los australianos como los mejores soldados de todos los que nos fué dado ver combatir. Viéndolos nuestras esperanzas renacieron; con tropas de ese temple no se pierden guerras aunque se pierdan batallas.

A pesar de que llevábamos ya varias horas de viaje, no estaríamos muy lejos del punto de partida, cuando hicimos alto en un lugar cualquiera del desierto para pasar la noche. Armamos las carpas y después de comer algunas conservas calientes nos reunimos los sudamericanos y algunos españoles a cantar y a charlar.

En Alejandría habíamos conseguido yerba que aunque muy mala, aquello era puro palo, y a los pocos mates estaba lavada, nos servía igual para hacernos el gusto. Los españoles nos pidieron para probar pero al primero salían escupiendo y maldiciendo de aquello tan amargo. Fuimos a dormir y al otro día temprano ya estábamos en marcha. El tráfico seguía siendo intenso y la carretera congestionada.

Allí no se marchaba a tantos kilómetros la hora si no a tantos metros.

Pensamos otra vez en los aviones: menos mal que andarían ocupados en otras cosas y no tenían tiempo de acordarse de nosotros. Viajamos todo el día para recorrer los docientos kilómetros que quedan de Alejandría al Cairo.

En la tarde llegamos a esa ciudad, y fuimos a acampar al sur de ella en un campo inglés, en pleno desierto, aunque a pocos kilómetros de la estación del ferrocarril que va al Cairo. Allí también estábamos en descanso, salvo los nuevos

que de inmediato empezaron la instrucción bajo la dirección de los graduados.

Pocos días permanecimos en este campo, pues fuimos llevados a otro lugar que era igual a éste, pero donde disfrutábamos de un permiso que era dado por la Compañía para ir a Ismalia, en la costa del mar, en un gran parque y donde se pasaba muy bien comiendo, durmiendo y tomando baños de sol. Pero esto se terminó para empezar los ejercicios de todas clases. Los nuevos instrucción de armas y nosotros debimos aprender a manejar toda clase de vehículos.

En este interín fuimos designados con otros compañeros para montar guardia en el barrio de los prostíbulos. Esto es algo que nadie sin verlo puede imaginar. La suciedad allí reinante despedía un olor nauseabundo, las mujeres eran algo que en un tiempo fueron mujeres, y luego, en una mezcla indescriptible, haciendo cola para acostarse unos minutos con aquellos adefesios, soldados árabes, senegaleses y legionarios, todos borrachos, lo que daba lugar a contínuas reyertas que más de una vez hicieron correr la sangre. Allí también, como en el frente, acaso más que en el frente, los hombres eran bestias. Al cabo de veinte y cuatro horas terminamos felizmente el servicio.

Se anunció la visita del General De Gaulle, e hicimos preparativos de desfile. En esta revista militar, el general Koening, el coronel Amilakvari, el capitán Simón, comandante de nuestra compañía y otros, fueron condecorados con la Cruz de Guerra, al igual que numerosos soldados, por el valor demostrado en la lucha.

Ese mismo día, en una emocionante ceremonia, fué entregada a nuestro batallón, la bandera de la trece media brigada de la Legión Extranjera que guardaba el 1º.

Pocos días después dejamos Ismalia, acampando en el kilómetro 13 de la carretera a Heliópolis, una moderna ciudad unida al Cairo. En este sitio hicimos entrega de todo el ma-

terial de guerra viejo, a excepción de algunos cañones anti-tanques de 75 mm., recibiendo nuevo. Vinieron unos camiones enormes marca Bedfor, que no nos gustaron nada; aquellos mastodontes eran visibles a cinco kilómetros de distancia con su plataforma para poner el cañón encima y tirar desde allí.

Los cañones anti-tanques eran de seis libras, calibre equivalente a 47 mm., semi automáticos y por lo tanto de tiro mucho más rápido que los viejos 75 mm. A partir del momento en que recibimos el nuevo armamento la instrucción se hizo intensiva, para poder manejarlo con eficacia.

Antes de partir de ese campo, fuimos revistados por el Rey Jorge de Inglaterra, que estaba acompañado por los generales del ejército Británico, Montgomery y Alexander.

Poco después empezaron los preparativos de marcha, cosa que nos olió a pólvora; se formaron de nuevo las secciones para mezclar a los que ya conocíamos las "bellezas del frente" con los que aún no lo habían visto; se fusionaron en uno solo los dos batallones de la Legión 3º y 2º, quedando el último compuesto de una compañía pesada con cañones anti-tanques y morteros de 81 mm., tres de infantería ligera y la compañía blindada, formada de tanquetas. Así organizados, con material nuevo y alta la moral, aunque sintiéramos el miedo acurrucado en el fondo de nosotros mismos y listo a despertar, una mañana nos pusimos en marcha; íbamos en busca de la revancha.

SE PREPARA LA CONTRA-OFENSIVA

El 15 de Octubre ocupamos las posiciones desde las cuales partiríamos al ataque que daría principio a la gran contra-ofensiva del Alamein, y al descalabro final de los ejércitos del eje en el continente africano.

Desalojamos esas posiciones para ocupar otras más cer-

ca del enemigo, donde los obuses de la artillería nos hacían zambullir a menudo, y los aviones nos visitaban 4 ó 6 veces diarias.

Varios días esperamos el momento en que nos sería ordenado ir al ataque. Esta orden nos fué dada el 23 de octubre. Frente a nosotros se levantaban unas montañas muy escarpadas que servían de magnífico observatorio a las fuerzas del eje. Desde este lugar se dominaba una gran extensión del desierto, de manera que nuestros movimientos eran descubiertos apenas empezados. De esas montañas deberíamos apoderarnos. Al cerrar la noche empezó la marcha de aproximación hacia el Himeimat, que así se llamaba el lugar montañoso.

Nos despedimos de Raúl y Díaz, dos españoles con quienes conversábamos cuando llegó la hora de partir. Ellos eran de infantería y salían primero que nosotros. Nos deseamos buena suerte y nos dimos un apretón de manos. Díaz estaba cumpliendo 29 años. Nunca más debíamos verlo, allí quedó para siempre y Raúl, rengo para toda su vida; una bala explosiva le destrozó un pie.

Detrás de la infantería, salimos con nuestros anti-tanques. Con mucho trabajo, pues había lugares en que la arena era blanda y se hacía difícil el desplazamiento. Los motores roncaban, se recalentaban y avanzaban muy poco pero al fin llegamos.

En silencio, cada pieza fué ocupando el lugar que se le designaba. Delante nuestro los infantes estaban tratando de atravesar los campos de minas, para poder saltar sobre el enemigo desde corta distancia.

Todo estaba envuelto en un silencio solo interrumpido por el ruido de algún motor. Llegó el capitán Simon; estaba contento y se reía restregando las manos mientras nos decía: "es el momento de tomarnos el desquite, los vamos a sorprender porque no atacaremos de frente sino que lo haremos por

el flanco. Uds. verán que todo va a marchar a maravillas. Atención, buena suerte y hasta otro momento".

A las 22 horas oímos la voz bronca de un cañón de grueso calibre. Fué la señal. El disparo que sellaba la suerte de las armas del eje en Africa. El fragor de un trueno gigantesco, producido por más de 900 piezas de artillería disparando al unísono en un frente de 80 kilómetros respondió, y durante rtes horas un aluvión de metralla barrió las posiciones enemigas.

Aquello era un cataclismo; el cielo se enrojecía con resplandores de incendio, como un relámpago ininterrumpido y el desierto tembló, vibró como sacudido por un movimiento sísmico.

Acostados en los agujeros que apresuradamente habíamos abierto en la arena, esperábamos y nuestra tención nerviosa aumentaba. Cuando la artillería cesara el fuego sería nuestro turno, mejor dicho el de la infantería, y después, según el resultado que ella obtuviera, el nuestro.

En su jeep, vimos pasar al coronel con su kepi y su capa gris perla. Tenía la costumbre de cerciorarse por sus porpios ojos, si sus órdenes en lo que respectaba a la disposición de los distintos elementos de combate, se habían cumplido con exactitud. Recorría toda la línea con el mayor desprecio del peligro, y preocupándose siempre por sus legionarios a quienes quería entrañablemente.

Para nosotros era como un padre.

Callaron los cañones y de inmediato miles de hombres se lanzaron al ataque. Nuestro primer batallón corrió montaña arriba con bravura, pero a pesar de su coraje fué rechazado, pues además de lo difícil de la ascensión, eran esperados con ametralladoras escondidas en grutas que le causaron pesadas pérdidas.

Nuestro batallón esperaba la señal de que el primero ha-

bía alcanzado su objetivo, que sería dada por medio de una bengala de color convenido de antemano.

Viendo que la señal no llegaba, lo que nos hizo perder un tiempo precioso pues pronto sería de día, el coronel dió la orden de ataque.

Los italianos estaban tan seguros que dejaron que nuestros infantes estuvieran casi encima del pico para barrerlos con sus ametralladoras.

Ellos deben haber juzgado nuestras tropas por ellos mismos, es decir, que a los primeros tiros cejarían en su intento —gran error— con las primeras ráfagas de ametralladora casi a quemarropa, los legionarios, como leones, saltaron sobre ellos entrando al cuerpo a cuerpo, y haciéndoles ceder terreno apresuradamente. El objetivo estaba tomado; era nuestro turno. Debíamos emplazar los cañones para, en caso de contra-ataque apoyado por tanques o blindados, poder esperarlos para "rendirles los debidos honores".

El terreno no nos permitió desplazarnos con la agilidad necesaria, y el temido contra-ataque llegó con rapidez fulminante con tanques y carros de asalto.

Sin nuestro apoyo, la infantería nada podía hacer y se dió orden de retirada.

Ya era de día y un repliegue a esa hora y en terreno llano era sumamente peligroso. Perseguidos por un mortífero fuego los nuestros se retiraban sin perder la calma, sin abandonar heridos y trayendo los prisioneros.

Con nuestros anti-tanques ya nada podíamos hacer para evitar el repliegue por lo que también se nos ordenó, luego de cubrir la infantería de una posible persecución, retroceder hacia el punto de partida. Con el enemigo encima y perfectamente visibles, este movimiento no nos resultaría muy cómodo de ejecutar.

En efecto. Dejando de lado la infantería, concentraron su fuego sobre nosotros. Entre obuses que estallaban por todas

partes, nos pusimos a la tarea de enganchar los cañones en los camiones. El cañón era muy pesado y por tanto dificultoso moverlo. Tan entregados estábamos a nuestro trabajo, que no nos percatamos de la proximidad de un grupo de italianos que más enardecidos que sus compañeros venían en nuestra dirección con las más malas intenciones.

Uno de los compañeros dió la alarma mientras nos gritaba que tratáramos de contenerlos. Con un gran esfuerzo logramos dominar los nervios y poniéndonos de rodillas detrás del blindaje del cañón para protegernos comenzamos a tirar con pistola; los italianos estaban a unos 50 metros de nosotros. Tirábamos . . . tirábamos. Uno de los atacantes se paró y llevó ambas manos al vientre, los demás se detuvieron arrojándose al suelo y lanzando granadas de mano. Cambiamos el cargador de la pistola y continuamos haciendo fuego, envalentonándonos al ver que se detenían. Los otros empujaban el cañón y nosotros, ocultándonos siempre detrás del blindaje disparábamos sin cesar. Faltaba poco, otro esfuerzo y estábamos salvados, pero los enemigos nos querían detener de todas maneras y seguían avanzando; un certero disparo hizo rodar a otro italiano; llegamos al camión y uno de los muchachos saltó dentro tomando su ametralladora y descargándola contra los "macaronis" que trataron de ponerse a salvo. Aún no habíamos terminado de subir cuando el camión se puso en marcha, tomándolo algunos a la carrera; el chofer parecía tener cierta prisa.

"Tú estás herido" —nos dijo alguien.

Quién, ¿yo? preguntamos un poco asustados, y sintiendo que se enfriaba el entusiasmo que habían despertado en nosotros las palabras de alabanza que por nuestra actitud, pronunciaban nuestros camaradas.

"Es claro que tú!"

Ante esta afirmación sentimos un sudor frío que nos

inundó el rostro y repentina debilidad nos aflojaba las piernas.

¡Pero yo no siento nada!, exclamamos.

"Acuéstate en el fondo del camión y veremos qué es", nos aconsejaron.

Así lo hicimos. El pantalón fué cortado con una navaja al tiempo que nos explicaba que una herida no se sentía sino después de un rato de haberla recibido. Al ver la herida nos pareció que aquello era algo terrible; teníamos el pantalón empapado en sangre que corría en abundancia de un tajo abierto en el muslo derecho ocasionado por una esquirla de granada.

Sentimos un mareo raro y dándose cuenta que estábamos a punto de perder el conocimiento, uno de los camaradas nos dió un trago de una bebida fuerte que nos repuso. Nos vendaron y cuando llegamos a destino fuimos a la enfermería para curarnos en forma y haciéndonos la ilusión de ir al hospital, donde seríamos cuidados por lindas enfermeras y dormiríamos en una cama confortable, cosas éstas a las que aspiraban todos los que tenían la suerte de recibir una pequeña herida. Cuando el enfermero terminó de curarnos, (tuvimos que esperar un buen rato porque estaba lleno de heridos, muchos de ellos graves) se derrumbaron nuestras ilusiones.

¿Voy a la ambulancia? El enfermero nos quedó mirando y dijo: "¿Por eso? Puedes volver en seguida a ocupar tu puesto".

Nos avergonzamos un poco y hasta creemos que se nos escapó alguna palabra fea. Realmente era injustificada nuestra pretensión de ir al hospital por una pequeña herida, cuando había compañeros que tal vez no llegarían vivos a él.

Algunas horas más tarde, cuando nos reintegramos a la compañía, la tristeza estampada en aquellos rostros curtidos, nos hicieron presentir que el saldo que quedaba del combate

debía ser doloroso. En efecto: nuestro batallón por segunda vez en el término de pocos meses, había sido destrozado.

Más de 50 muertos y de 100 heridos, era el tributo que habíamos pagado. Muerto el coronel Amilakvari, a quien amábamos y admirábamos, muertos o heridos una cantidad de oficiales de infantería y otro tanto sucedía con los suboficiales y clases.

Nuestro compatriota Sequeira no respondió como muchos otros, al ser llamado cuando se pasó lista. Más tarde nos empezamos a enterar de algunos hechos interesantes que habían tenido lugar en el transcurso del combate.

El argentino Pardo, se hizo acreedor conjuntamente con su jefe de tanqueta, el Tte. Lates, italiano nacionalizado argentino, y que como nosotros era voluntario, a la Cruz de Guerra en mérito a su valor. He aquí el hecho de que fueron protagonistas: viendo que un cañonazo había incendiado un camión cargado de munición, matando al chofer y que el cañón quedaba abandonado, con peligro de sus vidas se lanzaron en su tanqueta a rescatarlo para no dejarlo en poder del enemigo.

La maniobra era de un gran riesgo porque el camión ardía y podía hacer explosión de un momento a otro. Con felicidad lograron ponerlo a salvo.

Durante el ataque, un legionario alemán, conductor de un blindado, logró tomar varios prisioneros italianos y cuando nos vimos obligados a retirarnos los dejó en libertad, pero los "Macaronis" dispuestos de cualquier manera a no hacer más la guerra, corrieron detrás del vehículo hasta llegar a nuestras líneas. Un teniente y varios soldados salvaron a un sargento herido de nuestro batallón, conduciéndolo en peso hasta nosotros y constituyéndose prisioneros.

Al cabo de dos días de figurar en la lista de los desaparecidos, nuestro amigo Sequeira se presentó muy tranquilo con tres alemanes por delante. Que conste, para no restar nin-

gún mérito a su hazaña, que los alemanes no se rendían fácilmente y menos en aquellos momentos. Después de presentarse al capitán y entregar los prisioneros nos hizo el siguiente relato: al ser destruído el camión de su pieza —debemos aclarar que desde hacía poco estaba en nuestra compañía— él y dos de sus compañeros, después de esperar varias horas que alguien los viese y viniera en su ayuda, y como esto no ocurriera, resolvieron sacar la culata del cañón, esconderla en algún sitio para más tarde venir a recogerla, y abandonarlo. Así lo hicieron y echaron a andar en procura de nuestras posiciones, cuando delante de ellos vieron a tres alemanes que estaban entretenidos mirando un camión. Se tiraron al suelo y comenzaron a arrastrarse en su dirección, tan cautelosamente que cuando los vieron, los caños de tres ametralladoras de mano se pegaron a sus costillas sin darles tiempo para nada. Siguieron con sus tres prisioneros, llegando a las líneas de los Espías franceses con los que se quedaron hasta que fueron conducidos a nuestro batallón con sus tres alemanes a los que Sequeira no quiso entregar, alegando que le pertenecían y que no los daría nada más que al comandante de nuestra compañía.

Un colombiano del primer batallón murió como un bravo, acribillado a balazos y pidiendo su fusil para seguir la lucha.

Podemos decir con orgullo que el nombre de los latinoamericanos quedó bien alto en esa ocasión.

Nuestra tarea, pese a lo malparados que habíamos quedado, no estaba aún terminada, pues proseguimos el combate en otro sector, donde sitiamos a la división italiana "Folgore" ayudados por algunos batallones coloniales franceses.

Varios días duró el cerco, no arriesgando de parte nuestra ataques que pudieran costar preciosas vidas. La sed, lo sabíamos por experiencia, los haría abandonar sus fortificaciones. Ellos también como nosotros iban a saber lo que era estar encerrados en el desierto. Sólo cinco días soportaron los

italianos este sitio y comenzaron a entregarse, pronunciando la frase que ya sabíamos de memoria: "finito la güerra", y sin pena ni gloria, fueron a hacerles compañía a los muchos miles que ya llenaban los campos de prisioneros aliados.

El frente estaba roto, lo más difícil entonces, estaba hecho.

Parecía que les habíamos pegado como quería el general Montgomery; fuerte y en la nariz para hacerlos sangrar. Desde ese momento, se iniciaba la más larga persecución, que un ejército hiciera a otro en la historia militar del mundo. Las tropas esencialmente motorizadas, iniciaron la carrera detrás de ellos, de manera que nosotros poca utilidad podíamos ya prestar y por lo tanto nos quedamos donde estábamos.

Mientras estuvimos allí y no hubo nada que hacer, recorrimos las posiciones abandonadas por el enemigo. En un camión nos dirigimos a los picos del Himeimat. Entonces nos dimos cuenta de las fortificaciones que habíamos atacado: eran sumamente escarpados y cada pocos metros un emplazamiento de ametralladoras, además de refugios donde ni la artillería ni la aviación, podían hacer nada contra los que los ocuparan.

Revisamos estas cuevas en procura de algo de provecho y la búsqueda nos dió buen resultado; encontramos unas botellas de vino Chianti que según la opinión de algunos debían estar envenenadas, y pensamos que la mejor manera de ver si era cierto sería bebiéndolas. En todo caso el veneno era exquisito. Hallamos también una bolsa llena de pistolas automáticas que nos repartimos entre todos.

En el trayecto de vuelta, divisamos un alemán muerto, que conservaba aún los gemelos y la pistola, y arrojándonos del camión, corrimos a cual más rápido, para despojarlo de esas cosas que representaban buen dinero al venderlas. El que llegó primero tiró del brazo que apretaba la correa que sujetaba los gemelos, y como lo hiciera muy bruscamen-

te, lo arrancó del cuerpo que despidió un olor tan fuerte, que nos alejamos a cierta distancia tapándonos la nariz. El que lo estaba revisando siguió tranquilamente su macabra tarea.

Al día siguiente salimos otra vez, pero en distinta dirección, teniendo la suerte de encontrar agua que, aunque no era buena para beber, nos sirvió para darnos un baño, del que buena necesidad teníamos, ya que hacía un mes, ni siquiera nos lavábamos.

En uno de esos recorridos que diariamente realizábamos con un español, llamado Beltrán, muy poco faltó para que dejáramos el pellejo en una mina. De trinchera en trinchera y de refugio en refugio, cuando nos dimos cuenta estábamos dentro de un campo de minas anti-personales. Algo nerviosos empezamos a tomar precauciones para caminar y de pronto: "¡No te muevas, no te muevas!" nos gritó Beltrán, tomándonos del brazo. Quedamos con el pie en el aire, y justo en el lugar donde íbamos a posarlo para dar el paso, una mina asomaba sus tres cuernitos diabólicos; si los hubiéramos pisado, y lo habríamos hecho si no nos detiene Beltrán tan a tiempo, nos hace pedazos.

DE NUEVO EN DESCANSO

En los primeros días de diciembre, dejamos ese lugar para dirigirnos a El Daba, en la costa del Mediterráneo. Allí la temperatura era bastante fresca.

Por lo que se veía, había instalado en ese sitio un campo de aviación alemán cuyos aparatos habían sido destruídos en tierra por la R.A.F.

Varias marcas de aviones estaban representadas, desde el Junker hasta el pequeño Messerschmidt 109. Buscamos alguno de los famosos Stukas, pero no vimos ninguno.

Ya hacía varios días que estábamos allí y una tar-

de salimos con un camión a hacer no recordamos qué, cuando nos enterramos en la arena y después de mucho forcejear logramos salir, ya de noche. Marchamos hasta que sentimos cantos y risas; detuvimos el camión y nos dirigimos a la carpa de donde venía el ruido. Aquello era una verdadera borrachería. Pedimos que nos enseñaran el camino para encontrar nuestra pieza, pues estábamos desorientados y sabiendo que nos encontrábamos en el sector del campo que ocupaba la compañía, no éramos capaces de hallar nuestra carpa. Aquellos a quienes nos dirigimos, ocupaban una tienda próxima a la nuestra, de modo que les fué fácil decirnos dónde debíamos ir. De nuevo en marcha el camión y otra vez nos enterramos; entonces nos fuimos a pie y dimos cuenta al cabo jefe Decok de lo que ocurría, ordenándonos llevar una frazada y acostarnos en el camión, que al otro día se sacaría. Así lo hicimos; pero quiso la mala suerte, que los gritos y las risas nos tentaran y allá fuimos. Nos invitaron con un trago, luego otro y así hasta que . . . "Tengo 80 libras para gastar en Alejandría", dijo el francés Godart, "pero es necesario un camión para ir, y dos o tres que me acompañen".

—¿Uds. van? preguntó Rodríguez.

Cuando uno tiene alcohol en la cabeza no reflexiona y además, ese era un buen programa. Contestamos afirmativamente; en seguida se adhirió Gallar y nos pusimos en movimiento.

Sin luz, y esquivando por milagro los pozos de que estaba sembrado el terreno y las carpas de los demás, salimos al carretero y enfilamos hacia Alejandría. Eran las nueve de la noche y teníamos que recorrer cerca de doscientos kilómetros. El frío lo combatíamos con las dos botellas de whisky que traíamos. Muchos kilómetros recorrimos a ciegas, porque la luz del camión andaba mal; mientras uno conducía, los otros, parados en los guardabarros, indicaban el camino. Por fin después del cuarto o quinto intento, Rodríguez

arregló la luz. La cosa ahora iba mejor y a las tres de la mañana llegamos a destino. En un hotel tomamos un baño caliente, comimos algo y en vez de dormir nos pusimos a resquebrar a la patrona que tendría unos cincuenta años y estaba muy a gusto con los clientes.

La invitamos con whisky y terminó en el mismo estado en que nosotros nos encontrábamos. De mañana temprano salimos a la calle y tratamos de encontrar un lugar donde guardar el camión. Había un parque militar, pero no podíamos ponerlo allí porque no teníamos el pase libre correspondiente.

Después de muchas vueltas encontramos un garage que mediante pago anticipado, consintió en guardarlo. Todo el día nos lo pasamos bebiendo y recorriendo ciertos lugares. Cuando llegó la noche fuimos a nuestro cabaret favorito, el Montecarlo, en la Rambla, donde nos encontramos con Zerpa que estaba con licencia. Pedimos whisky en vaso grande y cuando las mujeres vieron eso nos rodearon; claro que no por nosotros, sino por las libras que olfatearon.

A las diez de la noche fuimos a buscar el camión para regresar al campo. Salimos de Alejandría y a las 4 horas 30 minutos de la mañana nos despertamos en El Daba. El batallón estaba pronto a salir; con los camiones cargados y alineados; por pocas horas nos libramos de ir a parar a un tribunal militar. A las 7 de la mañana, partimos.

Corrimos por la carretera bajo un sol abrasador; los ojos nos dolían del resplandor de la arena, y en todo el día no vimos nada más que eso: arena.

De noche hicimos alto, para comer algo y dormir. Al amanecer nos repusimos en marcha; todo el día rodaron los camiones y en la noche, lloviendo, llegamos a Gambout. Es éste uno de los tantos lugares en el desierto de Libia que tiene un nombre no nos explicamos para qué, pues no se diferencian en nada del resto de aquellos enormes arenales. De

mañana temprano empezamos a levantar el campamento; cada cual elejía un lugar y plantaba su tienda.

A 500 metros había un campo de aviación americano, desde donde salían casi todas las tardes, más o menos a la puesta del sol, cuadrimotores que iban a bombardear Italia.

El tiempo era malo, frío, lluvioso. Cerca del nuestro habían campos ingleses y comenzamos a jugar al fútbol para pasar el tiempo.

Llegó Navidad y la festejamos todos los sudamericanos juntos. Es claro que no fué una fiesta nada alegre, ella estuvo de contínuo empañada por los recuerdos de nuestra pequeña Patria y de nuestras familias, a quienes tal vez no veríamos más. Cada uno imaginaba lo que estaría haciendo si se encontrara en su casa, y aquello aumentaba la tristeza que no nos podíamos ocultar, porque estaba asomando en cada palabra. Los cantos cesaron, languideció la conversación y unos sentados, otros tendidos en tierra, quedamos sumergidos en nuestros pensamientos. Nos separamos de noche, y estamos seguros que una vez solos, les habrá costado un gran esfuerzo, como a nosotros, retener las lágrimas.

El año nuevo no fué mejor que la Navidad. En la noche, los alemanes nos sorprendieron con un breve bombardeo sobre el campo de aviación que no causó daños ni víctimas. La vida que estábamos haciendo allí era lo más aburrida que pedir se pueda. Ejercicios, instrucción, algún partido de fútbol, y esperar con impaciencia el atardecer, para la reunión de costumbre en la carpa de Bolani y Zerpa, que era grande y que habían conseguido gracias a un descuido de los americanos. Allí, en alegre camaradería, donde por no perder la costumbre por un sí o un no se hacían discusiones tan violentas que parecería que iban a terminar a puñetazos, pero venía Zerpa con la olla de chocolate y los ricos bizcochuelos que salían, según todas las probabilidades de la cocina de la compañía, y se acababa la diferencia.

Una mañana nos encontramos con el teniente Bourgoin, quien nos preguntó si nos atrevíamos a disputar el campeonato de boxeo para novicios del VIII Ejército. Después de reflexionar un momento contestamos que sí.

De inmediato habló con el capitán Simon para pasarnos a su sección, quedando desde ese momento eximidos de todo servicio, para tener tiempo de entrenarnos debidamente. El encargado de esto era el campeón de peso pesado francés Francis Jaques.

El 10 de enero partimos en camión hacia Tobruk, donde tomaríamos el tren para El Cairo. Es difícil de imaginarse lo que es un viaje en ferrocarril por el desierto: el calor, la monotonía desesperante del paisaje, dos días viendo arena, y una sola parada en todo el trayecto. En esa parada, subieron al compartimiento en el cual viajábamos nosotros varios ingleses, que se dirigían a Alejandría en uso de licencia; viendo los guantes de boxeo sobre el asiento, preguntaron si íbamos a boxear, a lo que contestamos afirmativamente.

"¿No viajó Ud. en el Mooltan?" Le dijimos que sí. El inglés nos tendió la mano nombrándonos. Era uno de los que venían con nosotros en el viaje de Inglaterra al Africa, y nos había reconocido.

Comenzó a hablar con los otros, y por los gestos nos dimos cuenta de que les estaba diciendo en las circunstancias que nos había conocido.

Como era de noche y estábamos fatigados del viaje, nos dormimos y cuando despertamos estábamos en la estación de El Cairo.

Fuimos directamente a un hotel, dejamos nuestras cosas y después de tomar un baño nos dirigimos al cuartel general de la R.A.F., donde se iban a discutir los detalles de las peleas, pesarnos, etc.

Arreglados todos los detalles necesarios, al día siguiente

tomamos el tren para Alejandría, para iniciar seriamente el training.

Bajo la vigilancia del teniente Bourgoin y de Jaques, que también se entrenaba, íbamos al gimnasio dos veces por día, de mañana y de tarde, yendo a dormir a las diez de la noche.

Nuestro entrenamiento se prolongó hasta el 21 tomando el tren para El Cairo el 22, donde tendrían lugar las peleas. Nuestros segundos serían ingleses, y poco rato antes de dirigirnos a la enorme carpa que serviría de local para el espectáculo, vinieron a nuestro alojamiento, diciendo que ellos conocían muy bien al rival que nos tocaría, que era débil del estómago y que por lo tanto había que castigarlo allí.

Cuando llegó el momento de subir al ring, Francis nos dió las últimas instrucciones: "Ataca con la izquierda al frente y castiga con la derecha al mentón". Ya en el rincón, todo listo para comenzar, no nos olvidábamos de las indicaciones de los segundos. Sonó la campana y saltamos al medio del ring. Nuestro adversario era más alto pero no más fuerte. Finteamos sin golpearnos, lo que originó algunas protestas, pero a pesar de ellas no nos tiramos a fondo. En la segunda vuelta nos entusiasmamos y entramos decididamente al ataque, recibiendo un golpe en la cabeza que nos hizo ver que el rival pegaba fuerte, y que las precauciones no estaban demás. Nos separamos y deliberadamente abrimos la guardia. El inglés atacó pero lo esperábamos, y le aplicamos una derecha en el estómago que lo hizo caer por la cuenta de seis.

Los gritos del público nos entusiasmaron y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, con una izquierda al plexo y una derecha al mentón, quedó liquidada la pelea a la mitad del segundo round.

Las dos peleas siguientes, fueron ganadas en la misma forma, recibiendo una copa como trofeo.

Al día siguiente, como teníamos dinero, invitamos a Ar-

tola, para ir de paseo, terminando en una borrachera como despedida porque él también volvía al desierto.

Aproximadamente a las 23 y 30 de la noche, tomamos el tren que nos llevaría a Alejandría; por suerte los militares no pagábamos pasaje, porque de lo contrario tendríamos que haber viajado como polizones, puesto que a ninguno de los dos nos quedaba dinero.

A las 6 y 30 de la mañana, descendimos del tren en Alejandría. Por lo temprano de la hora, la ciudad dormía. Nos sentamos en un portal a esperar que se abriera algún café y a pensar cómo nos íbamos a arreglar sin dinero.

Nos acordamos que conocíamos al dueño de un restaurant, que mientras estuvimos en esa ciudad entrenándonos, nos hacía crédito pagándole cada cuatro o cinco días.

La ciudad despertaba, comenzaban sus pregones los vendedores ambulantes, y se abrían las puertas de algunas casas.

Cargamos nuestros líos sobre la espalda y a poco de andar, encontramos un café que acababa de abrir; era cuestión de tomar algo, y luego pagar o pegar.

Entramos y ordenamos dos cafés al árabe que nos atendió. Minutos después estábamos saboreando un buen "moka".

Cuando hubimos terminado, con el ceño fruncido y el gesto duro, para impresionar, le dijimos al árabe en su lengua: "mafi flus". Apenas oyó ésto que en buen español quiere decir no hay dinero, comenzó a dar unos gritos tremendos y para que callara, Artola lo amenazó con darle un sillazo. Ante un gesto tan elocuente, optó por cerrar la boca y salimos del local, más en cuanto pisamos la calle el energúmeno siguió escandalizando, lo que nos hizo apresurar el paso y perdernos en la primera esquina.

Unas horas más tarde fuímos al restaurant que conocíamos, diciéndole al patrón que estábamos con licencia por algunos días, de manera que necesitábamos un cuarto de hotel.

Nos dió una tarjeta para un amigo suyo que tenía alojamiento disponible.

Nos dirigimos a él y nos dió un cuarto donde dejamos los bultos que llevábamos.

A medio día comimos y quedamos de abonar todo el gasto antes de partir, y el inocente aceptó.

Esa misma tarde encontramos algunos camaradas que partían al día siguiente para su batallón, que acampaba cerca del nuestro, y le pedimos nos dieran cabida en su camión, a lo que accedieron, quedando convenido que de mañana temprano esperaríamos en un lugar que nos indicaron.

A eso de las seis de mañana con mucho sigilo, por razones obvias, nos levantamos y partimos a esperar el camión. Para tranquilidad de conciencia, lo que le quedamos debiendo al hotelero y al del restaurant, era muy poco, apenas unas piastras.

Aguardamos el camión que pasó a las 8 de la mañana, y nos pusimos en marcha hacia nuestro campamento en el desierto. Todo el día rodó el camión, y siempre el mismo paisaje: arena y arena, hacia donde quiera que se mire, y la carretera que parecía que conducía a la eternidad, se alargaba y se alargaba, interminable; daba la impresión de que perseguíamos algo inalcanzable, algo que creemos tener cerca, pero que al llegar a una curva se escapa de nuevo para perderse a lo lejos. Así se viaja en el desierto, cientos y cientos de kilómetros sin encontrar nada donde fijar la vista. Al caer la noche nos detuvimos en un cantina inglesa para tomar algo caliente y pernoctar en las inmediaciones. El frío era agudo y casi no pudimos dormir; una frazada y el capote no era bastante para abrigarse, y nos pasamos dando diente con diente, hasta que amaneció y marchamos de nuevo, llegando a destino al promediar la mañana.

El capitán Simon nos hizo llamar y nos felicitó por el triunfo que habíamos obtenido en el torneo de boxeo.

Algunos días más tarde tuvimos el honor de recibir las congratulaciones del General Koening, jefe de nuestra división, conocido ya en todo el mundo, como el héroe de Bir-el-Hacheim.

En ese lugar pasamos un tiempo, en la vida rutinaria del militar en descanso o en la paz: ejercicios, tiro con las diferentes armas para no perder la mano y otras cosas no menos aburribles. Nuestra única diversión era jugar al fútbol entre nosotros o contra los ingleses que estaban cerca.

En un par de meses que permanecimos en el paraje, habíamos construído con latas de nafta vacías, una cantidad de pequeñas casas, algunas hasta con cuarto de baño.

Todos conocen a través de la infinidad de novelas de todas clases que sobre ella se han escrito y también por el cine a la famosa Legión Extranjera y por ende a los legionarios. Se sabe por lo tanto que estos son grandes bebedores y que la mayor parte del tiempo se lo pasan en estado de ebriedad; pues bien, en el desierto no era fácil conseguir bebidas alcohólicas. Entonces un cabo de nacionalidad alemana, llamado Bart, se ingenió para fabricarlas. Poco antes había fracasado el intento de otro aspirante a fabricante, con consecuencias desastrosas: destilaron aceite de freno de cañón que según ellos contenía cierta parte de alcohol y lo bebieron; como queda dicho, las consecuencias no pudieron ser peores: uno falleció envenenado y dos fueron llevados de inmediato al hospital en grave estado. Los demás resolvieron que aquello no se podía beber por tratarse de un veneno demasiado activo, de manera que era necesario descubrir otra fórmula que aunque matara lo hiciera en forma menos rápida. Fué cuando Bart hizo el gran descubrimiento; en un recipiente ponía cortezas de papas y de naranjas a hervir y por medio de un tubo, lo unía con otro que recibía lo que destilaba. De esa manera y gota a gota lograba hacer lo suficiente para tomar sus buenas borracheras. En una ocasión acertó a pasar por allí el jefe del

batallón, y preguntóle que estaba haciendo: Bart se lo explicó y el Cte. le pidió un trago para probar. Por todo comentario, le encargó un poco para él. Quiere decir que la destilería no marchaba del todo mal.

NUEVO DESPLAZAMIENTO

Los ejércitos modernos, en guerra, son como los gitanos: no están mucho en el mismo sitio, de manera que también llegó el momento de partir de Gambut. Una mañana cargamos los camiones, los alineamos al borde de la carretera y al día siguiente, una caravana de más de 2.300 vehículos que componían nuestra división, se ponían en marcha. Guardando una distancia de 100 metros entre uno y otro, en previsión de los ataques aéreos, eran muchos los kilómetros que ocupaba aquella enorme columna motorizada.

Como en un film desfilaron ante nuestros ojos, más de dos mil kilómetros de desierto que recorrimos en varias etapas, marchando a un promedio de 150 kilómetros por día.

Muy raros son, en este larguísimo trayecto, los lugares que interesan en aquella desolada e inhóspita región del mundo; los centros poblados están a mucha distancia unos de otros, encontrándose más a menudo en las ex colonias italianas de la Cirenaica y Tripolitania, donde no se les puede negar el mérito de haber hecho una buena obra.

En la primera etapa de nuestro viaje, pasamos por Derna, pequeña ciudad en la costa del Mediterráneo y separada del resto del desierto por una cadena montañosa. Para llegar a ella se desciende por una carretera en zig-zag y después de marchar por el valle algunos kilómetros, se asciende en la misma forma.

El paisaje cambia tan repentinamente como cuando en el teatro nos cambian el decorado. Detrás de esas montañas el verde de la vegetación alegra y descansa nuestros ojos fati-

gados. Los pueblitos ponen más amenudo su nota de color y civilización: Berta, Littoria, Luiggi Razza, son los nombres de algunos de ellos.

Mujeres y niños, parados al borde de la ruta, gritan su hambre, nos piden cualquier cosa que se pueda comer. ¿Nos podemos negar? ¿Son nuestros enemigos? ¡Qué han de ser enemigos estos pobres seres, cuyos propios soldados les han dejado en la más triste miseria, arrasando en su huída con todo lo que fuera comestible sin dejarles ni un bocado para calmar las exigencias de sus estómagos!

En los frentes de las casas lucen inscripciones como éstas: Nosotros tiraremos derecho. ¡Viva el Duce! El Duce tiene siempre razón. Muerte al enemigo!, y otras de parecido tenor y no menos agresivas.

¡Pobres gentes! . . . y éramos nosotros, sus enemigos, para quienes pedían la muerte en las inscripciones de sus casas, que nos despojábamos de nuestras raciones y de los cigarrillos arrojándoselos al pasar. ¡Qué habían de ser enemigos! . . . no eran nada más que pobres seres engañados burdamente por un loco poseído de delirium tremens.

Poco antes aclamaban ruidosamente, saludando con banderas a sus ejércitos victoriosos, hoy tendían las manos implorantes ante nosotros. Quizás si la suerte de las armas nos fuera adversa y tuviéramos que pasar por allí en retirada, nuestro gesto generoso, sería pagado con pedradas y gritos hostiles . . . mientras tanto . . . ahí vá . . . y caía un paquete de bizcochos, una lata de conservas o cigarrillos. Lo hacíamos contentos de realizar el bien por el bien mismo, sin pensar ni por un momento, en que los hermanos de aquellos a quienes dábamos nuestras raciones, eran los mismos con quienes sosteníamos una lucha mortal; seguíamos corriendo y donde veíamos algún grupo que pedía, se repetía la escena: ahí va... hasta quedarnos casi sin raciones ni cigarrillos.

Nuestro viaje se hacía largo, interminable y ya estábamos fatigados física y moralmnte.

Las etapas terminaban siempre más o menos a la misma hora, entre las 16 y las 17 horas.

A veces nos pasábamos todo un día de descanso, que se aprovechaba para arreglar desperfectos que pudieran haberse producido en los camiones, y limpiar los motores que se cubrían de arena, y otra vez en marcha.

Separados por muchos kilómetros, algunos pueblos árabes en las condiciones de vida más miserables que pueda soportar un ser humano, entretenían nuestra vista durante los breves instantes que demorábamos en atravesarlos.

Otras veces era una ciudad más o menos importante, como Ohms o Bengazi, que se nos aparecía en una visión fugaz.

En el interior de la Tripolitania, pudimos ver nuevamente la obra de los colonos: grandes terrenos de cultivo, y algunos oasis bastante extensos que ponían una alegre nota de verdor y frescura en la torridez del paraje. Este fué uno de los pocos, sino el único lugar por donde cruzamos, en que la naturaleza había puesto un poco de su belleza, un poco nada más.

En uno de los descansos, cerca del pueblo Castel Benito, se rumoreó que el comando de la división había recibido un mensaje en el que se le ordenaba acelerar la marcha para llegar al frente de Túnez a la mayor brevedad.

Es probable que fuera cierto porque la velocidad aumentó y las etapas que hicimos de ahí para adelante, fueron de trescientos y más kilómetros, llegando a la ciudad de Sfax, distante más de 600 kilómetros de Castel Benito y última etapa antes de llegar al frente, en sólo dos días de marcha.

Es de hacer notar que una vez pasada la frontera de la Tripolitania, para entrar en la Tunisia, los centros poblados menudean más y más al irse adentrando en territorio francés.

Pueblos y ciudades se suceden: Ben-Garden, Medenine,

y una ciudad de regular importancia, Gabés, luego otros pueblos y la ciudad de Sfax.

De inmediato recibimos la orden de poner el armamento en condiciones, lo que hicimos lo más rápido posible para ir hasta la ciudad.

Fuimos pero no encontramos nada, por nada queremos decir mujeres y alcohol, porque en nuestro concepto de un realismo brutal, las ciudades valían según la cantidad, la calidad no importaba, de sus bebidas y sus prostitutas y por lo tanto Sfax, bastante maltratada por la guerra. y abandonada por la mayoría de sus habitantes no nos interesó, no obstante lo cual volvimos al día siguiente con mejor fortuna ya que encontramos vino aunque a precios exhorbitantes, pero alcohol al fin, que nos haría olvidar por unas horas que íbamos hacia el frente.

Dejamos Sfax y acampamos a unos treinta kilómetros del frente, donde pasamos el día revisando el material y de noche hicimos un ejercicio.

A la tarde siguiente a las 17 horas nos pusimos en marcha hacia la línea; el terreno era quebrado, no había carreteras y marchábamos por caminos de tierra. que hacían el avance sumamente lento, agravado por la circunstancia de que empezó a llover; una lluvia fina y persistente que nos iba calando poco a poco. El camino mojado se puso resbaladizo, los camiones patinaban, se ponían de través y no iban para adelante.

Llegó la noche y con ella la orden que desde hacía largo rato esperábamos: descender de los camiones y empujarlos.

La lluvia continuaba y ya estábamos empapados y tiritando de frío. Desenganchamos el cañón, empujando el camión como cien metros. El barro estaba como jabón y a cada momento estábamos en el suelo echando pestes y maldiciendo como condenados. Volvimos para llevar el cañón hasta el camión y esta operación se repitió no sabemos cuántas veces,

para detenernos a las tres de la mañana, mojados, cubiertos de barro y completamente agotados. Esa noche conocimos otra faz "interesante" de la guerra, hacerla bajo la lluvia. Después de esta "divertida" velada, a las 4 horas y 30 de la mañana, nos ponemos en movimiento para ocupar nuestro puesto en primera línea.

OTRA VEZ EN EL FRENTE

Al aclarar empiezan las artillerías de ambos lados a dejar oír su voz.

El Tte. Bourgoin, jefe de nuestra sección de anti-tanques, quería emplazarnos en pleno día, y para hacerlo era necesario atravesar un lugar a la vista de los alemanes, y batido por su artillería.

Por suerte, llegó el Capitán Simon, y no se lo permitió, ordenándole que esperara a la noche.

Escondidos detrás de unos olivares esperamos, y cuando todo estuvo en sombras entramos en línea. A nuestra pieza le tocó en suerte un sitio muy bueno, al lado de una barranca que en caso de bombardeo o cañoneo, nos ofrecería un refugio. Las probabilidades que tenían las fuerzas de Rommel, de no ser completamente aniquiladas eran nulas: el único lugar por donde podían escapar era por mar, y éste estaba custodiado por la escuadra inglesa. Por tierra estaban cercados por fuerzas poderosas que era difícil hacer retroceder.

Los anglo - americanos venían del norte, la columna Leclerc presionaba desde el este, y las unidades del VIII ejército que veníamos del sur. La suerte del eje en Africa era, pues, cuestión de días. En Jebel Garci se abriría una tumba para tragarse un buen pedazo del orgullo alemán.

Muy pocos ataques hicimos durante los días que duró el sitio; dado lo escarpado de las montañas que ocupaba el enemigo, y las fortificaciones que seguramente tendrían, hubiera sido inútil pretender desalojarlos de viva fuerza.

Una noche, por primera vez, oímos disparar un arma para nosotros desconocida y que nos puso la carne de gallina. Todo estaba en silencio cuando de pronto interrumpió la quietud nocturna, algo como un aullido lúgubre, prolongado, seguido de una serie de explosiones. Nos consultamos atemorizados y con los oídos atentos esperamos que se repitiera y ¡vaya si se repitió!...

Muy cerca nuestro, al estallar los obuses parecía que de la tierra brotaba fuego, tal era la cantidad de chispas que saltaban en todas direcciones. Ninguno de nosotros sabía qué diablo de arma era aquella, pero no tardamos en enterarnos de que era la famosa "Katiuska" rusa, que usaban los alemanes, una especie de mortero con seis u ocho tubos que disparaban a electricidad.

Sus efectos destructores, eran menos temibles que su efecto moral.

En el transcurso de otras campañas lo volvimos a oír, y siempre nos hizo temblar sin poder controlar los nervios, al escuchar aquel aullido terrible.

Una mañana nuestra artillería comenzó a lanzar obuses sobre las posiciones enemigas en tal cantidad, que se hubiera dicho que hasta las piedras iban a arder. En ese momento, estábamos de centinela, y apresuradamente despertamos a los compañeros, porque a pesar de no haber sido advertidos de nada, presentimos que se iba a producir algo gordo. Hasta el amanecer duró aquel cañoneo sin darles un segundo de tregua, y cuando cesó, vino el jefe de nuestra sección a impartirnos las instrucciones sobre el rol que jugaríamos con el cañón en el ataque que acababa de lanzar la 2da. brigada de la división. Hasta nuestros oídos llegó el tableteo de las armas automáticas, y esto significaba que se había tomado contacto con fuerzas enemigas. A 800 metros, delante nuestro, en la falda de la montaña, había un pueblecillo árabe sobre el cual se nos ordenó abrir fuego, al menor movimiento sospechoso.

El combate se intensificaba por momentos; en los puestos, los ojos fijos en el objetivo, permanecíamos quietos.

¡Atención!, gritó el cabo jefe Decoc.

Saltamos, y en un santiamén el cañón estuvo listo. Un grupo de hombres se movía en el pueblo. ¡Fuego! ordenó el apuntador, y un obús de 75 partió silbando, y luego otro, y otro, hasta doce, fueron estallando en el pequeño pueblo, cubriéndolo de tierra, humo y llamas.

"¡Bien, muy bien!, exclamó el Teniente, que muy agitado venía de apearse de un burro; esos no querrán más. Ahora sigan rociando todas las posiciones delante de donde atacan los infantes; cuando vean una bengala, cesen el fuego".

Era lo que queríamos, tirar a discreción. Ahora sí que nos tomaríamos cumplida revancha sobre los de Bir-el-Hacheim y el Himeimat; los teníamos a nuestra disposición y con poco riesgo para nosotros.

No deteniendo nuestro tiro nada más que lo indispensable para dejar enfriar el tubo del cañón, rociamos de metralla a los ítalo - germanos, hasta las primeras horas de la tarde, en que la bengala blanca fué lanzada y el ataque se detuvo.

El combate había durado más de ocho horas y quedaban en nuestro poder casi todas las posiciones avanzadas del enemigo. Al final del día, en vista de la tenaz resistencia opuesta, fueron tirados sobre las líneas enemigas unos panfletos escritos en alemán y en italiano, advirtiéndoles que si en un plazo de 24 horas no se rendían, 100 aviones y 500 tanques serían puestos en acción contra ellos.

Durante la noche, la tranquilidad fué absoluta, pero a la mañana siguiente, para hacerles comprender que de no rendirse, se cumpliría la amenaza formulada, los cazas, desde poca altura, ametrallaban de contínuo.

Sobre el mediodía, la rendición comenzó. Nosotros los veíamos formar sobre la montaña y luego, enarbolando banderas blancas, iban descendiendo con las manos en alto.

Se nos dió la orden de prepararnos para marchar y empezamos a formar columnas al borde del camino. Desde allí hacíamos hirientes mofas de la humillación de aquel ejército que, con la frente baja, iba hacia los campos de prisioneros.

—¡Eh! ¿Uds. querían ir al Cairo ?Pues allá van, tienen suerte... y a estas sucedían otras parecidas que herían principalmente a los alemanes, que no dejaban de dirigirnos miradas cargadas de odio.

Cuando los prisioneros, que sumaban muchos miles, terminaron de pasar, nuestra sección fué designada para ir en recorrida a las montañas y limpiarlas de elementos aislados que podían haber quedado ocultos.

Marchamos contentos, ante la perspectiva de poder encontrar algo de valor, como pistolas, relojes o anillos que solían tener los muertos.

¡Si hubiéramos sabido lo que nos esperaba!.. Lentamente y con precaución fuimos escalando los picos. Al atardecer, como no encontráramos nada, nuestro grupo se detuvo a esperar el otro, cuando de pronto, desde el lugar en que nos encontrábamos oímos una explosión. Miramos hacia el sitio de donde provenía y vimos en el pico de enfrente tres hombres en tierra. Bajamos corriendo para prestarles auxilio y detrás nuestro se oyó otra explosión, haciendo rodar por tierra al camarada que venía último, con una pierna destrozada; ya presas del miedo seguimos la carrera y el sargento Fortuna que venía delante, saltó en otra mina cayendo a pocos metros de nosotros con la cabeza casi separada del cuerpo. Algunos que estaban más lejos nos gritaron: no se muevan, no se muevan que están en un campo de minas! El terror se apoderó de nosotros, se nos aflojaron las piernas y no respondían a nuestra voluntad, en tanto que a muy pocos metros, unos delante, otros detrás, a diestra y siniestra, ocho hombres se desangraban y uno yacía muerto; nos detuvimos bruscamente, y centímetro

a centímetro limpiamos el terreno en el sitio donde posaríamos los pies.

Llegamos al borde del campo minado y fuimos retirando los heridos más graves.

El sargento Tibet tenía un brazo casi arrancado, el vientre abierto y la parte derecha de su rostro era solo un gran agujero sanguinolento; al cabo Plakoski uno de los balines de la mina le penetró en el pecho atravesándole un pulmón, además de haber recibido numerosas heridas en las piernas. Estos dos murieron antes de llegar al hospital y los otros seis no volvieron más al frente por haber sido declarados inútiles para el servicio activo.

Fué éste para nuestro batallón, siempre perseguido por la mala suerte, el triste fin de una campaña victoriosa.

Después de avanzar unos kilómetros levantamos campamento cerca de Túnez.

Al anochecer dos legionarios sorprendieron a un oficial alemán que había quedado escondido trayéndolo a nuestro campo.

Era un Tte. de 22 años de edad y que según él venía del frente ruso a descansar. Así le hacían a todos: el frente de Africa parecía que era para ellos algo así como un campo de vacaciones. Bajo buena custodia pasó la noche y de mañana temprano el sargento Fouquet que hablaba alemán comenzó a interrogarlo, mostrándose el alemán un poco altanero. Entre otras cosas le preguntó si sabía de quien era prisionero, contestando negativamente; entonces le dijo que las fuerzas que había allí eran de la Legión Extranjera. El boche cambió de color y su arrogancia desapareció; en ese momento el sargento Dovigni ordenóle dejar todas sus cosas y seguirlo, al mismo tiempo que pedía cuatro hombres armados.

El prisionero palideció dirigiendo miradas de angustia a su alrededor y no viendo nada más que rostros duros, se alejó entre sus guardias con paso vacilante.

Fué llevado ante el Capitán Simón que le interrogó, volviendo después entre nosotros. Le ofrecieron café con leche y después de beberlo comenzó a soltar la lengua. Confesó que había sentido miedo cuando supo que estaba entre legionarios, porque tenía entendido que éramos caníbales o poco menos, y que daba por seguro que sería fusilado. Nos contó el desastre de Stalingrado y de lo terrible que era el frente ruso y ya excitado dijo que a pesar de todo, la guerra la ganaría Alemania porque ellos eran los mejores soldados; cuando llegó ahí, alguien le propinó una soberbia bofetada que terminó con la charla.

Pusieron camiones para los que quisieran ir con permiso a Enfidanville.

Es ésta una pequeña ciudad que poseía una edificación moderna, pero que se encontraba en ruinas y por lo tanto no había nada ni nadie. Seguimos entonces hasta Sousse donde tampoco hallamos lo que deseábamos, retrocediendo a Hamman-Sousse donde encontramos vino y mujeres.

De regreso al campo, vinieron con nosotros algunos españoles que querían engancharse en la Legión y así lo hicieion, pero la mayor parte desertaron cuando se les pasó la borrachera.

Al día siguiente fuimos a Túnez, y allí sí que nos divertimos bien y a nuestra manera; muchos prostíbulos, cantidad de bebidas y peleas en cada café y en cada esquina. Un inglés nos desafió a boxear, él tenía los guantes y necesitaba un rival. Aceptamos, y después de corta lucha que el público miraba gratis porque era en el medio de la calle, el inglés quedó fuera de combate. Sus compañeros buscaron revancha y se armó la de San Quintín, hasta que intervino la Military Police y puso orden con algunos golpes de cachiporra.

Permanecimos unos días en Hamman-Sousse, distante 5 kilómetros de Sousse, puerto que los aviones alemanes visitaban a menudo durante la noche, brindándonos entonces el

espectáculo que no por muchas veces visto era menos interesante, del fuego de las defensas anti-aéreas; millares de balas trazadoras rayando el espacio de varios colores, puntos luminosos que se elevaban marcando el fin de su ascensión con un estallido. Los cañones de grueso calibre hacían oír sus rápidos disparos mezclados con el tableteo de ametralladoras, y de cuando en cuando la nota profunda, grave, de explosiones de bombas. A la primera señal de alarma apagábamos las luces, quedando todo en sombras, que eran más densas bajo los olivares que cubrían el terreno. El comando había ordenado hacer agujeros en previsión de que nos pudiera tocar parte de lo que caía en el puerto. En efecto: una noche nos obligaron a tirarnos de cabeza y con gran precipitación dentro de los agujeros, porque un aparato, después de dar algunas vueltas encima nuestro, sin duda vió alguna luz y picó violentamente, haciendo funcionar sus ametralladoras. Felizmente, todo no pasó de un susto, pero al otro día los pozos que habíamos hecho protestando, porque según nosotros serían inútiles, eran más profundos. Cuestión de prudencia, comentábamos, como vino uno pueden venir otros.

Como no se hacían ejercicios de ninguna clase optamos por practicar fútbol en el estadio de Sousse y más tarde disputamos algunos partidos con los ingleses. En nuestro equipo había varias naciones representadas, pues estaba compuesto por un griego, un italiano, un suizo, dos uruguayos, tres españoles y tres franceses. Difícilmente se habrá formado en otra parte un cuadro de carácter más netamente internacional, existiendo dentro de él un extraordinario espíritu de camaradería y mutua comprensión.

Marchamos de Sousse y después de dos días de viaje nos instalamos en el desierto, a 80 kilómetros de Trípoli.

Se inició el torneo del octavo ejército y debutamos ganando por 8 a 3, quedando como finalistas. En ese encuentro, Zerpa marcó tres tantos.

Cuatro días antes del partido final, fuimos llevados a Trípoli, a un campo de descanso. La tarde en que tendría lugar el partido, antes de la hora fijada, las localidades del estadio estaban repletas de soldados y en el palco oficial, los generales Montgomery, Koëning, Lelong, y otros oficiales de alta graduación".

Mientras no marchamos a disfrutar de la licencia, estuvimos en descanso, que se hizo después general, a causa de una ola de calor que nos sometió al tormento de una temperatura de más de 60 grados sobre cero. Aquello era igual que respirar en la boca de un horno. Tres días duró aquel infierno abrasador, durante los cuales por prescripción médica, estaba prohibido marchar a pie, debido al peligro de las insolaciones, que a pesar de las precauciones hicieron varias víctimas.

Para lo único que abandonábamos el agujero cubierto con carpas y que humedecíamos de continuo, era para subir en los camiones e ir al mar, donde sentados en el agua, con el kepi puesto, nos poníamos a fumar. Eran estos, mientras no llegaba la noche, los mejores momentos del día.

Cuando la temperatura se normalizó, nos pusimos en marcha en la camioneta del Tte. Bourgoin.

Cuatro días y tres noches y media viajamos por la inmensidad del desierto, 2.500 kilómetros de recorrido para poder divertirnos a gusto, lejos de todo lo que fuera militar. Olvidarnos de los ejercicios, comer lo que quisiéramos sin tener que pelar papas, ni nabos, ni lavar marmitas, sin abrir ni cerrar pozos negros; vivir en fin, como la gente.

En cuanto llegamos a Alejandría, fuimos a un hotel que ya conocíamos y pagamos por adelantado el hospedaje, depo-

---

(1) También en esta final derrotamos a los ingleses y tal como se nos había prometido si así sucedía, nos concedieron a todos los jugadores, 20 días de licencia.

sitando al mismo tiempo, 140 libras que iríamos retirando a la medida de nuestras necesidades.

Siendo en esta ciudad el standard de vida muy bajo, esta suma nos daba bien para satisfacer nuestros gustos y hasta algún capricho.

Al día siguiente, temprano, salimos a comprar uniformes buenos, que nos permitieran ir a los lugares más chics de la ciudad, pero para ésto era necesario tener galones que también adquirimos para, según el sitio, ser oficiales o sub-oficiales.

Bien vestidos y con muchas libras, nunca faltan muchachas complacientes que le hagan olvidar a uno la guerra con todas sus miserias y crueldades, de manera que los 20 días de vida de seres humanos que teníamos para disfrutar, pasaron con increíble rapidez y fué necesario volver, muy a nuestro pesar, a reintegrarnos al batallón.

Otra vez cruzamos aquel desierto que ya odiábamos y que esperábamos abandonar pronto y para siempre.

Como no teníamos apuro en volver, veníamos deteniéndonos en las cantinas inglesas que encontrábamos, pasamos medio día en Bengazi y unas horas en Ohms, empleando así cinco días con sus noches para llegar a destino.

El batallón se había desplazado ocupando un lugar en la costa, cerca de un pueblo llamado Zuara y que por el solo hecho de estar en la playa, nos agradó mucho más que el que teníamos.

Al día siguiente fuimos a Trípoli que aún no conocíamos bien y que nos gustó a pesar de hallarse bastante arruinado por los bombardeos.

Sólo dos días permanecimos allí, cuando empezaron de nuevo los preparativos de viaje.

Tres días corriendo por caminos y carreteras, para detenernos a más de mil kilómetros, entre olivares y por suerte otra vez cerca de la costa, cerca de un cacerío árabe, donde

conocimos una manera de bañarse de lo más pintoresca, que fué para nosotros una gran sorpresa.

En la puerta de una casa vimos un letrero que anunciaba baños públicos y entramos.

Después de pagar la suma de diez francos nos dieron toallas y jabón haciéndonos penetrar por un corredor que desembocaba en una cámara llena de vapor, donde había unos estrados en el medio de los cuales, una pequeña piscina cuya agua se renovaba de contínuo.

Nos detuvimos sin saber que hacer hasta que un árabe nos explicó, más o menos en francés, que nos quedáramos allí hasta que el sudor brotara en abundancia del cuerpo. No esperamos mucho para vernos empapados, como si hubiéramos zambullido en el agua; en ese momento vino otro árabe preguntándonos si queríamos masajes. Decidimos experimentar como eran los baños con masajes. Nos tendimos sobre el vientre según indicaciones del masajista, y empezó la tarea de sacarnos la suciedad, refregándonos la espalda, haciendo resonar de vez en cuando, alguna palmada en los omóplatos. Cuando hubo terminado, le tocó el turno al pecho y al vientre, empezando después el verdadero masaje. Haciéndonos sentar nos apoyaba las manos en la nuca, plegándonos en dos; luego nos oprimía las costillas, como para juntar las de un lado con el otro; estiraba los dedos de piés y manos haciendo lo mismo con los brazos. En fin, aquello parecía lucha libre recibiendo nosotros todos los golpes.

Recién entonces pasamos a las duchas para enjabonarnos y al contacto del agua fría se sentían los resultados benéficos del baño árabe, tan saludable como violento.

En esos días íbamos a la costa a hacer ejercicios de tiro con los cañones, no porque fuera necesario, que demasiado los conocíamos, y bien entrenados que estábamos, sino porque el capitán Simon, tenía que sentir tiros o de lo contrario, se enfermaba.

Nuestra vida se deslizaba así, cuando nos fué dada la orden de prepararnos para partir. Fué un desplazamiento de quince kilómetros solamente, pero en el que ocurrió algo muy doloroso para nosotros. Al fin de ese corto viaje, el capitán Simon mandó llamar a todos los sudamericanos de la compañía, para comunicarnos la triste nueva de que nuestro amigo Aguedo Sequeira, que conducía una ambulancia, llevada a remolque, volcó sufriendo en el accidente la fractura del cráneo y de algunas costillas, una de las cuales le penetró en el corazón, ocasionándole la muerte casi en el acto.

El mismo Simon se encargó de avisar a los demás sudamericanos del batallón para formar un piquete de honor que acompañaría a nuestro desgraciado amigo hasta su tumba.

En un camión fuimos hasta el hospital de Sousse donde estaba el cuerpo.

Una gran tristeza nos embargaba al pensar que el día antes, Aguedo estaba sano, fuerte y alegre; que ayer no más habíamos oído su voz grave y varonil cantando tangos.

Llegamos; descendimos del camión donde ya estaban esperando. un grupo de gendarmes y otro de soldados del ejército de Africa del norte, que también venían a rendir honores póstumos a nuestro amigo. Formamos en dos filas, una a cada lado de la puerta por la que sería sacado el ataúd.

La voz metálica de un clarín, entonó las notas dolorosas, tristes, del "llamado a los muertos". Fuertes primero, para irse perdiendo, disolviendo después en la diafanidad de aquella mañana luminosa y fresca.

Presentez! . . . arms; . . .En dos movimientos rítmicos y enérgicos, presentamos nuestras armas al camarada que se iba, cubierto con la gloriosa bandera tricolor ornada con la Cruz de Lorena.

Llegamos al cementerio de Sousse y cuando la caja es-

tuvo colocada al lado de la sepultura, el capitán Simon se adelantó y con voz quebrada por la emoción, pronunció una breve oración fúnebre. "Aguedo Sequeira: desde un pequeño país de América del Sur, viniste a empuñar las armas en defensa de Francia y de la Democracia. Dejaste todo lo que amabas para combatir junto a nosotros, gracias en nombre de mi Patria. Joven legionario: ya habías demostrado tu valor en los combates en que te tocó actuar, ahora descansa en paz; tu tumba quedará como otro jalón de gloria en nuestro camino hacia la victoria final". Sinceramente católico, rezó una oración y nuestro amigo fué bajado al seno de la tierra. El capitán se inclinó y arrojó un puñado de tierra dentro de la fosa, imitándolo los otros oficiales, resonando de nuevo las notas vibrantes del clarín en el "Appel aux morts", mientras los sollozos escapaban de nuestros pechos, y las lágrimas surcaban nuestras mejillas curtidas por los soles del desierto.

No cabía en nosotros la conformidad ante la desgraciada muerte de Sequeira. Es cierto que cuando se va a la guerra se va dispuesto a perder la vida, pero no en un accidente, sino con el enemigo enfrente, encontrando una muerte justificada, y viéndola venir de cara, esa es la muerte de un soldado en la guerra.

Si él estaba señalado para morir, ¿por qué el destino no le envió una bala en los campos de batalla, permitiéndole salir ileso de ellos para hacerle caer después en esa forma? Igual le habríamos llorado pero al menos hubiéramos tenido el consuelo de saber que había vendido cara su vida.

Algunos días después de este triste acontecimiento, dejamos el pueblo de Nabeul para irnos a Bir-Bou-Rekba, una pequeña estación del ferrocarril, a pocos kilómetros de Túnez.

Por primera vez después de salir de Inglaterra, estaríamos alojados bajo techo. La vida allí era diferente, aunque igualmente aburrida.

Nos molestaban mucho más con ejercicios, trabajos de limpieza, pelar papas y otras pequeñas cosas que no nos daban ni un momento de tranquilidad.

Sólo teníamos algunas horas disponibles a medio día y después que terminaba el trabajo a las cinco de la tarde. Entonces nos reuníamos los sudamericanos y algunos españoles a tomar café y a charlar. El café no era fácil obtenerlo y había que aprovechar las distracciones de los cocineros, o pedirles la borra que quedaba en los tachos después de servir a la compañía, con lo que se podía hacer algo parecido a café, haciéndolo hervir de nuevo.

Cuando teníamos con qué, los sábados o domingos hacíamos alguna comida, la preparación de la cual estaba a cargo de Real de Azúa que era un excelente cocinero.

Empezábamos a recibir material de guerra y nos afectaron a una sección de ametralladoras cuyo manejo y mecanismo se nos comenzó a enseñar enseguida, al tiempo que se corría el rumor de que embarcábamos para Italia.

No hicimos mucho caso de esto, pues ya estábamos habituados a que por cualquier causa y aún sin ella, estas especies corrieran a menudo y luego resultaba que no pasaban de ser simples conversaciones.

A pesar de todo, y como los rumores tuvieran visos de verdad por algunos hechos que los corroboraran, como revista general de armas y camiones, reparto de máscaras anti-gas, ejercicios con las mismas, etc., y como Italia significaba la vuelta al frente, decidimos ir a Túnez y divertirnos todo lo posible.

Algunos días después, llegó por fin lo que esperábamos: los preparativos de embarque hacia Italia.

Partimos de Bir-Bou-Rekba en las primeras horas de la tarde, deteniéndonos en las inmediaciones del puerto de Bizerta, donde esperaríamos el momento de tomar el barco que nos llevaría a Italia.

Nos embarcamos.

El día que se cumplían dos años de nuestra llegada a Africa, el 19 de Abril en un barco de bandera inglesa, el "Takliwa", embarcamos para cruzar el Mediterráneo.

Poco más de 24 horas duró esta travesía, que se realizó con toda normalidad. La comida era bastante buena, pero como en los viajes precedentes, íbamos amontonados.

En las últimas horas de la tarde del día en que zarpamos, cruzamos a la vista de las islas Agades, y a la mañana siguiente entramos en la bahía de Nápoles, que no nos detenemos a describir, por haber sido hecho muchas veces, en forma magnífica por poetas y escritores de glorioso nombre.

Descendimos del barco y ya nos esperaban los camiones que habían llegado antes. Atravesamos la ciudad, apreciando los estragos causados por los bombardeos, particularmente en la zona del puerto.

Por carreteras polvorientas, al extremo de vernos obligados a colocarnos el pañuelo sobre la nariz y la boca para respirar, recorrimos 80 kilómetros para detenernos en un pueblo llamado Albanova.

Después de instalar el campamento, comenzamos los ejercicios con las nuevas ametralladoras, para terminar de conocerlas y acostumbrarnos a su manejo.

Hicimos una marcha a pie con todo el equipo, hasta el río Volturno, unos treinta kilómetros.

Poco después dejamos Albanova para internarnos en las montañas, por una carretera en zig-zag. Entre los elevados picos de los apeninos, había aldeas que para verlas, era necesario mirar hacia abajo por estar a menos altura que la ruta.

Los campesinos de estos lugares no desperdician ni un metro de tierra cultivable, viéndose por todas partes sembradíos en las faldas de las montañas. En el camino que recorrimos, sólo vimos una ciudad que parecía de alguna importan-

cia: Avellino, que está encajada entre los picos, aunque no muy grande parece bonita y posee una edificación moderna.

De ahí para adelante se sube más y más, los pueblos escasean y se siente el descenso de la temperatura.

A medida que avanzábamos el camino se hacía más difícil de transitar, hasta que al final entramos en un villorrio, cuyos habitantes estaban todos en la única plaza, para vernos llegar. Su curiosidad era debida a que nunca habían visto soldados extranjeros y naturalmente llamamos la atención.

Nuestra compañía fué alojada en la escuela. El pueblecito en cuestión se llamaba Bagnoli D'Irpino; callejas empinadas, algunas con muchos escalones, casas de tres pisos de una arquitectura que se remonta a muchos años atrás, mozas rozagantes, robustas, de mejillas amanzanadas y mozos que mientras las mujeres trabajaban, sembrando, arando o acarreando haces de leña de varios kilos de peso del valle a la cima de la montaña, ellos se lo pasaban en la peluquería o en las tabernas, con la capa terciada y de palique.

Lo que ya habíamos observado en Albanova lo vimos aquí: el burro, la vaca, y demás bestias dormían junto con los amos; en esto los campesinos italianos se parecen a los árabes, y en lo de trabajar las mujeres y los hombres mirar, también.

Aquel resultó ser un pueblo enormemente rico para nosotros porque poseía un vinillo que era un néctar, y grandes cantidades de jamón crudo que vendían al ínfimo precio de 150 liras el kilo. Como el aire frío y seco de la montaña abre el apetito, comíamos jamón que nos daba sed para calmar la cual tomábamos mucho vino.

Como diversión, íbamos a la fuente donde lavaban las muchachas, a echarles los piropos que los conocimientos de la lengua nos permitían.

Dos cosas dignas de mención había en el pueblo: las ruínas de un castillo del medioevo y la iglesia, que a pesar de su

pobreza exterior, su interior estaba arreglado con todo lujo y adornado con objetos de subido valor. Esto se explica, por estar la religión católica profundamente arraigada en el espíritu del pueblo italiano.

El día de la fiesta tradicional de la Legión, nos dieron un almuerzo extraordinario, rociado con todas clases de bebidas, prolongando la borrachera durante tres días y cosa rara, aunque nos pegamos entre nosotros no hubo ningún incidente con los civiles.

Comenzamos el entrenamiento para hacer la guerra de montañas, y para esto hicimos una marcha hasta un monasterio que estaba a más de 1,000 metros sobre el nivel del mar. Dicho monasterio había sido abandonado por los monjes que lo habitaban. Para entrar al patio, que estaba rodeado de un alto muro, se subía una escalinata que tenía grabado en cada uno de sus escalones el nombre de un santo. Todas las puertas estaban cerradas y subimos al campanario, que poseía una sola campana pero de gran tamaño, de unos dos metros de diámetro y primorosamente grabada. La hicimos sonar y su tañido repercutió durante varios minutos, perdiéndose en el valle. El paisaje que abarcaba nuestra vista desde lo alto del monasterio, era de una belleza poco común.

Parecíanos, mirando hacia el valle, que se extendía a nuestros pies, rodeado de montañas, el mapa de la región dibujado en relieve, y pintado por la paleta mágica de algún pintor maravilloso, teniendo el todo como techo, el azul profundo del cielo, característico del Sur de Italia.

Cuando descendimos del campanario, vimos que algunos legionarios habían forzado una puerta invadiendo el interior, y nosotros también penetramos.

Preciosas arañas de cristal pendían del techo; hábitos monacales, cálices valiosos, verdaderas obras de arte, estaban esparcidos por tierra, junto con misales y muchas otras cosas, que los legionarios revolvían con verdadera furia. Cla-

vada en la pared había una placa de bronce, recuerdo que el príncipe Humberto dejara en una visita hecha al monasterio.

Después de un ligero refrigerio, el capitán Simón hizo formar la compañía ordenando abrir las mochilas, y a los oficiales y sub-oficiales revisarlas. El que tuvo tiempo de hacerlo, tiró lo que tenía guardado por encima del muro, y a los que sorprendieron con algo, los obligaron a dejarlo donde lo habían encontrado; entonces el capitán se puso frente a nosotros y dijo, desenfundando la pistola y jugueteando con ella: "No olviden que somos soldados y no bandoleros. La próxima vez que suceda esto, es ésta la que hablará", y señaló la "colt". Luego giró sobre los talones, e hizo una seña para iniciar el regreso. Los españoles iban furiosos y por lo bajo le llamaban jesuíta.

Al día siguiente hicimos otra marcha escalando dos picos más elevados que los anteriores, y recorriendo unos treinta kilómetros; aunque la marcha fué más dura nos sentimos menos fatigados que en la primera.

La víspera de la salida para el frente tuvo lugar una formación de todo el batallón, y después de hacer un minuto de silencio por los muertos, nos fué entregada la Medalla Colonial con una plaqueta que tenía grabado el nombre de Bir-el-Hacheim, a todos los que habíamos tomado parte en esa batalla.

HACIA LA LINEA DE FUEGO

Con entusiasmo nos preparamos para el viaje que emprenderíamos y cuya meta era el frente. Poco antes de la puesta del sol salimos de Bagnoli D'Irpino, esperando que cerrara la noche para ponernos definitivamente en marcha.

Sin saber en qué dirección íbamos, viajamos hasta las primeras horas de la mañana, deteniéndonos en San Clemente, desde donde se oía el para nosotros conocido rumor del frente.

Pernoctamos en el pueblo y al otro día al atardecer montamos en camiones que nos condujeron hasta un lugar donde nos esperaban con mulos. Cargamos en ellos las armas y los bagages continuando el camino a pie. A los pocos minutos de mracha empezamos a ver baterías de artillería, siguiendo adelante hasta un sitio donde pasaríamos la noche.

Estábamos fatigados y en cualquier parte tendimos la frazada y la media carpa que constituía nuestro lecho en línea, se nombraron los hombres de guardia y nos preparamos para dormir.

A medio día el Tte. Guerard, jefe de la sección, nos puso al corriente de lo que se preparaba, y de la misión que debíamos cumplir esa noche.

Emplazaríamos las piezas detrás de la infantería que iba a atacar. El objetivo a tomar era la montaña Mayo, uno de los puntos fuertes de la línea Gustavo, ante la cual los americanos estaban detenidos hacía meses.

Cuando fué de noche nos pusimos en marcha, recomendándosenos el mayor silencio. De uno en fondo, íbamos con gran sigilo y lentamente. Si algún obstáculo obstruía el camino, el aviso corría rápidamente del primero al último en voz que era un murmullo ¡cuidado, un pozo! ¡atención el alambre!... corrían las advertencias mientras nos deslizábamos como sombras.

Cruzamos por un puesto de los fusileros de marina que nos recomendaron de nuevo el silencio y seguimos andando. ¡Alambre! ¡un charco! ¡cuidado! Los avisos se sucedían de contínuo. Si una caja de municiones hacía ruido al golpear contra algo, por algún movimiento brusco del que la llevaba, nos parábamos en seco escuchando atentamente... luego seguíamos. Al cabo llegamos a las posiciones donde debíamos instalarnos. Nos pusimos a recoger piedras para levantar un muro circular y colocar la ametralladora dentro, para no dejarla a la vista cuando aclarara el día. Felizmente el terreno

era pedregoso y pudimos hacerlo sin gran dificultad. Enseguida arrancamos hierbas y ramas de árboles poniendo todo encima de la pieza para disimularla. Serían las once de la noche cuando comenzó la artillería a tirar; cuando cesó el fuego el 22do., batallón de norte-africanos se lanzó al asalto cruzando el río Garigliano. Toda la noche duró el ataque y fué con cierto nerviosismo que contemplamos las primeras luces del alba. Recién entonces entramos en acción. Tratamos de localizar las armas automáticas enemigas o cualquier otra que molestara la progresión de nuestra infantería ligera, para hacer fuego sobre ellas.

Tirar desde nuestra posición, entrañaba un peligro evidente porque una vez localizados seríamos fáciles blancos de los morteros enemigos; por esta razón, aunque no lo manifestáramos en nuestro fuero interno deseábamos no vernos en la necesidad de abrir fuego. Ese deseo no se cumplió porque de pronto la pieza que estaba a la derecha empezó a escupir plomo furiosamente.

Encima de la montaña habían sorprendido el movimiento de retirada de un grupo de alemanes. Entonces sí pudimos ametrallarlos, porque la retirada se generalizó quedando solo elementos aislados para proteger el grueso de las fuerzas que trataba de ponerse a salvo.

Nuestras tropas eran dueñas de los picos más elevados de modo que lo más difícil estaba hecho. Nuestra división había cumplido una nueva hazaña.

En solo algunas horas, el enemigo había sido desalojado de una línea fortificada, ocupada y preparada por ellos durante muchos meses.

Terminada la tarea en ese sector, nos fué concedido un día de descanso, al cabo del cual, nos pusimos de nuevo en marcha.

Se cargó todo en los camiones, equipos y armas pesadas, quedando en nuestro poder las armas individuales.

Caminamos 25 ó 30 kilómetros, y nos detuvimos en un campo rodeado de árboles, donde nos esperaban los camiones; dormiríamos allí para entrar en línea al amanecer.

Reunidos al lado de los camiones buscábamos las frazadas para dormir cuando inesperadamente, el lugar quedó brillantemente iluminado por las bengalas con paracaídas que arrojaron los pilotos alemanes.

Convencidos de que alumbraban para bombardear la artillería, como tenían por costumbre hacerlo, nos quedamos mirando lo que iba a pasar.

Mientras tanto a nuestra espalda, los motores rugiendo, los aviones se precipitaron contra nosotros; apenas tuvimos tiempo de arrojarnos al suelo, algunos ni eso pudieron hacer, cuando las pequeñas granadas comenzaron a estallar por todos lados, algunas tan próximas que nos levantaban del suelo. En unos instantes picaron tres aparatos, arrojando sus bombas con mortífera puntería.

Cuando se retiraron, por todas partes se oían gritos y ayes de dolor.

En la oscuridad, corrimos en socorro de las víctimas, que eran muchas, para transportarlas a las ambulancias lo más rápido posible. Al finalizar esta tarea, tratamos de ver quienes eran los muertos y heridos de la sección, constatando que había un muerto, el corso Marianís, y cuatro heridos, todos ellos componentes de nuestra ametralladora. Quedamos solamente dos, y nos pareció que era un mal principio el que teníamos en Italia.

Esa noche, en tan breve espacio de tiempo, nos mataron 27 hombres, hirieron más de 100 e incendiaron un camión de municiones, además de las víctimas de otras unidades que acampaban allí cerca y que también recibieron su parte.

En la mañana enterramos los muertos, marchando enseguida a la primera línea donde pasaríamos la noche para, al día siguiente, iniciar un avance.

Al amanecer fuimos despertados por los primeros cañonazos alemanes.

Arrollados en un agujero, escuchando el silbido de los obuses y las explosiones que a veces se producían tan cerca que nos dejaban los oídos zumbando, pensábamos que de un momento a otro tendríamos que salir de aquel pozo a campo descubierto para ir hacia la muerte, y se nos encogía el corazón al recordar los seres queridos que nos esperaban en la Patria, tan lejana y sin embargo tan cerca nuestro . . . y continuaban los silbidos, el estallar de obuses que por momentos oíamos sin oír, absortos en nuestros pensamientos muy distantes de la horrible realidad; si en esos instantes nos hubiera llegado la última hora, habríamos muerto con la mayor tranquilidad.

AL ATAQUE

La orden fué dada de empezar el ataque y salimos de nuestros agujeros. Concentramos entonces los cinco sentidos en lo que íbamos a hacer; no dar ni un paso al azar, tener todos los músculos alertas para hacer el movimiento que podía salvarnos la vida, tratar de ver un pozo, una piedra bastante grande o una irregularidad del terreno, para esconderse a la menor señal de peligro.

De colina en colina, sin que los alemanes ofrecieran seria resistencia, alcanzamos el objetivo designado por el comando.

Entusiasmado, el capitán Perner, que comandaba nuestras fuerzas compuestas por dos compañías de infantería, una sección de morteros, otra de ametralladoras pesadas, solicitó del comandante Morel, jefe de batallón, autorización para seguir la progresión, lo que le fué concedido.

Continuamos cada vez más rápidamente sin necesidad de emplearnos a fondo; el enemigo continuaba retrocediendo, de-

teniéndose solamente en lugares fáciles de defender y aún de esos sitios huían tras breves escaramuzas.

Con poquísimas pérdidas de hombres tomamos el nuevo objetivo pero el capitán no se dió por satisfecho y con la autorización del comandante siguió la persecución.

Las cosas iban tan bien que temimos una celada y tomamos otra vez las precauciones que por lo fácil que todo había sido hasta allí habíamos abandonado. Llegamos al "Monte Leuchio" una montaña bastante elevada que servía de observatorio a los boches, y también cayó en nuestro poder.

Estábamos extenuados, en ese estado en que parece que es imposible dar un paso más, cuando se nos ordenó continuar hasta alcanzar dos colinas que estaban a un centenar de metros más lejos, para asegurar el terreno conquistado. Eran las últimas alturas antes de entrar en el valle del río Liri.

Empezamos la ascensión, pero con el cansancio atroz que teníamos, empezó a arder en nuestro interior una rabia sorda contra todo y contra todos.

Pocos metros faltaban para llegar, cuando tropezando contra una raíz caímos por tierra, quedándonos allí hasta que vino el Tte.: "Vamos, un pequeño esfuerzo y ya estamos".

Aquí no hay más pequeño esfuerzo que valga, nosotros no somos burros y aquí nos quedamos. Que vengan los alemanes o los chinos es lo mismo!...

Sin perder la paciencia ante este acto de rebeldía, con buenas palabras nos convenció y continuamos, aún refunfuñando. Ud. viene muy cómodo con su pistolita, pero échese encima ésto, (y le mostramos la pieza que pesaba 25 kilos) y lo queremos ver.

El no contestaba, lo que le interesaba era que llegáramos y llegamos.

Apenas terminamos de camuflar la pieza, cuando los obuses comenzaron a silbar; con el pico portátil quisimos hacer un agujero para protegernos, pero pese a que trabajamos de-

sesperadamente, hasta hacernos ampollas en las manos, sólo logramos excavar a una profundidad de quince o veinte centímetros; el terreno era pedregoso y al pegar con el pico rebotaba haciendo brotar chispas.

Apagados los bríos que despertara en nosotros la inminencia del peligro, nos dejamos caer dentro del pequeño agujero. Este gesto nos salvó pues en ese momento a escasamente seis metros detrás, estalló un obús, cuyas esquirlas silbaron encima de nuestra cabeza, a muy pocos centímetros.

El aire, bruscamente desplazado, nos hundió el casco hasta la nariz; miramos hacia la pieza donde Colomines estaba vigilando y al no verlo... ¡Colomines, Colomines!... estás herido? No contestó porque estaba tratando de salir debajo de una gruesa rama que al ser cortada por la metralla le cayó encima. Cuando lo logró, al tiempo que se palpaba el cuerpo para cerciorarse si tenía alguna herida nos dijo: "no tengo nada más que un susto mayúsculo".

Entre tanto corrióse la voz de alarma; en el valle avanzando en nuestra dirección, habían sido vistas fuerzas de infantería alemana. Esta vez se invertían los papeles, ellos atacaban y a nosotros nos tocaba defendernos. En la altura que estaba frente a nosotros se entabló la lucha.

Una radio portátil, cerca del sitio en que nos encontrábamos, comunicaba con el puesto de comando repitiendo como una melopea. ¡Posición difícil de defender... posición difícil de defender!... Y la voz del comandante respondió fría y tajante: "Hay que defenderla!... Oyeron eso? preguntamos dirigiéndonos al alemán Schneider, jefe de la pieza y a Colomines. Ya lo creo que sí, dijo el corpulento alemán retirando una bala de su arma y poniéndola en el bolsillo.

"¿Y eso es una cábala?— le interrogó Colomines.

"No, es para que no me tomen vivo", respondió.

Enfrente continuaba el combate encarnizado; algunos compañeros heridos, pasaron hacia atrás.

"Cuando vean que el último de los nuestros haya hecho abandono de la posición, hagan fuego contra todo lo que se mueva allí enfrente". Fué la orden dada a las cuatro piezas de la sección.

"¡Mira un alemán!" — advirtió Schneider, en voz baja.

Sentimos un estremecimiento pero cuando fué localizado parecía que los nervios se distendían; con una calma que asombrábamos dimos a los volantes de puntería, quedando en acecho de la primera víctima.

Detrás de aquel apareció otro, y otro más, pero como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, ni un tiro sonaba en nuestras líneas. Era indudable que el mismo pensamiento había germinado en cada uno de nosotros: dejarlos aproximarse para asegurarlos.

Estaban a un centenar de metros y se acercaban cautelosamente; reinaba un silencio pesado, las armas de grueso calibre habían callado.

Unos instantes aún, muy breves, y las armas automáticas entonarían su repiquetada canción de muerte.

Llegó un momento en que solo nos separaban setenta metros; seguramente los alemanes no nos habían visto, pero sabían que estábamos allí, porque multiplicaban sus precauciones, avanzando muy lentamente con sus armas preparadas. No perdíamos de vista al que había elegido, mientras Colomines cubría a otro con su carabina. El tirador de un fusil ametrallador, considerando sin duda que era el momento favorable, abrió el fuego; le imitamos pudiendo distinguir nítidamente el rostro del que había recibido la ráfaga en el vientre. Abiertos desmesuradamente los ojos y la boca en un gesto de terror, dió un brinco enorme y se desplomó con los brazos en cruz. A partir de ese instante, poseídos de una especie de locura homicida, apretando sin cesar el disparador de la ametralladora, no sentimos miedo. Teníamos la impresión de que tirábamos solos.

Colomines y Schneider conservaban su calma, pero a nosotros, si en ese momento nos hubiera visto un psiquíatra, habría declarado que teníamos las facultades mentales alteradas. Una ráfaga de balas abrió un surco en la tierra a pocos centímetros de nuestras piernas, pero alcanzamos a ver el fuego de la ametralladora de la que había partido. "Pon una cinta de incendiarias que los vamos a asar como cerdos que son" — le dijimos al cargador lanzando histéricas carcajadas. Apuntando hacia el matorral donde se ocultaban los ametralladoristas nazis disparamos. Instantes después, comenzaba a incendiarse. El combate estaba en todo su apogeo, después de más de una hora de entablado. Habíamos logrado detenerlos, pero las municiones escaseaban y alejados de las bases de abastecimiento y la ruta de acceso ocupada por ellos, no teníamos probabilidades de recibirlas. Nuestro fuego se debilitaba y los "boches" avanzaban metro a metro, pese a que sufrían severas pérdidas.

"Ráfagas cortas y a tiro seguro" nos ordenó el jefe de pieza. En esa forma, solo podíamos tirar con la casi seguridad de hacer blanco y así lo hicimos.

Los alemanes hacían derroche de coraje y de astucia, fuerza es reconocerlo, y nos arrollaban poco a poco. Uno de ellos, caminando oculto detrás de una rama que sujetaba, intentó acercarse, nos percatamo de ello, y lo liquidamos con unas cuantas balas bien dirigidas.

Tan nutrido era el fuego enemigo, que el pequeño bosque bajo el cual nos encontrábamos, iba despoblándose rápidamente de ramas y hojas, quedando los árboles con sus gajos desnudos, como brazos tendidos hacia el cielo en una súplica muda, poniéndolo por testigo de la locura de los hombres.

Una granada de mano que explotó a pocos metros detrás nuestro, nos despertó a la realidad; el que la lanzó no podía estar muy lejos. Mirando el lugar donde había estallado vimos con sorpresa que se había iniciado una retirada, sin que

nos hubiéramos dado cuenta de ello. Agotadas las municiones, solo nuestra pieza que conservaba aún cierta cantidad, seguía sosteniendo el fuego; había una forma de ponerse a salvo, y era comenzar a tirar para cualquier parte hasta terminar las balas y poder así abandonar el campo.

El pánico, uno de los peores enemigos del soldado, cundió entre nuestras filas. El hombre cuando mata y cuando trata de evitar que lo maten ninguna diferencia tiene con las bestias más salvajes. Una vez que da la espalda huye; nada puede contenerlo. En vano el capitán Perner, de pie entre una lluvia de balas y con la pistola en la diestra, ordenaba a gritos que se detuvieran, que al que huyera le quemaría el cerebro y que formaran el cuadro.

Un legionario que pasó a la carrera a su lado le dijo: "Con tu abuela vas a formar cuadro".

Por nuestra parte, procediendo como debíamos, hicimos lo único que podía hacerse: imitar a los otros, y echar a correr.

Una parte del bosque ardía y los alemanes, al notar la escapada, trataron de cortar la retirada. Quedábamos unos cuantos en la posición, que si no llegábamos al único lugar por el cual había una posibilidad de pasar, primero que los nazis, estábamos perdidos. Corríamos con la fuerza que da la desesperación, llevando todo por delante y arañándonos el rostro en las ramas.

Detrás venían los alemanes gritando en su lengua gutural: "vengan aquí, vengan aquí!", al tiempo que hacían fuego con sus pistolas ametralladoras. Corriendo en zig-zag para impedirles hacer puntería, oíamos que las balas silbaban cerca de nuestros oídos y muchas picaban a peligrosa distancia.

Bruscamente caímos en el vacío; pese a la rudeza del golpe nos pusimos de pie y recogiendo la ametralladora, seguimos aquella "retirada estratégica". Habíamos pasado. ¡Estábamos salvados!

Para ocultarnos de la vista del enemigo, nos internamos

en un trigal donde a causa del agotamiento, al menor traspié nuestras pobres humanidades rodaban por tierra.

Abrazados por la sed llegamos a la casa de un italiano: los uniformes desgarrados, las manos y la cara maguyadas, cubiertos de sangre y ennegrecidos por la tierra y la pólvora nuestra presencia no debió ser nada tranquilizadora para el hombre.

Queremos agua, expresamos secamente en italiano. Cuando penetró en la casa le seguimos hasta la puerta, pues no eran momentos para confiar en nadie. Volvió con un balde lleno y un vaso. "Tírala y saca del pozo" — le ordenamos amenazadoramente y no se lo hizo repetir. Saciada la sed, ya nos íbamos, cuando un gemido que partía de la habitación, nos sobresaltó.

"¿Qué es eso?", el italiano balbuceó algo que no entendimos, y sin aguardar más irrumpimos en la casa. Tendida en una cama había una persona cubierta con frazadas, que al ser retiradas hacia atrás, nos permitieron ver un soldado alemán herido.

¿Cómo es que tienes aquí un alemán? El italiano nos hizo comprender que si hubiera sido un francés, igual lo habría recogido y curado. Como no hubiéramos podido saber si aquello era cierto, y no podíamos perder tiempo ni asesinar a un hombre malamente herido como estaba aquél, seguimos andando. Dimos con una carretera, pero apenas asomamos a ella, sentimos el tableteo de una ametralladora y las balas pasaron sobre nuestras cabezas. "Esa pieza es de las nuestras, por lo tanto no tiran contra nosotros", dijimos. Una segunda ráfaga que pasó cortando el trigo, nos convenció de lo contrario. Echándonos a tierra, nos consultamos sobre lo que debíamos hacer. Primeramente, resolvimos dejar la ametralladora escondida en algún sitio que más tarde pudiéramos reconocer, para poder recuperarla, y si se perdía mala suerte, había de repuesto, y piel no teníamos más que una y nos in-

teresaba salvarla. Le quitamos una pieza para inutilizarla, y nos fuimos arrastrando por la cuneta llena de piedras y espinas. Cada vez que intentábamos ponernos de pie los malditos idiotas nos tomaban como blanco. Estábamos convencidos de que eran compañeros que no nos habían reconocido. Se distinguía muy bien el repiqueteo de las ametralladoras de 30. Más o menos medio kilómetro avanzamos marchando sobre los codos y las rodillas, no ocurriendo nada cuando nos enderezamos nuevamente. Tomando a través de un trigal desembocamos en una carretera custodiada por los tiradores Nord-Africanos. Apenas llegados al emplazamiento de un cañón antitanque, apareció un teniente montado en un jeep, al que hicimos señas de detenerse. Después de explicarle la situación en que nos encontrábamos, le pedimos nos indicara la ubicación de nuestro batallón. El oficial se puso furioso, porque según él, veníamos a meterle miedo a sus hombres, y después de otra serie de idioteces, le dió orden a un sargento árabe, para darnos un fusil ametralladora y ponernos cara al enemigo. Era indudable que mientras nosotros sosteníamos una lucha de más de tres horas casi cuerpo a cuerpo, este señor teniente andaría de paseo por la carretera, y de ahí la facilidad con que nos ordenaba ponernos "cara al enemigo".

En cuanto él se marchó, diciendo que iba en busca de municiones no perdimos tiempo por nuestra parte en tomar las de Villa Diego en dirección contraria. El sargento nos gritaba: "Esperar, esperar cómo ordenar teniente!" "Cállate ya schelé (1) de porquería y aguanta tú lo que venga junto con tu teniente", respondimos.

La tarde moría entre resplandores rojos, que parecían el reflejo en el cielo, de la sangre vertida ese día en los campos de Italia.

---

(1) Schelé, despectivo que significa árabe.

La artillería alemana tirando granadas rompedoras, llenaba el espacio de fogonazos deslumbradores.

Al espezarse las sombras de la noche, nos detuvimos: seguir marchando, hubiera sido correr el riesgo de ir a caer entre los "boches", tanto más cuanto que no sabíamos en qué dirección estaban nuestras líneas, modificadas seguramente, a causa de la retirada. En la oscuridad, divisamos el flanco de una montaña y en la misma, unas concavidades que podrían servir de refugio y allí nos metimos. Mientras uno vigilaba, dos dormirían; nos fué imposible conciliar el sueño, porque a causa del frío y del miedo que, pasado el ardor de la lucha se apoderó de nosotros, nuestros cuerpos temblaban como si fueran presas de la fiebre. Las horas eran interminables, la artillería seguía tirando y el día no llegaba. Por momentos nuestra angustia crecía. Vencidos por la fatiga, con los párpados pesados de sueño, nos invadía una sensación dulcísima de laxitud, pero el menor ruido nos sobresaltaba y el corazón parecía querer salírsenos del pecho. Con la respiración anhelante nos poníamos en pie escuchando atentamente... y nada...

Todo estaba envuelto en un profundo silencio, interrumpido solamente por el estallido de alguna granada en el espacio. El contorno de las cosas comenzaba a desdibujarse con las primeras claridades del alba. Respiramos aliviados como quien se saca un peso de encima; las sombras nos oprimían.

Cautelosamente nos pusimos en marcha. Minutos después vimos la silueta de un vehículo en medio de la ruta. Era necesario saber a quién pertenecía. Ocultos por los matorrales nos fuimos acercando. Sólo treinta metros nos separaban cuando reconocimos un Half-track (auto blindado) francés. Fuimos decididamente en su dirección pero alguien nos dió la voz de alto. Contestamos que éramos amigos y se nos ordenó avanzar golpeando las manos. La luz naciente permitía

distinguir solamente las siluetas y el soldado no se confiaba.

Obedecimos y por último nos reconoció. Cuando estuvimos junto a él le dirigimos una serie de preguntas. Del interior del vehículo, salió una vez aguardentosa que nos llenó de alegría. "Eh, vasco"! exclamé. Salaverri asomó la cabeza y al vernos descendió. "¿No sabes dónde están los alemanes? No creas que es para ir a buscarlos, es para disparar en sentido contrario".

"Mira, me dijo riendo, a mí me dejaron aquí diciendo que estaban delante, a la derecha, a la izquierda y que tuviera cuidado por detrás. Esto es un relajo que no hay quien lo entienda".

Sintéticamente le hicimos el relato de lo que nos había pasado la víspera y nos despedimos diciéndole: "Perdona viejo pero nos vamos, aquí no soplan buenos vientos".

Las primeras luces de un día que prometía ser hermoso apuntaban en el horizonte, despertaban a la naturaleza. A falta de pájaros que anunciaran la salida del sol, oímos la voz destemplada del Tte. Bourgoin, que cantaba la canción alemana Lili Marlene. Llegamos hasta él. "¡Bonjour, mes amis!", saludó alegremente. Le veíamos aún, a este hombre de corta estatura, fornido y temerario el día anterior lanzarse al frente de su sección en lo más áspero del combate, entre las balas, con suprema indiferencia, haciendo jugar el disparador de su ametralladora de mano, a tiempo que silbaba esa misma canción. Le apodaban "El Loco" y no se le nombraba de otra manera.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que fué el único hombre de todos los que vimos actuar, al que en ningún momento, se le notó ni un gesto siquiera de temor. Cantando o silbando y con la sonrisa en los labios, enfrentaba la muerte con inalterable sangre fría. ¿"No sabe Ud. dónde podemos encontrar al Tte. Guerard? Desde ayer andamos perdidos", terminamos a modo de explicación.

"Sigan adelante que pronto lo encontrarán. Hace un momento lo ví por aquí".

En efecto, le encontramos cien metros más adelante. Después de darnos el "bonjour" nos interrogó sobre los otros compañeros de la sección. No sabíamos nada. "Además de ustedes tres, cuántos vienen?" preguntó. "Venimos solos", respondimos. "No hemos visto a nadie de la sección desde ayer".

"Está bien: yo sé dónde está la compañía, y nos vamos a presentar al Capitán".

En el trayecto nos preguntó qué habíamos hecho de la ametralladora. Le explicamos las causas que nos obligaron a dejarla y para corroborar lo dicho, hicímosle ver la pieza que guardábamos en el bolsillo. Nos confió que haría una pequeña investigación sobre el hecho de que alguno de los portadores de munición, no habían aparecido en el momento oportuno o habían huído.

Llegamos donde estaba la compañía y minutos más tarde el teniente con el capitán Simon, iniciaban un severo interrogatorio que tenía por fin aclarar las desapariciones de que nos había hablado el primero.

Después de pasar lista para cerciorarse de las bajas sufridas en la sección, doce entre muertos y heridos, en estos últimos se contaba el argentino Chameau, nos llamaron aparte uno por uno.
El tuerto Simon estaba en un estado de cólera, como nunca lo habíamos visto. Cuando fuimos llamados nos presentamos "No voy a preguntarte nada de lo que pasó durante el combate porque el teniente, el sargento Artola y el sargento jefe Nicolás me hablaron de tu actuación y la de tu cargador Colomines, —al nombrarlo dijo dirigiéndose al teniente: "Il est courageux cet petit voyou" (1),— (llamábale así por lo indisciplinado) y de Schneider también me dijeron algo" y luego

(1) Es valiente ese pequeño bandido.

continuó: "Les felicito sinceramente a los tres, y los propondré al general para la Cruz de Guerra".

Merci mon Capitain (1), dijimos emocionados y el pecho hinchado de orgullo y satisfacción.

Fueron pasando los demás y vimos que el tuerto abofeteó a X, llegando a nuestros oídos lo que gritó. "Has abandonado a tus compañeros que se estaban haciendo matar. No te hago llevar a un tribunal y que se te peguen cuatro tiros, porque me repugnas. Vete! Desaparece de mi vista antes que te meta una bala en la cabeza".

Quedamos consternados ante esta dolorosa escena. Otros fueron severamente observados y se cerró el episodio.

A una orden del sargento Artola nos reunimos alrededor del Tte. Guerard, quien dirigiéndose a todos dijo: "No hace mucho que comando esta sección, pero ayer he conocido los hombres que la componen. La próxima vez que sin orden, alguno abandone su puesto, yo mismo me encargaré de incrustarle una bala en la piel. Aquellos por quienes hago esta advertencia, que la tengan muy en cuenta".

Al promediar la mañana ocupamos una posición un poco alejada de la primera línea, permaneciendo en ella solamente durante el día. Antes de la puesta del sol la dejamos y nos pusimos en marcha para dormir más cerca del frente. Lo hicimos junto con muleros árabes, que a cada momento nos despertaban, pasando tan cerca con sus mulos que casi nos pisaban. Nos insultábamos recíprocamente y al conciliar el sueño, la operación se repetía. Cuando las luces del nuevo día disiparon las sombras, nos preparamos a marchar. La ofensiva contra la línea Hitler había comenzado. Muy cerca había un auto-radio, que se comunicaba con alguien que decía cosas para nosotros ininteligibles.

Hablaba de traperos, de trapos viejos, nombraba anima-

(1) Gracias mi Capitán.

les y otras cosas por el estilo. Nerviosamente nos paseábamos esperando la orden de avanzar que sin duda llegaría de un momento a otro. El otro grupo de la sección ya lo había hecho. Un agente de enlace vino a buscar a Artola, jefe de nuestro grupo, de parte del teniente. Preparamos nuestras cosas, sabiendo que cuando regresara, sería para marchar. Volvió. Llamando al chofer del camión, le indicó en qué lugar debía esperarnos para descargar lo necesario. Partió el camión y nosotros detrás llevando el arma individual y la frazada envuelta en la media carpa, terciada en bandolera. La carretera por la que debíamos pasar, bordeada de un lado de grandes árboles, la mayoría de los cuales estaban desgajados y otros arrancados de raíz por los cañonazos, era flanqueada del otro por el monte Leuchio, de triste memoria, y que ahora servía de observatorio a nuestro estado mayor y buscado, por esa causa, por los proyectiles alemanes, la mayoría de los cuales estallaban en medio de la ruta. Uno de estos proyectiles explotó muy cerca; nos arrojamos al suelo y al enderezarnos, notamos que Artola permanecía tendido. Nos aproximamos a levantarlo. Con voz que era un gemido nos pidió que no lo moviéramos porque esto le causaba gran sufrimiento. Al no ver sangre le preguntamos dónde estaba herido. Nos indicó su espalda a la altura del riñón izquierdo, y vimos que, en efecto, tenía allí el cinturón cortado. Le levantamos la ropa y vimos un moretón. El obús, al estallar había despedido una piedra que fué a pegarle con gran fuerza Felizmente sólo le costaría unos días de hospital. Era, como decían los franceses "la belle blessure" (1). Lo recogieron los camilleros, enviaron otro sargento y continuamos nuestro camino, envidiando interiormente la suerte de Artola. Cuando llegamos al lugar donde nos esperaba el camión, tomamos las ametralladoras y municiones y a campo traviesa marchamos

(1) La bella herida.

en dirección del pueblo Ponte Corvo, en poder de los alemanes y baluarte de la línea Hitler, al asalto de la cual íbamos.

Nos situamos en las inmediaciones cuando ya se ocultaba el sol. Al cerrar la noche, cavamos agujeros y nos dispusimos a dormir. ¿Estaríamos vivos al día siguiente? Quién sabe!... Era tan incierto nuestro destino, tan frágiles nuestras vidas, envueltas siempre en el espanto de este rojo caos!...

Fuimos arrancados del sueño por el roncar de motores de aviones; sacando la cabeza de debajo de las frazadas, nos vimos iluminados por la luz de las bengalas arrojadas por los pilotos. ¡No se muevan, no se muevan! decían en voz baja algunos compañeros. En un segundo nos pasó por la mente el cuatro atroz del último bombardeo... Sus gritos, sus estertores de agonía... extendimos la mano y tomando el casco nos lo metimos hasta los ojos. Temblaban nuestros miembros, teníamos la boca pastosa y la respiración entrecortada.

Esperamos... esperamos el lúgubre silbido anunciador de que los aviadores dejaban caer su fatídica carga. Oh!... la horrible, la desesperante espera de la bomba que dejará nuestros cuerpos informes, mutilados, deshechos... segundos, minutos, ¡pero qué largos! Al fin oímos las explosiones en otra parte y... ¿Por qué no? quedamos contentos de que otros hubieran recibido aquello, y tranquilizados, entramos nuevamente en la región del sueño.

Amaneció... una bruma gris se levantaba de las aguas del Liri; esto impediría que nuestros movimientos fueran vistos demasiado pronto.

Las siluetas dispersas de los hombres se deslizaban silenciosamente; ruido de tanques... ya se veían las primeras casas de Ponte Corvo... aquella quietud nos angustiaba. De pronto... tactac, tac, cantó una ametralladora.

¡A tierra! ordenó el capitán Simon. El día con sus primeras luces traspasaba la cortina protectora de la bruma; al-

gunos morterazos cayeron en las proximidades. Nos habían visto y era una barrera de hierro y fuego que nos cortaba el paso, formada por los disparos incesantes de los "boches".

El capitán impartía órdenes y cuando algún obús caía muy cerca suyo se persignaba. ¡Qué gran ventaja tienen en momentos en que está en juego la vida, los creyentes sobre los incrédulos! No sin cierta envidia era contemplado por estos últimos el valiente capitán. En los instantes de mayor riesgo, con una breve oración, con una simple plegaria, quedaba sereno, tranquilo, dispuesto a morir en paz con su Dios y su conciencia. Los incrédulos, en cambio, para dominar el miedo, debían hacer titánicos esfuerzos de voluntad, pero podían jactarse de que su valor era suyo, de que ningún factor extraño se lo prestaba, y de que era más difícil exponerse a la muerte sabiendo que le espera el espantable abismo de la nada, que muriendo con la esperanza de una vida mejor.

Con gran estrépito los tanques se adelantaron lanzándose al asalto del pueblo. Seguimos tras ellos y después de breve lucha, le hicimos nuestro.

A medio día nos contra-atacaron y cedimos ante su empuje. Nos reorganizamos, volvimos y de nuevo cayó en nuestras manos, para perderlo por segunda vez.

Ponte Corvo era una hoguera; contadas casas se mantenían en pie, todo estaba en ruinas y no era para menos, si se tiene en cuenta que cada ataque era precedido de violentos cañoneos y cuando ellos contra-atacaban hacían otro tanto.

Por momentos se andaba casi a tientas entre las nubes de humo y tierra que flotaban en el aire; daba la impresión de que nuestro comando, al igual de Napoleón quería dormir en el campo de batalla, y por tercera vez nos lanzamos contra el enemigo. Tenazmente se defendieron, con la esperanza sin duda de que al llegar la noche abandonaríamos la empresa. Cada casa era un fuerte, cada esquina una emboscada, pero a pesar de todo ganábamos terreno y a la puesta del sol, nuestros

aliados canadienses atravesaron el río y Ponte Corvo era nuestro definitivamente.

La línea Hitler estaba rota y por lo tanto abierto el camino hacia la Ciudad Eterna. "Todos los caminos llevan a Roma". Nosotros iríamos por éste.

Como un torrente, nuestras tropas desembocaron en el valle del Liri detrás de los alemanes, que dejaban gran cantidad de muertos.

En el pueblo de San Giovanni se hicieron fuertes de nuevo pero los tanques se encargaron de desalojarlos.

Nuestro batallón volvió atrás a descansar, acampando cerca de una granja y después de lavar la ropa y limpiar las armas quedamos en libertad de dormir tanto como quisiéramos.

Confirmadas las bajas sufridas en los distintos combates, resultaron ser bastante elevadas; de tres compañías de infantería, compuestas de más de cien hombres cada una, fué necesario fusionar dos para formar una de efectivo reducido, llegando más tarde como refuerzo otra del 22do. batallón de Nord-Africanos.

Sólo permanecimos allí poco más de dos días, pero tuvimos oportunidad de reunirnos los amigos de siempre: Zerpa, Real de Azúa, Borrelli, Salaverri y algunos otros, a tomar chocolate y relatarnos las incidencias porque habíamos pasado.

Una tarde el Tte. Guerard pasó revista en las armas, dándonos orden de estar listos para partir. Ya no preguntábamos hacia donde íbamos, pues había dejado de interesarnos. Total que para matar o para morir, cualquier sitio era igual. ¿Cuándo? Tanto daba uno que otro día. Siempre había tiempo.

Partimos y después de algunas horas de viaje, levantamos campamento en las cercanías de una casa de campo, ya casi de noche.

A la mañana hubo un gran revuelo; se había denunciado al Cte. un hecho repugnante; un legionario, después de golpear con la culata de su pistola a una niña de diez años, la había

violado. Se hicieron averiguaciones hasta dar con el autor de este brutal y salvaje atentado, que resultó ser un árabe. Antes de medio día, sin previo juicio, fué conducido a un pequeño bosque, bajo la custodia de cuatro hombres armados, y despojándolo del uniforme lo fusilaron. Lo de los cuatro tiros fué pura teoría en este caso, pués el hombre recibió diez y ocho.

Se organizaba un desfile en Roma que a la sazón se encontraba en poder de los aliados, y una de nuestras compañías partiría a participar de él, que al fin y al cabo, la Legión Extranjera, por sus sacrificios en esta campaña, tenía derechos indiscutidos para entrar en la Capital italiana.

Salimos de Ceccano rodando por pistas polvorientas, hasta entrar en la que llevaba a Roma, la número 6, que fué la primera hormigonada que nos fué dado ver en el paraíso Mussoliniano, haciendo alto a veinte kilómetros de Roma. En este lugar el frente hacía una punta de lanza, que penetraba bastante profundamente en las líneas alemanas. Tomamos posiciones en una altura, a cuyo pie se extendía un valle como de trescientos metros y al final del cual en otra elevación los alemanes en el pueblo denominado Tívoli, que era nuestro objetivo.

Esa noche nos dieron la grata noticia de que se había efectuado el desembarco en Francia y por primera vez pensamos en el fin de la guerra. Si terminara pronto!, —pensábamos.

Fué dada la orden de comenzar la marcha de aproximación. Lentamente y en silencio, tratando de evitar la luz de la luna a la sombra de los árboles, descendimos al valle. Junto a nosotros atacaría un batallón de marcha francés. A mitad de camino, aquellos de los nuestros que iban delante, chocaron con un pequeño puesto alemán cuyos componentes huyeron después de rápido tiroteo. Los cañones "boches" se hicieron sentir de inmediato pero sus proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas. "Si siguen tirando así, dijimos, todo irá muy bien, y hasta podremos dormir un poco. Ellos piensan que estamos más lejos de lo que en realidad nos encontramos."

El fuego de los alemanes cesó. El campo vuelve a ser envuelto por el silencio, y la pálida luna iluminaba nuestro sueño. Antes de amanecer nos despiertan. Preparamos nuestras cosas y dimos un último vistazo a las armas. Los jefes de sección impartieron las instrucciones en voz baja. Ya se teñía el horizonte con los tintes lívidos de las primeras luces del alba, cuando, sigilosamente, separados unos de otros por distancias de diez a veinte metros, los hombres de nuestra infantería ligera parten hacia Tíboli. Los de ametralladoras pesadas quedamos un poco atrás. Cuando se nos ordenara sería nuestro turno.

El primer choque se produjo al pie de la colina, antes de llegar al pueblo. Seguramente los nuestros llegaron por sorpresa, porque no se oyeron las ametralladoras alemanas; sólo escuchamos las ametralladoras de mano de nuestrs compañeros, y alguna ráfaga muy corta de las de ellos. Mientras nuestra artillería tira sobre el pueblo, vamos hacia adelante. Nuestros infantes se batían ya en las primeras casas. Con largas ráfagas de nuestrs piezas, tratábamos de acallar o eliminar las armas automáticas enemigas.

Algunos legionarios pasaban a nuestro lado conduciendo los primeros prisioneros. El ruido del combate iba **in crescendo.** Los arrollábamos rápidamente, aprovechando a maravillas el factor sorpresa, que nos había favorecido. Poco se había elevado el sol sobre el horizonte, cuando Tívoli estaba en nuestras manos. Con celeridad, se tomaron las disposiciones para la defensa en caso de un contra ataque. Llegaron los cañones anti tanques siendo instalados de inmediato en lugares estratégicos. Ls boches no se resignaron a ser derrotados con tanta facilidad y por lo tanto, no se hicieron esperar. Con la protección de tres tanques "Tigres" se lanzaron sobre nosotros que resistimos el primer choque, pero desgraciadamente uno de los cañones, después de destruir un tanque, fué deshecho a su vez y muertos casi todos los artilleros. Quedó entonces un claro que no hubo tiempo de cubrir, por donde se precipitaron los otros dos y la

infantería, amenazando desbordarnos. El repliegue fué ordenado y ejecutado sin apresuramientos peligrosos. Otro tanque alemán ardía en una calle, muchas casas estaban también en llamar y se oía por doquier gritos de dolor. ¿Nos pasaría aquí lo mismo que en Ponte Corvo? Nos detuvimos en las últimas calles oponiendo a los atacantes una tenaz resitencia, que fué fortalecida por la oportuna llegada de algunos de nuestros carros de asalto y destructores de tanques, ayudados por los cuales volvimos sobre nuestros pasos contra atacando y después de una lucha violenta y a corta distancia, nos adueñamos del pueblo por segunda vez. Los alemanes, considerando que en este punto estaban definitivamente derrotados, se retiraron, pudiendo entonces entregarnos a una minuciosa revisación de todas las casas, entre las que se encontraba un castillo de Mussolini, a la sazón semi destruído por el combate lo que no nos impidió entrar y apoderarnos de algunas cosas de cierto valor. Durante el resto del día reinó en ese sector una calma absoluta. Ni un tiro, ni un cañonazo. Hubiérase dicho que lo que había ocurrido no era sino una horrible pesadilla, que la guerra no existía, que tan monstruoso crimen no podía asolar aquellos campos dulcemente ondulados, aquel sol radiante, aquel cielo azul. La naturaleza no podía haber derrochado allí tanta hermosura, para que los hombres la ensombrecieran con su brutalidad y sin embargo yacían allí los mudos testigos de que no soñábamos, de que aquello era la guerra. Allí estaban aún tendidos los cuerpos de compañeros y enemigos, con las heridas más horribles en las posiciones más dolorosamente ridículas demostrándonos cruelmente, cuan poca cosa es un hombre.

Había momentos en que pensábamos que ante tan enorme tragedia, algo tenía que pasar, algo sobrehumano que pusiera punto final a todo este espanto, a todo este absurdo. A veces, nuestros ojos asombrados querían escrutar lo inescrutable para ver la señal que inconscientemente esperábamos y nada . . . Ni una de las leyes que rigen el universo cambiaban, el mundo

giraba impasible, impertérrito, indiferente ante el alarido de dolor lanzado por la humanidad que sentía desgarrarse sus entrañas y la matanza continuaría. Hasta cuándo? . . . Era ésta una pregunta que nadie podía contestar. Al llegar la noche todo seguía en la más perfecta calma; apostadas las guardias no perdimos tiempo en ir a dormir buscando hacerlo en la forma más cómoda posible. Al amanecer todos estábamos de pie y bien despiertos. Precauciones nada más pero que era necesario tomar a esa hora por ser la más propicia a los ataques por sorpresa. Más o menos a las ocho de la mañana el teniente nos mandó llamar. Nos presentamos y nos preguntó si queríamos ir con permiso a Roma, lo que aceptamos encantados. Tuvimos allí oportunidad de ver cosas que nos hicieron recordar nuestra vida de estudiantes y que nunca nos hubiéramos atrevido a pensar que conoceríamos de otra manera que a través de los libros. La imponente mole del Coliseo dentro del cual dejamos vagar nuestra imaginación, para contemplar el martirologio de los cristianos devorados por las fieras, para divertir a un pueblo enloquecido como su amo y como él sediento de sangre. Fuímos a la Basílica de San Pedro quedando deslumbrados ante la mágica belleza de las pinturas de la cúpula de Miguel Angel; aunque profanos en este arte, sentíamos el realismo de aquel colorido, la dulzura infinita que irradian las miradas y las sonrisas de sus ángeles y de sus vírgenes, dando la notable impresión de que sus alas se mueven y que van a rozarnos muy suavemente, y que de un momento a otro, percibiríamos el sonido seráfico de sus voces. Es realmente una pena que seamos incapaces de describir cosas tan bellas sin el temor de afearlas.

El monumento al rey Víctor Manuel, de una imponente grandiosidad, nos pareció magnífico tanto por sus dimensiones como por su belleza. Está en las inmediaciones del Palacio Venecia, desde el cual el Duce vomitaba sus diatribas incendiarias contra las democracias, animando al pueblo italiano a lanzarse a la aventura de una guerra que tan caro debía costarle, con la

promesa de un poderoso imperio; sueño de loco que el fuego de la lucha convirtió en cenizas.

Después de todos estos paseos, no nos quedaba tiempo más que para visitar sitios que tenían para nosotros en aquellos momentos la mayor importancia. Los bares. Allí terminó el gusto artístico que tan repentinamente se nos había despertado, ante tanta maravilla arquitectónica antigua y moderna, y a la caída de la tarde estábamos bañando nuestras cabezas enturbiadas por serrazones de alcohol en las artísticas fuentes de las plazas públicas y vomitando desde el camión lo ingerido, a todo lo largo de la gran Vía Nacionale.

Ya de noche llegamos de vuelta a nuestro batallón y como no hubiera ninguna novedad, dormimos toda la noche. Muy temprano nos preparamos para partir. Ibamos a continuar la persecución del enemigo en retirada. Cruzamos por Roma entre las aclamaciones del pueblo. Debemos aclarar esto de las aclamaciones, que eran las siguientes: ¡Viva Francia! ¡Un cigarrillo, un cigarrillo! ¡Viva Francia! ¡No tienen algo de comer? Era ésta la triste situación a que se veía abocado el pobre pueblo italiano; daban vivas a franceses, americanos e ingleses, a cambio de un cigarrillo o una lata de conserva.

Luego de atravesar el Tíber, vimos las primeras huellas de los alemanes. La aviación los había visitado y por todas partes se encontraban al borde de la carretera, vehículos destrozados, cadáveres de animales y de hombres en espantable amalgama, que despedían una repugnante hediondez obligándonos a llevar los pañuelos a la nariz. Pasamos por Viterbo, ciudad que hasta hacía pocas horas estaba en poder de los boches, pero que abandonaron ante nuestra proximidad. Estaba en ruinas a causa de los bombardeos aéreos y podían verse aún en sus calles, diseminados los cuerpos mutilados de muchos de los que fueron sus habitantes juntos con los de algunos soldados alemanes. Después de más de ciento cincuenta kilómetros de recorrido nos detuvimos en el pueblo denominado Monte

Fiascone donde pernoctamos. Al amanecer nos pusimos de nuevo en marcha y después de contornear el lago Bolsena esperamos los acontecimientos instalados cerca de la artillería pesada que tiraba sin descanso. Los alemanes habían contra atacado en el sector de la 3.a división y nosotros veníamos en su auxilio. Siendo fuerzas de choque cada vez que alguna unidad francesa sufría un descalabro o se veía en apuros, era la Legión Extranjera que corría en su socorro, y esta vez había pasado eso. Abandonada la infantería a su suerte por los tanques americanos que la protegían, se vieron forzados a retroceder dejando mucho material de guerra. Aprovechando la noche tomamos posiciones a doscientos metros del lago, para atacar al amanecer apoyados por tanques, pero esta vez felizmente, tripulados por francsees. Amanecía cuando los pesados armatostes de acero hicieron oir el roncar de sus motores y desplegados, escupiendo fuego por todas sus bocas salieron contra el enemigo. Inútilmente la artillería alemana pretendió detener su avance con un fuego intenso; nosotros marchábamos detrás. Notando que la resistencia sería en vano optaron por retirarse casi sin lucha. Nuestra misión estaba terminada. Nos fuimos de allí acampando a orillas del lago. En la noche los aviones incursionaron por encima nuestro sin bombardear. Al levantarnos, aún temprano, gozamos de las delicias de un baño en las aguas claras y limpias del lago Bolsena. En la tarde nos pusimos en marcha sin saber para donde, deteniéndose el convoy a los quince o veinte kilómetros y nos hicieron descender de los camiones, para levantar campamento en un lugar cubierto de olivares, siempre a orillas del lago. Desde la mañana estábamos listos a avanzar esperando la orden de partida, la que llegó a las 17 horas saliendo de inmediato. Después de pasar el pueblo Aquapendente hacemos alto cerca de la línea de fuego. Continuamos la marcha y al atravesar un pequeño curso de agua, el convoy fué atacado por un tanque que esperaba escondido, logrando matar algunos soldados, hiriendo a otros y destruyendo dos o tres camiones.

Poco más adelante nos detuvimos pasando la noche y parte del día siguiente. Bajo un fuerte aguacero nos pusimos en camino y después de rodar quince o veinte kilómetros quedamos a la espera de nuevas órdenes. Llovía con persistencia y la artillería alemana, aprovechando el desplazamiento de la nuestra no dejaba de tirar, haciendo silvar sus obuses sobre nuestras cabezas. En la noche siguió lloviendo y estábamos todos empapados y de mañana, como los alemanes no se decidían a oponer resistencia, les seguimos hasta Radicofani, donde después de una lucha corta y violenta el primer batallón de Legión, junto con nosotros, le infligimos una nueva derrota a las tropas nazis. Radicofani es una aldea situada en la cumbre de una colina regularmente elevada con un antiguo castillo que en la ocasión jugó el rol de una verdadera plaza fuerte. Según documentos que se encontraron en el escritorio del comandante de la guarnición, que se suicidó antes que rendirse, las fuerzas bajo su mando tenían orden de detenernos durante treinta y seis horas por lo menos; todo lo que pudieron resistir fueron poco más de cuatro. De trescientos hombres lograron escapar poco más de treinta. Seguimos adelante siempre bajo la lluvia, y nos preparamos a relevar el primer batallón; ahora ellos irían detrás nuestro mientras proseguíamos el avance. El enemigo se percató de este movimiento y arreció su fuego de artillería por medio de sus tanques que estaban en las proximidades, dando uno de sus proyectiles de lleno en un jeep incendiándolo y destrozando a todos sus ocupantes. La lluvia nos desmoralizaba pero a pesar de todo, durante la noche, terriblemente fatigados y ya exhaustos, empapados y ateridos cargamos las ametralladoras en el camión, echando a andar carretera adelante. Noche negra sólo iluminada por la luz lívida de los relámpagos. Encorvados, arrastrando los pies doloridos y deseando por momentos que la muerte nos librara de tanta miseria y tanto sufrimiento íbamos adelante, siempre adelante, insensibles a causa del horrible cansancio y caminando como autómatas. De

pronto nuestros nervios se pusieron tensos; un tanque enemigo batía la carretera con su cañón atajándonos el paso. ¡Y era necesario pasar. ¡El teniente que marchaba a la cabeza ordenó hacer alto, haciéndolo contra el talud de la ruta; intentábamos calcular el tiempo que transcurría entre cada disparo, no pudiéndolo hacer porque el maldito boche tiraba irregularmente ¡y había que pasar! Pocos momentos antes deseábamos la muerte para vernos libres por fin de todo esto, pero ante el peligro reaccionábamos aferrándonos a la vida con todas las fuerzas y como siempre, la idea de morir nos horrorizaba. El Teniente Guerard resolvió que él pasaría el primero y que una vez del otro lado, haría una rápida señal con su linterna para que lo siguiera otro. Lentamente se fué aproximando hacia el sitio donde estallaban las granadas hasta que en la obscuridad lo perdimos de vista. Entonces nos fijamos del lado opuesto de aquella barrera de fuego y hierro para tratar de ver la señal convenida y efectivamente, la divisamos dos minutos más tarde. Pasó el sargento y después por orden de grado, los siguieron otros y otros más hasta que llegó nuestro turno A rastras por la cuneta de desagüe de la carretera nos aproximamos a veinte metros más o menos del punto peligroso; siempre de arrastro fuimos hasta el centro mismo del camino, buscando terreno parejo para poder correr cuando llegara el momento. Poco a poco nos pusimos de pie y en el instante que el tanque dejó de tirar, a toda carrera nos lanzamos hacia adelante con los ojos cerrados y las mandíbulas apretadas. Las decenas de metros que corrimos acabaron con las energías que nos prestó el miedo dejándonos caer sin aliento al suelo. Tomamos un breve descanso para continuar minutos más tarde, y al llegar a un lugar donde la carretera corría entre dos colinas, hicimos alto y nos dispusimos a dormir. En cualquier sitio tendimos la frazada y la media carpa y poniendo debajo el impermeable nos tiramos encima. Lo único que hicimos antes fué cambiarnos los calcetines, que teníamos pegados al pie en carne viva y sangrando,

completamente llagado; después de unas horas de sueño, al darnos vuelta nos despertamos a medias, percatándonos recién entonces de que estábamos acostados sobre el barro, lo cual no interrumpió nuestro descanso. Apenas fué de día recibimos orden de marchar; pese al esfuerzo de voluntad nos fué de todo punto imposible hacerlo a causa de las llagas de los pies, ordenándonos el teniente subir al camión. El enemigo retrocedía y le seguimos ocupando las posiciones que ellos abandonaban, hasta llegar a un pequeño pueblo que tenían bajo el fuego de sus tanques. Uno de éstos, camuflado, terminó con una pieza anti tanque matando o hiriendo a todos sus componentes. Ese día nuestro amigo Zerpa salvó su vida milagrosamente: con un jeep debía asegurar el enlace de las fuerzas avanzadas con el comando del batallón y para ello, tenía que pasar forzosamente por el campo de tiro de uno de los tanques alemanes apostados en la vecindad. Antes de llegar al lugar donde caían los proyectiles, imprimió a su vehículo la mayor velocidad que le fué posible haciéndole zig-zaguear; verlo y comenzar a tirarle encima fué todo uno. Mirando con nuestros gemelos seguíamos ansiosamente la trayectoria del primer coche guiado hábil y seguramente por nuestro compatriota. Delante, detrás, a los costados se elevaban nubes de humo y polvo que nos indicaban el lugar de los impactos. Con un suspiro de alivio fué que vimos que pasaba la zona de peligro sin haber sido alcanzado.
Con alegría incontenible vimos que a medio día se estaba efectuando el relevo, y a eso de las quince nos retiramos del frente. Desde el Garigliano hasta ciento setenta kilómetros al Norte de Italia, muy cerca de la ciudad de Siena, habíamos liberado muchos pueblos y muchos kilómetros de territorio de la peste parda, pero también muchos de nuestros camaradas quedaron sobre el campo. Para los habitantes de esta parte de Italia la guerra estaba terminada, pero para nosotros, trabajadores de ella, no era nada más que el fin de otra etapa. El momento de descansar no había llegado aún. ¿Dónde sería la segun-

da? ¿Cuándo? Lo veríamos quizá más pronto de lo que deseábamos.

Después de cuatro horas de viaje hicimos alto nuevamente cerca del lago Bolsena. En el trancurso del viaje, al borde de la ruta, vimos un cementerio donde flameaba la bandera francesa con nuestro gallardete con la cruz de Lorena; lo contemplamos sin poder dominar nuestra tristeza, y una profunda emoción invadió nuestros corazones. Desde el fondo del alma les dirigimos un silencioso saludo de despedida. Desgraciados camaradas cuyo regreso al hogar esperarían ya inútilmente madres, hermanos, esposas o hijos, como nos esperarían a nosotros mismos, quien sabe si al final no igualmente en vano. Llegados al término del viaje levantamos campamento donde no había ni un árbol para protegernos del intenso calor reinante. Cuatro días permanecimos allí y al quinto, después de marchar algunos kilómetros a pie montamos en los camiones a las dos de la mañana, cruzando Roma a la salida del sol. A las nueve llegamos a Anzio donde nos espearaban pequeños trasportes de tropa americanos, embarcando nosotros en el U. S. 670. En estos barcos como en los otros en que nos había tocado viajar, salvo el Ille de France, estábamos apretados aunque con más orden; había camas dispuestas unas encima de las otras lo cual nos evitaba molestarnos durante el sueño.

A las diez horas y veinte zarpamos navegando todo el día a la vista de la costa, lo que hacía el viaje más entretenido. El buque cabeceaba mucho y sentimos cierto malestar que ya nos era conocido, felizmente muy leve.

En las últimas horas de la tarde teníamos a la vista el puerto de Nápoles, desembarcando recién a media noche. En camiones cruzamos la ciudad dormida, haciendo el mismo recorrido que la primera vez que llegamos aquí, para detenernos en Albanova. Una vez terminada la instalación del batallón, se nos dió autorización para ir a Nápoles.

RUMBO A FRANCIA

Por fin levantamos el campamento y con una alegría y un entusiasmo indescriptibles, nos dispusimos a partir hacia Nápoles que sería el puerto de embarque. Los camiones nos condujeron hasta él y una vez en tierra, formamos en columna por uno esperando el momento de ser llamados para subir a la lancha que nos conduciría al barco anclado en la bahía. Cuando la carga estuvo completa la embarcación soltó el cable que la amarraba a tierra, y comenzó a surcar las aguas en dirección del vapor a bordo del cual viajaríamos hacia la Galia mártir y heroica, donde nos esperaba una ardua tarea, pero que sería la que con más gusto cumpliríamos. Subimos al barco valiéndonos de escalas de cuerda que pendían de sus costados. El Barnnet, que así se llamaba el buque era bastante grande y a bordo durante el tiempo que demoró en salir teníamos cine todas las noches. Al tercer día levó anclas y en la tarde del siguiente avistamos las costas de la isla de Córcega, entrando poco después en el estrecho de Bonifacio entre ésta y la de Cerdeña. Hasta allí lo mismo que durante la noche, la travesía se efectuaba sin ninguna clase de contratiempos. En la mañana a las siete y treinta divisamos la costa francesa. ¡Estábamos pues por fin donde tanto ansiábamos llegar! Impacientemente esperamos el momento de desembarcar; hasta ese instante nada parecía querer impedir que lo hiciéramos tranquilamente.

Por la quietud que reinaba en toda la costa, supusimos que nuestro comando sabía que aquella parte estaba abandonada.

A las 9 de la mañana comenzó el desembarco. Bajamos a los lanchones al mismo tiempo que eran descendidos los vehículos, dejándonos un poco retirados de la costa por lo que los de más corta estatura se lanzaban al agua con salvavidas, siendo el único inconveniente que encontramos durante esta operación. Al tocar tierra los compañeros franceses, dejaron libre curso a la emoción y poniéndose de rodillas tomaban un pu-

ñado de arena que besaban con profundo fervor, arrasados en lágrimas sus ojos. Inmediatamente después, se inició la marcha a pie. Llegamos al primer pueblo francés. denominado La Croix. Algunas unidades siguieron adelante para entrar de inmediato en combate, entre ellas la compañía pesada divisionaria de la cual formaban parte nuestros compatriotas Salaverry y Borrelli.

Nosotros no entraríamos aún en acción. Después de haber pisado tierra francesa, podíamos tener el consuelo de que si el destino nos había marcado para morir en este caos, caeríamos en tierra de héroes y de pensadores, de ideales y de grandeza. Acampamos bajo la fresca sombra de un plantío de pinos, a corta distancia de la ciudad de Cavalier, en poder de los alemanes, y a sesenta kilómetros del puerto de Toulon, también en manos del enemigo. Una vez estos lugares en poder de nuestras fuerzas, partimos e iniciamos la persecución de los germanos en retirada. Por magníficas carreteras fuimos cruzando pueblos y ciudades. Hiéres, Toulon, La Buillardisse donde nos detuvimos para llenar de nafta los tanques de nuestros camiones. En todas las poblaciones, a lo largo de todos los caminos, éramos entusiastamente aclamados por una multitud de gente enloquecida de alegría ante nuestra presencia. Nos arrojaban flores, y si se detenían los camiones eran de inmediato asaltados y entonces se nos abrazaba y se nos besaba hasta ahogarnos. Por un pueblo así ¿quién no daria gustoso la vida? Aquello era la apoteósis de la libertad, que había por fin roto las cadenas que la oprimieron y la humillaron durante largos y duros años, era en fin, la Francia que revivía. Más de una vez se vieron lágrimas en nuestros ojos ante estas inequívocas muestras de agradecimiento, ante estas explosiones de dicha. Podíamos decir con legítimo orgullo que ofreciendo lo único que podíamos ofrecer, nuestras vidas, estábamos contribuyendo a hacer completa la felicidad de este pueblo, que tanto y tanto había sufrido. Nuestra carrera

continuó: Aix-en-Provence, ciudad de turismo, Senas, Cavaillon, Avignon, la que fuera ciudad de los papas. Aquí cruzamos el río Rohnn. Durante toda la tarde llovió copiosamente y como los camiones eran abiertos nos empapamos, y en el pequeño pueblo de Vers fuimos acogidos en casas de familia para pasar la noche. De mañana muy temprano partimos, pasando por Uzes, Ruoms. A la salida de esta ciudad la ruta se abre al pie de una montaña y pasa túneles y galerías naturales ofreciendo un bello aspecto. Luego cruzamos Aubenas y Vals, haciendo alto en Tence. Como el día anterior, a lo largo de nuestro camino, la gente nos recibía con visibles muestras de gozo. En algunas de las poblaciones que cruzamos nos regalaron postales con inscripciones alusivas como ésta: "Loor a nuestros valientes libertadores". "Honor y reconocimiento eternos a los libertadores" y otras por el estilo que reconfortaban nuestros espíritus, dándonos un valor inusitado para la continuación de la lucha. En Tence, fué cedido para que durmiéramos, un colegio católico, poniendo a nuestra disposición las camas y los colchones de los alumnos. Hasta el momento, no habíamos logrado dar alcance a los alemanes que se retiraban precipitadamente. Entramos en su persecusión en el Departamento del Haut - Loire, pasando por Saint Just, Le Chambon y la importante ciudad de Saint-Etiénne, deteniéndose el convoy en una plaza. Tenemos la impresión de que no había ningún motivo para detenerse, y que el comandante lo hizo con el solo fin de que nosotros tomáramos un breve contacto con la población de este importante centro poblado. Estábamos ya muy cerca de la gran ciudad de Lion, donde se encontraban aún los alemanes que eran atacados por unidades de nuestra división, y cuando nosotros llegamos hacía pocas horas que la habían abandonado. Ibamos pisándoles los talones, y presentíamos que no demoraríamos en darles alcance.

Retornamos sobre nuestros pasos y nos alojamos en un pequeño pueblo llamado Ecully levantando las carpas en la quin-

ta de un hermoso chateau. perteneciente al alcalde. Dos días más tarde nos trasladamos a Lion, alojándonos en un barrio que está sobre una colina, en la margen derecha del Ródano, conocido por la Croix Rousse, en la Ecole Normal. En la noche, después de tomar la precaución de poner nuestras pistolas en los bolsillos, salimos a dar una vuelta a pie, sin que nos ocurriera nada. Partimos de Relly hacia Sombornon, y por primera vez en tierra de la Francia metropolitana, nos poníamos en posición al acecho del enemigo. Esperábamos una columna motorizada que intentaría tal vez, escapar por allí. Veinticuatro horas los esperamos inútilmente por suerte o por desgracia, porque nuestro emplazamiento era magnífico y podíamos haberles dado una desagradable sorpresa sin correr mayores peligros.

Estamos en el mes de Setiembre y ya el mal tiempo empieza a hacerse sentir, con fríos y lluvias. Partimos hacia Dijon en el Departamento de la Costa de Oro, siendo alojados en el Liceo Carnot, durmiendo en buenos colchones.

Vino el General De Latre de Tasigni y desfilamos ante él, conjuntamente con las fuerzas francesas del interior de la región. A las diez de la noche cuando estábamos en lo mejor de la diversión, un teniente apareció en un jeep, acompañado de un legionario que hacía sonar un clarín estridentemente llamando a reunión. Precipitadamente, atropellando a la gente, buscamos los abrigos y a la carrera, nos precipitamos hacia el Liceo donde estábamos acantonados. En todos los lugares públicos se había repetido la misma escena, al sonar aquel alarmante toque de clarín tan inusitadamente. Cuando llegamos, los camiones estaban ya preparados para partir y en un santiamén, estuvimos con nuestros equipos listos y prontos a marchar. A lo largo de una calle se fueron alineando los vehículos, y en medio de alegres cantos que despertaron la ciudad, asomándose a las puertas y ventanas muchos de sus habitantes para despedirnos, dejamos Dijon. Llovía

incesantemente. Cruzamos por Beçanson, y a las cinco de la mañana estábamos en Puy, donde pasamos el día y la noche. Antes del alba marchamos hacia la línea donde relevamos a los americanos, que parecían tener una gran prisa, porque antes de que nosotros llegáramos, ellos se marcharon. En este lugar reinaba la calma, y tal vez por eso nos cambiaron enseguida de sector, llevándonos hacia Accolens desde donde partiríamos al frente, pero seguro a uno, donde las cosas se movieran un poco más violentamente. El principio dió razón a nuestras suposiciones. Marchando por un terreno quebrado, boscoso en algunas partes, íbamos tranquilamente sentados en los camiones, cuando de pronto a pocos metros detrás nuestro la explosión de un obús levantó tierra que nos salpicó la cara. Al momento el chofer aplicó los frenos, pero como algunos le gritaban que no se detuviera, arrancó en el momento que nosotros tratábamos de saltar a tierra, quedándonos con un pie enganchado, casi colgados. Felizmente, logramos zafar de tan arriesgada posición. Caíamos a tierra para levantarnos y echar a correr cuesta abajo, buscando el salvador ángulo muerto. A todo esto el tanque, que escondido esperaba nuestro paso, seguía tirando, pero ya el camión estaba a cubierto y nosotros también.

Después de esto creíamos que sería más prudente seguir a pie atravesando un bosque, que nos ocultaba de miradas indiscretas. En la tarde y bajo la lluvia entramos en línea. Delante nuestro no teníamos ninguna fuerza amiga. Los alemanes estaban a unos cuatrocientos metros en la cresta denominada D'onen. En ese mismo sitio en la pasada guerra había tenido lugar un encarnizado combate. Ponernos a nosotros con ametralladoras pesadas, delante de todo el mundo, lo consideramos un disparate del comando. Por otra parte, cada vez que nos veíamos en esta misma situación, decíamos lo mismo. Seguramente que los de la infantería ligera querrían que de-

lante de ellos estuvieran los tanques, y éstos, que hubiera algún otro.

Lo que pasaba en realidad era que nadie quería estar delante de los otros. Estos hechos se desarrollaban en el Departamento del Doubs. Toda la noche pasó lloviendo y desde el amanecer aprovechando que nuestra artillería no había llegado, el enemigo barrió nuestras posiciones con certeros tiros de mortero. Los observadores lograron localizar un observatorio alemán que no estaría a más de doscientos metros, y de ahí la puntería con que hacían fuego. La luvia cesó y entonces las armas pesadas entraron en acción y el primer objetivo fué aquel observatorio que tanto mal nos estaba haciendo. Pudimos percibir claramente, dada la corta distancia, cómo los boches huían de su escondrijo corriendo para ponerse a salvo detrás de la colina. Fué una pena que por no descubrir el emplazamiento de nuestra pieza, no pudimos ametrallarlos a gusto.

El resto del día y la noche, salvo un corto tiroteo con una patrulla nazi que pretendió infiltrarse en nuestras líneas, pasó en calma. Las cinco de la mañana. Todo el mundo en su puesto de combate. La sexta compañía de infantería y una de norte-africanos, iban a atacar las posiciones enemigas. Los oficiales cerca de nuestra pieza discuten la forma de iniciar el ataque. Era necesario saber si a la derecha de las posiciones enemigas, cubierta de bosque, había fuerzas. Para descubrir esto, fué designado el ayudante jefe Inguerman con dos legionarios. Nos asombró la calma con que aquel hombre, recibía tal orden. "Es necesario, le dijo el Comandante Simón, que vayas a aquel bosque y penetres en él. Si tiran sobre ti nosotros sabremos que está ocupado. Es peligroso pero hay que hacerlo. Vete ya y buena suerte. Dentro de una hora, si no pasa nada, estarás de vuelta". Ni un músculo del rostro de aquel hombre que era enviado a la muerte pareció alterarse. Giró sobre sus talones y salió en busca de los que debían

acompañarlo. Lo vimos marchar hacia el bosque y penetrar en él. Media hora más tarde estaba de vuelta. Nos alegramos mucho. A pesar de la espesa serrazón que nos envolvía, y que podía ser tan favorable a ellos como a nosotros, a las seis de la mañana el avance se inició. La compañía de norte - africanos cayó en una celada tendida por un tanque y casi fué exterminada. La sexta de nuestro batallón, al penetrar en el bosque, fué recibida con ráfagas mortales de armas automáticas. Los astutos boches, cuando el ayudante jefe Ingerman penetró en él no le tiraron por no descubrirse, pero ahora se mostraban. El teniente Ogenec se encontró de manos a boca con un tanque. A causa de la niebla no lo vió sino a una distancia de veinte o treinta metros. Apenas él y los dos españoles que lo acompañaban abandonaron el jeep en que iban, cuando fué destruído e incendiado por un certero cañonazo. Tirábamos nosotros con nuestra pieza casi a ciegas sobre las líneas enemigas a causa de la niebla, cuando de pronto un tiro de mortero nos dió por tierra. Había explotado a escasamente tres metros delante nuestro. Aturdidos nos pusimos de pie y miramos a nuestro alrededor: Schneider, el jefe de pieza, tenía un dedo de la mano derecha arrancado y el pie izquierdo destrozado; el teniente Guerard se desangraba por una gran herida en un brazo. Esperando que no fuera aquel el único proyectil que llegara hasta nosotros, nos retiramos prudentemente de la pieza, protegiéndonos detrás de un pequeño muro de piedra y quedando a la expectativa. Las balas silbaban encima de nuestras cabezas o chocaban contra el muro. No veíamos nada y la niebla seguía siempre espesa. Todo el día los alemanes nos disputaron el terreno palmo a palmo, pero al atardecer se retiraron.

Nosotros avanzamos poniéndonos en posición en la cota de la cual nos habíamos apoderado. Llegó la noche oscura y lluviosa. Previendo un contra-ataque nuestro comando dejó libre un pasaje en las líneas que serviría como cebo. A cada

lado de éste fueron emplazadas ametralladoras. A eso de la media noche el enemigo entró por el lugar donde lo esperábamos. Nuestras armas automáticas empezaron a escupir fuego sobre ellos que al huir, dejaron varios muertos y heridos sobre el campo. El resto de la noche pasó en calma y al día siguiente, salvo el tiro de los morteros, transcurrió bastante tranquilo. Se hablaba de que nos relevaban, cosa que nos encantaba, porque estábamos mojados por completo y casi todos con tos, bronquitis o medio engripados. No podríamos soportar mucho más las inclemencias del tiempo. Por fin vino el relevo, y nos fuimos hacia Aillevain, un pequeño pueblo donde encontramos leche, queso y manteca en abundancia y que nadie nos cobraba. Desgraciadamente esto no duró más que veinticuatro horas, el tiempo necesario para secar la ropa empapada y marcharnos hacia otro sector. Vamos ahora a tres kilómetros de Fresse, donde entramos en línea a las dos de la tarde, a reforzar el primer regimiento de París, compuesto por civiles, que no habían combatido más que en guerra de guerrillas. En cuanto llegó la noche los boches se nos vinieron encima, pero tuvieron que abandonar su intento. A la mañana insitieron y esta vez casi nos obligan a abandonar el campo, ante el peligro de quedar cercados. Felizmente nos llegaron refuerzos de nuevo y los rechazamos. A un kilómetro delante nuestro cruzaba una carretera que estaba en poder de ellos y de la cual nos queríamos adueñar.

En horas de la tarde vimos que un tanque alemán cruzaba por esa ruta, desapareciendo detrás del bosque. Luego pasó otro y otro más. Ya los teléfonos que comunicaban con la artillería estaban funcionando. Transcurrió un momento y los tanques reaparecieron y con la mayor tranquilidad comenzaron a dirigir sus cañones en nuestra dirección. La desesperación que se apoderó de nosotros ante esta amenaza no es para ser descripta. Pero muy grande fué también la alegría cuando los cañones de grueso calibre, lanzaron sobre ellos, una lluvia de

hierro que en menos tiempo que se emplea para contarlo, destruyó dos de ellos salvándose el otro por milagro. Al caer la noche cayeron muy cerca varios obuses, uno de los cuales hirió a un hombre de nuestra pieza, de bastante consideración. Era un ucraniano, que por primera vez venía al frente, habiendo sido afectado a la sección el día anterior. El tiempo no quería dejarnos descansar y llovía sin cesar. Ya estábamos hartos de agua. A las siete de la mañana nos despertaron a cañonazos, matando tres de los patriotas e hiriendo a varios, no habiendo otras novedades hasta las cinco de la tarde en que aviones ingleses se trabaron en combate casi encima nuestro. Dos aviones cayeron. Uno seguramente inglés porque cayó tan cerca que vimos el piloto cuando se lanzó con su paracaídas, que por desgracia lo llevó a las líneas enemigas arrastrado por el viento. Nuestro comando intentó un ataque al bosque que había delante, y fué enviada la quinta compañía.

Los S. S. les prepararon una emboscada en la cual cayeron, siendo cercados y casi aniquilados. En la refriega quedaron algunos legionarios heridos que no hubo tiempo de retirar, y un cura. Todos fueron brutalmente asesinados a golpe de hacha o a tiros en los ojos. Tenemos entendido que la estación radiotelefónica de la B. B. C. se ocupó en oportunidad de estos hechos que agregados a otros no dejaban lugar a dudas sobre el salvajismo de que hacían gala nuestros enemigos. En la mañana nos despiertan en la misma forma que el día anterior, es decir, a cañonazos, pero esta vez sin tomar a nadie desprevenido. En este sector renació la calma y todas las fuerzas se retiraron quedando solos. Los que quedaban en la posición que estaba a nuestra derecha, ya nos tenían acostumbrados a los combates de noche, pero en la última nos quitaron el sueño porque fué más violento que de costumbre, y con el susto pasamos toda la noche en vela por lo que pudiera suceder, pero no fué más que ruido. Estas cosas les ocurrían a menudo a los patriotas dada su inexperiencia en esta clase de guerra. Por

fin nos relevan y vamos a descansar a Fresse, alojándonos en los graneros, entre la paja, donde nos encontrábamos muy a gusto porque por lo menos no sentíamos frío y estábamos bajo techo. El pueblo estaba batido por la artillería alemana que alcanzó a hacer algunas víctimas entre sus habitantes, contándose una señora que estaba parada en la puerta de su casa cuando en plena calle hizo explosión un proyectil que causó su muerte y la de sus dos hijos pequeños que se encontraban junto a ella. Después de cuatro días de descanso remontamos en línea durante la noche ocupando la misma posición que teníamos. Estábamos haciendo una guerra de posiciones. Ni ellos ni nosotros hacíamos ningún movimiento que pudiera definir la situación en este frente. quietos dentro de los agujeros, recibíamos el agua que nos caía encima convirtiéndonos en una sopa. Aquella maldita lluvia sólo a breves intervalos se detenía para continuar cayendo monotonamente.

Y la guerra continuaba sin que se vislumbrara su fin. Morían los hombres llegando otros a reemplazarlos, a quienes había que enseñar, durante los descansos, el manejo de las armas, dos o tres días antes de llegar al frente. ¡Eso era carne de cañón y nosotros hubiéramos protestado con toda el alma, pero...! ¿Qué podíamos hacer si era el gobierno el que los enviaba? En la guerra se necesitan hombres que llenen los puestos de los heridos y de los muertos y si la suerte no los ayuda mucho, no demoran en tener el mismo fin de aquellos a quienes vinieron a suplantar.

Salíamos de un sitio para ir a otro casi siempre peor. Frío, lluvia, nieve. Montar a la línea, ser relevados, y esta operación se repetía siempre y sin descanso.

En uno de los sectores en que nos tocó actuar, nos fué dado ver un espectáculo doloroso como pocos: una mañana notamos movimiento de gente delante de la posición, que avanzaba hacia nosotros enarbolando grandes banderas blancas. ¿Eran los germanos que se rendían? Aún no los distinguía-

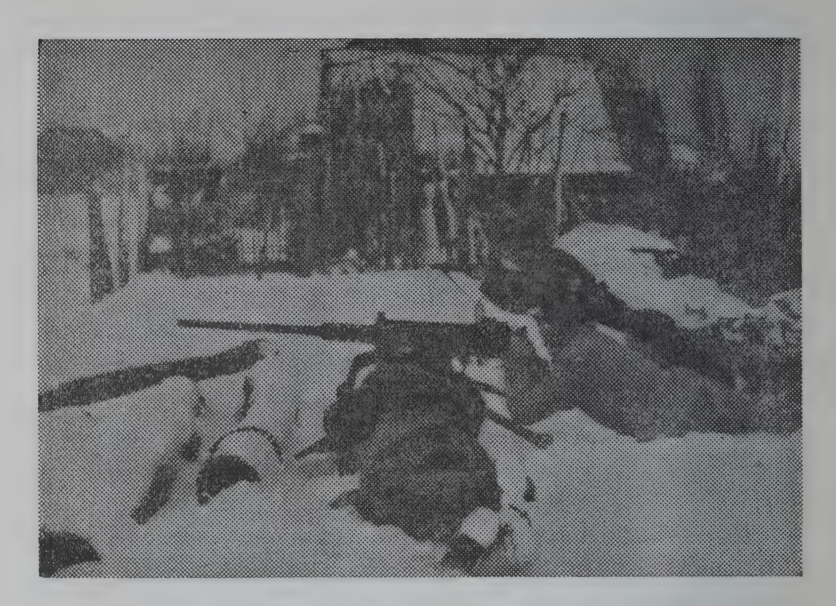
mos bien pero estábamos todos en los puestos de combate por lo que pudiera suceder. Cuando estuvieron más cerca, no podíamos creer lo que nuestros ojos asombrados veían. Centenares de mujeres de todas las edades, viejos y niños cargando sus líos en la espalda, las madres con sus bebés en los brazos, algunas que habían dado a luz en los bosques y entre la nieve, pues hacía cinco días que vagaban sin saber dónde ir.

Era aquella, otra de las hazañas de los hunos de Hitler. Después de apoderarse de todos los jóvenes del pueblo La Bresse, lo incendiaron, condenando a sus habitantes a morir de hambre o de frío en los campos helados o en los montes. ¿Es posible que a pesar de su ferocidad y después de haber cometido parecidas atrocidades, alguien pusiera en duda su salvajismo, y lo que es peor, los admirara? Aquellos que lo hicieron, tal vez eran y son sus iguales.

Hemos hecho este breve relato, para que todo el mundo se de cuenta que de las manos criminales de los nazis, nadie estaba libre.

Siempre cambiando de sitio, hoy un pueblo, mañana otro, atravesamos los Departamentos de la Costa de Oro, Doubs, Vosgos,, Haut-Mossele, Haute-Loire, y otros que no recordamos, acercándonos más y más a la guarida de la fiera. ¡Alemania! Y fué así que llegamos a Alsacia, ocupando el pueblo denominado Romigni, donde dormimos para continuar al día siguiente, la campaña que al fin de cuentas resultaría la más dura de cuantas habíamos hecho hasta entonces.

En la madrugada reanudamos la marcha tomando a nuestro paso un pueblo y al amanecer estábamos emplazados en una casa a unos centenares de metros de los boches que cuanto más se acercaban a su patria más duros se ponían. En cuanto aclaró una fuerte ofensiva fué lanzada en todo el sector; apoyamos el avance de la infantería ligera con el fuego de nuestras piezas. Los morteros tiraban rabiosamente en-



Primera División Francesa Libre en plena acción en los Vosgos

volviéndonos en densa humareda. Poco a poco los teutones se retiraron poniéndose fuera del alcance de nuestros tiros.

Tenazmente les perseguimos hasta Maseveaux donde les atacamos de nuevo hechándolos a las montañas. Este pueblo como todos aquellos donde se desarrollaba algún combate, quedó en ruinas y sembrado de cadáveres que más tarde, hicimos enterrar por los prisioneros alemanes.

Se nos designó como alojamiento una escuela cuyas paredes estaban plagadas de fotografías del enemigo público número uno y que fueron a dar a la calle hechas pedazos. En la habitación destinada a los hombres de nuestra pieza, había una cama de matrimonio que nos apresuramos a tomar. Esa noche sí que íbamos a dormir como unos reyes. Cuando nos es-

tábamos preparando para gozar de aquel excelente lecho, nos alarmó un cañonazo que pegó muy cerca del edificio, haciéndolo vibrar. Con el oído alerta para percibir el silbido del próximo que llegaría, esperamos. No tardó en llegar, y esta vez, mejor dirigido que el primero, hizo añicos la ventana y las tejas de una parte del techo, cayendo sobre nosotros una lluvia de escombros. Era indudable que nos habían arruinado la buena noche que pensábamos pasar. Tomando apresuradamente los equipos, nos lanzamos escaleras abajo, no parando hasta el sótano. El tercer proyectil destrozó la escalera. Abajo no estaríamos tan cómodos como en aquella buena cama, pero por lo menos estábamos seguros.

Durante varias horas se prolongó el bombardeo dejando en pedazos el piso alto de la casa.

Apenas fué de día, comenzamos a prepararnos para desalojar a los alemanes de las montañas vecinas. El Cte. Simón, al mando de nuestro batallón y del segundo de choque francés, apoyados por la artillería, se encargaría de hacerlo. Con justeza extraordinaria fueron ejecutados todos los movimientos, llegando al Col Bussang, que era nuestro objetivo, sin perder un solo hombre, y tomando muchos prisioneros. Era muy importante para nosotros apoderarnos de este lugar, porque de allí en adelante se extendía la planicie, siendo para los tanques y fuerzas blindadas el trabajo a hacer. El frío allí reinante era terrible y tan pronto llovía como nevaba o caían fuertes granizadas.

Las tropas que debían relevarnos estaban abajo pero se comentaba que el Comandante no quería ser relevado aún y estábamos furiosos con él. Con sus morteros, los boches nos estaban haciendo una enorme carnicería y si hubiéramos creído en maldiciones, nos habríamos convencido que alguna había caído sobre Simon, porque entre los muchos muertos y heridos se contaba él, con dos grandes agujeros en la espalda

causadas por el mismo obús que puso fin a la vida del valiente ayudante Kocsis y de varios más.

Cuando fuimos a descansar lo hicimos cerca de la ciudad de Fougerolles y la de Luxeuil que ya conocíamos.

Una mañana fuimos a rendir honores a los muertos que descansaban en un cementerio cercano. Llegamos y formamos en cuadro alrededor de las tumbas de nuestros camaradas; presentamos las armas y fué izada la bandera.

Avanzó el Cte. y un sargento se adelantó hasta el centro de las sepulturas. Comenzó la lectura de la lista de los que allí estaban enterrados y a cada nombre el sargento contestaba: "Muerto en el campo del honor".

Luego un clarín dejó oir las notas del Appel Aux Morts, mientras nosotros guardábamos un profundo silencio. En lo que iba de la campaña de Francia, nuestra brigada había perdido más de 700 hombres sin contar los heridos, de los cuales muchos no volverían más por haber quedado inválidos. Quizás para éstos la muerte hubiera sido menos dolorosa, más piadosa.

La noche que nos pusimos en marcha para tomar el ferrocarril en la estación de Fougerolles, nos divertimos algo a costa de un Tte. muy joven y muy militar, que quería imponer una disciplina de tiempo de paz. Se debe haber imaginado que arrugando el entrecejo, y poniendo cara de hombre malo, nos iba a impresionar. A muchos había hecho entrar al calabozo en pocos días y esa noche aprovechando la oscuridad, pagó las consecuencias. Primeramente, quiso prohibirnos cantar y cuando los de adelante se callaban comenzaban los de atrás; luego le gritaron cosas nada agradables y por último le pusieron el uniforme a la miseria de barro y de algo que tenía mucho más mal olor que el barro. El joven oficial estaba ciego de rabia y no sabiendo que hacer, le dió parte al Cte., quien le preguntó si el sabía quien era

el autor de la fechoría. Naturalmente que no podía acusar a nadie y por lo tanto el Cte. le dijo que no podía castigar a todo el batallón por algo que tal vez hubiera hecho uno solo.

A las 21 horas el tren se puso en marcha, sin que supiéramos donde nos llevaban. Los vagones tenían en la puerta la siguiente inscripción: "cheveaux 8, hommes 25" lo que quiere decir que cargaba 8 caballos y 25 hombres. Tres días duró este viaje en el cual para dormir, lo hacíamos con los pies de unos en la cara de los otros y el darse vuelta significaba una interminable discusión con el vecino que acababa por despertar a todos los demás.

Pasamos por Limoges, Angulema y otras ciudades que no recordamos, para descender del tren a media noche y montar en camiones que nos condujeron a un viejo castillo, donde quedaríamos alojados.

En la mañana preparamos lo que debía ser nuestro acantonamiento por varios días y en la tarde fuimos al cine en la aldea de Chevanceaux.

Dicho cine estaba instalado pared por medio de un galpón donde dormían unas vacas que de vez en cuando, intervenían con sus mugidos en el diálogo de la película, y cuyo olor llegaba hasta el público. Para librarnos de los ejercicios diarios, pedimos permiso y nos lo concedieron. Al día siguiente, junto con Salaverry partimos para París a pasar diez días.

Esa tarde, a pesar del frío pasamos lavando ropa y planchando para secarla. A las siete de la mañana, los camiones nos llevarían a Anguleme donde tomaríamos el expreso Bordeaux - París. Salimos a las 9 horas 45 minutos llegando al final del viaje a las doce y media de la noche. Sin conocer nada nos pusimos en busca de un hotel para pasar la noche, cosa que no nos resultó fácil. Después de mucho caminar sin saber muy bien por donde, encontramos por fin habitación. Al día siguiente nos dirigimos a la casa de la madrina de guerra, y

como no encontramos a nadie, fuimos a los Inválidos a hacer firmar la licencia en la gendarmería, y luego a la Escuela Militar a recoger los vales de racionamiento. Comimos en un lugar cualquiera volviendo a casa de la madrina. Esta no nos conocía más que por carta, de manera que nos presentamos diciendo simplemente: "heme aquí, soy su ahijado', lo que equivalió a una especie de sésamo ábrete, pues nos recibieron como si nos hubieran conocido de toda la vida. Al anochecer fuimos con ella a la casa de un compañero, que ya había escrito diciendo que nos recibieran como a él mismo. Después de algunos minutos de charla, no muy desenvuelta, con la familia de M, porque aun no entendíamos bien el francés con acento parisién, dijimos que íbamos a buscar un hotel, antes de que se hiciese más tarde, pues ya sabíamos por experiencia que era difícil encontrarlo. No lo permitieron de ninguna manera y la señora de M. puso a nuestra disposición la habitación de su hijo deportado en Alemania.

Aceptamos encantados. De mañana temprano, con la señorita de M. y la madrina tomamos un ómnibus que nos llevó a las afueras de París donde pasamos un día de lo más agradable. En la noche fuimos a un baile, retirándonos a las seis de la mañana. A mediodía volvimos a París, donde un señor que no conocíamos nos obsequió en su casa con un regio almuerzo. Si no fuera por pecar de mal agradecidos diríamos que aquel señor trabajaba con el mercado negro porque de otra manera no se explica que tuviera todo aquello para comer y beber. Nuestra licencia se deslizaba con una rapidez increíble y nosotros queríamos ver todo en esta bellísima ciudad. Hacíamos nuestros paseos a pie para conocer mejor ¿quién sabe si se nos presentaría la oportunidad de volver? Era necesario aprovechar al máximo estos pocos días y así lo hicimos.

Durante uno de nuestros paseos encontramos un legionario del Batallón, le preguntamos donde estaba acampado y nos contestó que había partido pero que no sabía con que des-

tino. Como en esos momentos estaba en su apogeo la contra ofensiva alemana en las Ardenes, nos supusimos que debía estar en el frente. Razón de más para continuar divirtiéndonos tanto como nos fuera posible. Seguimos nuestros paseos tratando de no acordarnos que muy pronto, volveríamos a la matanza.

Estábamos en las fiestas de fin de año, todas las noches había bailes a los que íbamos saliendo al aclarar el día.

Después de dormir un rato, a eso del medio día salíamos a recorrer París para tratar de ver lo más interesante. Un día era el museo de los Inválidos, donde parece flotar aún el espíritu de los héroes de la Francia inmortal, entre los trofeos de cien batallas de gloriosa memoria, y de valiosísimas reliquias históricas.

El Museo Grevin, de figuras de cera de un realismo asombroso. Están allí reunidos en escenas familiares, Napoleón con su familia y sus Mariscales, Luis XIV con algunos personajes de la época, la reina María Antonieta en la prisión con su guardia y el Delfín en la habitación inmediata. En otro lugar Marat asesinado en el baño, pudiéndose ver en su pecho la herida abierta por el puñal de Carlota Corday, que recostada contra la pared, los brazos en alto como para defenderse, mira su obra con ojos de espanto, mientras que una anciana con gesto amenazador, avanza hacia ella. Vimos los magníficos salones del Louvre, en aquellos días desposeídos de todas las obras de arte, por haber sido escondidas para salvarlas a la rapiña nazi. En una segunda visita a los Inválidos admiramos la tumba de Napoleón, la de sus hermanos, y la del Mariscal Foch y el corazón embalsamado del primer granadero.

Respirábamos paz y tranquilidad, recorriendo las márgenes del Sena. La izquierda, que da al Quai de la Rapée, con su interminable fila de quioscos de (bouquinistes) vendedores de libros y la de la derecha con sus magníficas alamedas en las cuales se abren las pistas para los que pasean a caballo.

Nos deleitamos en la contemplación de la magnífica obra arquitectónica del teatro de la Opera frente a la plaza del mismo nombre, desde la terraza del famoso "Café de la Paix". Todo era para nosotros motivo de admiración; desde los jardines de las Tullerías y el Luxemburgo, hasta la Catedral de Notre Dame, el Arrabal Saint Germain y la cuna de muchos de los bohemios que dieron fama y renombre al arte francés, Montmartre, con sus estrechas y empinadas callejas.

Pero no era aún todo eso lo que más nos encantaba en París. Ni sus grandes Boulevares, ni las callejuelas del bullicioso Barrio Latino. Lo más bello de la Ciudad Luz, nosotros no podríamos describirlo porque es espiritual, es ese "no se qué" inexplicable y que una vez lejos de ella, deja en nosotros el eterno deseo de volver, algo que nos atrae con fuerza extraña.

Inexorable corría el tiempo y llegó el momento de partir. De mañana temprano, acompañados por la señora y la señorita de M. vamos a tomar el tren en la estación del Este, en la misma en que en esta guerra y en la pasada, tantos y tantos miles de hombres se habían embarcado, para ir hacia donde nosotros íbamos, hacia el frente, y con la misma esperanza, en muchos casos irrealizada, de volver. Igual que a Salaverry una gran tristeza nos oprimía, y llenaban nuestras cabezas los más tristes presentimientos.

Nos despedimos y el tren se retiró de la estación. Hacia mucho frío y al vagón en que viajábamos, le faltaban casi todos los vidrios, lo que empeoraba la situación. A las cuatro de la tarde, llegamos a Nantes, capital de la Lorena, donde dormimos en un cuartel. En este lugar, gracias a un enorme esfuerzo de voluntad, no desertamos. Era tal la depresión moral, el miedo de volver al frente, que al ver un tren de carga que se dirigía a París, nos vino al mismo tiempo la idea de tomarlo y volver. Un buen rato estuvimos luchando con nosotros mismos. Cuando uno se decidía el otro lo contenía y así

sucesivamente . . . y el maldito tren allí, que nos tentaba.

Cuando se marchó, dimos un suspiro de alivio. Habíamos estado a punto de cometer una cobardía de la cual, sin duda, nos hubiéramos arrepentido toda la vida. Por desgracia no podemos jactarnos de valientes, porque si no demostramos nuestro poco coraje, durante las muchas veces en que nuestras vidas pendieron de un hilo, fué simplemente por temor al ridículo, más fuerte mil veces que el miedo a la muerte. ¿Qué habrían pensado nuestros compañeros, nuestros compatriotas mismo, de hombres que habiendo partido voluntarios, desertaban por miedo? Para nosotros, para nuestras familias, y para todos aquellos con quienes nos unía la amistad, hubiera sido una eterna vergüenza. Por eso no por heroicidad, soportamos todo hasta el final y hubiéramos soportado mucho más aún.

El día que salimos de Nancy nos levantamos a tomar el tren a las 6 de la mañana y llegamos recién a la 1 de la tarde. Pasamos por Luneville y a las 17 horas estábamos en Berrebourg donde al otro día, al promediar la mañana vinieron a buscarnos en camiones para conducirnos a un pueblo llamado Kinzeim. Enseguida de llegar fuimos enviados con nuestra pieza a una posición avanzada, donde el comandante en persona fué a enterarnos de las buenas noticias, que eran las siguientes: estábamos ocupando el centro del sector. A nuestra izquierda, a unos cinco kilómetros, la ciudad de Celestat, defendida por un batallón francés y a la izquierda el pueblo Bergeim, ocupado por el primer batallón de la Legión. Ambos estaban siendo atacados casi diariamente por los alemanes que tenían gran empeño en apoderarse de ellos. Si uno de los dos caía, los demás quedaríamos cercados, y había orden de no retroceder costase lo que costase, defenderse hasta el último hombre. Ciertamente que ésto no era para levantar nuestra moral, ya bastante caída. Nuevamente nos asaltaba el deseo de desertar como allá en Nancy, y arrepentidos de no

haberlo llevado a cabo, nos prometíamos no dejarnos asesinar, y si quedábamos encerrados nos arreglaríamos para escapar de alguna manera. Ya teníamos para esto la triste experiencia de Bir el Akeim. El frío era más intenso que nunca y nos martirizaba. Todo estaba cubierto por la nieve. Los días pasaban y a la espera de lo peor, fortificábamos las posiciones, dentro de un nerviosismo agotador, que nos hacía desear a veces que lo que tenía que ocurrir, cuanto más rápido llegara tanto mejor. A veces, los cañonazos caían en el pueblo, rompiendo algunas casas. Durante la noche patrullábamos las calles y en una de estas recorridas, sorprendimos un individuo que apagaba y prendía la luz de su habitación de una manera harto sospechosa. Golpeamos a la puerta y cuando abrió... ¿se podría saber que es lo que hace Ud. con ese prender y apagar de luces? le preguntamos. "Hago dormir la nena", nos respondió. "Está bien, contestamos, mañana le dirá Ud. eso al Comandante". Le dimos cuenta del incidente al oficial de guardia que de inmediato puso un centinela en la casa. Al día siguiente dos gendarmes se lo llevaron y no lo vimos más haciendo dormir la nena.

En la posición avanzada nos relevamos por piezas y una de las veces que nos tocó ir con la nuestra, fuimos rodeados, junto con la sección de infantería ligera que estaba con nosotros, por una patrulla alemana. Un legionario que estaba de guardia en una de las ventanas de la casa recibió en la cabeza un obús de un arma anti-tanque. El estampido nos puso a todos alerta corriendo a las armas. Después de cambiar algunos disparos, nos dejaron tranquilos. Un compañero mantuvo tirado en la nieve a un alemán hasta que fué de día.

El boche estaba herido y cada vez que se movía, la nieve crujía denunciándolo, por lo que se guiaba nuestro amigo para dirigir el tiro de su fusil ametrallador hacia ese sitio,

obligando al alemán a quedarse quieto para no recibir una bala. Cuando el día estuvo claro, salimos y lo hicimos prisionero, encontrando también dos muertos.

En vista de que los alemanes parecieron desistir de sus propósitos de derrotar las alas de nuestras fuerzas, somos nosotros que nos movemos desplazándonos hacia Bergein, donde ya había muchos hombres y una cantidad de material. Era visible que se preparaba algo. En el gran tablero de ajedrez que es un campo de batalla, donde los jugadores son los estados mayores y los ejércitos las piezas, los alemanes habían hecho su jugada y por lo tanto nos tocaría mover a nosotros, o mejor dicho nos moverían. Lo que todos calculamos al ver aquel amontonamiento de material en el pueblo, salió acertado. Dos días después, la ofensiva era lanzada en todo el frente de Alsacia en un esfuerzo final por alcanzar el Rin. El mismo día, el pueblo de Guemar cayó en nuestro poder tomado por el primer batallón de la Legión. Allí los relevamos nosotros para recibir al anochecer un violento contra-ataque alemán que nos hizo retroceder un centenar de metros, para reconquistarlos, con la ayuda de los tanques.

Apenas amaneció, cuando se prosiguieron los ataques en todos los sectores. El enemigo resistía con furioso encarnizamiento pero aunque lentamente, y haciendo muchas bajas en nuestras filas cedía el terreno.

Desde que hacíamos la guerra, nos parece que no habíamos visto combates más duros que los que allí se desarrollaban. Metro a metro, llegamos hasta un molino donde los boches dejaron unos cuantos de los suyos muertos y heridos. Los de ametralladoras pesadas quedamos allí para apoyar el avance de la infantería ligera que, con la compañía da ametralladoras livianas marcharía al ataque del bosque de Hilzenheim, para lo cual tenían que atravesar un trecho de terreno, completamente llano, como de trescientos metros. La 6a. compañía marchó adelante y cuando iba a mitad de camino fué

sorprendida por el fuego mortífero de un tanque que, oculto cerca de allí, les cortaba el paso. Nuestros compañeros se tiraron por tierra quedando pegados a ella, ni uno solo se movió, mientras los proyectiles explotaban entre ellos, haciendo una carnicería. Cuando el enemigo cesó el fuego, había más de treinta bajas en la compañía. Pero no se amedrentaron por eso y siguieron adelante, hasta entrar en el bosque y trabarse en un combate furioso con los alemanes, que se defendían desde una especie de casamatas hechas con gruesos troncos de árboles. Nosotros y la artillería, con el fuego de nuestras piezas rociábamos el bosque, pero desgraciadamente los artilleros, dada la proximidad de los combatientes, calcularon mal su tiro, haciendo no pocos estragos en nuestras propias filas. Al ser desalojados los boches de sus posiciones, no demoraron en atacar para reconquistarlas, siendo necesario enviar la 5a. compañía para detenerlos. Si se nos permite la expresión, podríamos decir que los hombres en esta masacre caían por montones, y el comando resolvió echar mano de todos los que tenía disponibles, incluso los que estaban en los "bureaux" y fué así como a la puesta del sol el Ayudante Jefe Vitens, que mandaba nuestra sección desde que cayera herido el teniente Guerard nos dijo: "ordena a los hombres de tu pieza que se proven de munición abundante para las armas individuales, y que se cercioren de su buen funcionamiento, porque dentro de un rato vamos para el bosque a reforzar las compañías de infantería". Unos minutos más tarde estábamos en marcha. Desde que se pisaba la linde del bosque, era una zambullida tras otra, porque los obuses caían de contínuo. Al llegar a la línea de fuego nos encontramos con Salaverry, que mandaba una pieza de ametralladora liviana y que estaba en un estado lamentable. Mojado, lleno de barro, y temblando de frío. Preguntámosle, como ya conocía la posición, dónde podríamos poner los 15 hombres que traíamos y nos indicó un lugar un poco adelante de su pieza. Hallamos

un agujero hecho y nos metimos en él, indicando luego a cada uno el sitio que debía ocupar. Una vez todos instalados, nos dirigimos de nuevo a Salaverry, para saber qué fuerzas había delante nuestro. "Mira, nos contestó, yo no sé muy bien de qué compañía serán, pero sé que son alemanes y que directamente delante tuyo, hay una ametralladora que tira que da miedo, por lo tanto te aconsejo que no te muestres demasiado". Sería inútil pretender relatar con más o menos realismo lo que allí sucedió. Ataques para avanzar 20 metros y ser de inmediato contra-atacados por los alemanes y después de una breve tregua volver a lo mismo. Tres días y tres noches de horror, de espera angustiosa, horas y horas bajo terribles cañoneos, con unos pocos minutos de un sueño agitado del cual salíamos casi siempre sobresaltados, con el espanto en los ojos y todo esto con el agregado de una temperatura de más de veinte grados bajo cero. Los pocos que salimos de allí lo hicimos por milagro. Un obús explotó a escasamente dos metros del lugar donde Salaverry se había tirado al suelo. La deflagración del aire lo levantó y las esquirlas le pasaron rozando el cuerpo, ocasionándole sólo una pequeña herida en un hombro. Más tarde contamos los agujeros que tenía en el capote y eran 14. Estábamos ya al fin de nuestras fuerzas, cuando vino el relevo. Unas horas más y hubiera llegado demasiado tarde. De un efectivo de 900 estábamos sanos y salvos 105. Más de trescientos muertos, y cerca de quinientos heridos. Nuestro batallón estaba aniquilado. ¡Y todo esto en solo tres días y tres noches! Sólo teníamos un consuelo y era éste: de que si la guerra terminaba pronto, no iríamos más al frente. Cuando salimos del bosque y llegamos a la carretera, el comandante estaba allí. Como viera un grupo de diecisiete hombres que venía mandado por un cabo jefe le preguntó a qué compañía pertenecía. "Este no es un grupo mi comandante, contestó el cabo Jefe, esto es lo que queda de la 7a. compañía de infantería del batallón".

Simón bajó la cabeza y no contestó nada. Más atrás venía la 6a., con 21 legionarios y luego la 5a., con 32. La más numerosa era la de ametralladoras livianas, que con el refuerzo de nuestra sección contaba con 150 hombres antes del combate y en ese momento éramos 44. Con infinita tristeza, el Comandante miraba los girones del que había sido el bizarro 2do. Batallón de la Legión Extranjera; hombres que no eran sino la sombra de lo que habían sido. Marchábamos arrastrando los pies, los uniformes cubiertos de barro y las caras pálidas y demacradas. Algunos soldados de otras unidades que nos veían pasar y estaban enterados de lo sucedido, nos miraban como si fuéramos fantasmas. Al día siguiente, ya de vuelta al pueblo de Bergueim, que nos había visto partir, la gente nos preguntaba por las demás compañías. Allí el Comandante, en público, nos leyó un mensaje del General de la División, en el que nos expresaba su admiración, por la bravura con que el batallón había cumplido su deber. Nos parece que a más de uno se le escaparon algunas palabras feas, al escuchar el mensaje en cuestión. Como nosotros no acertábamos a explicarnos el motivo del enorme sacrificio llevado a cabo, alguien se lo preguntó al Comandante y éste no puso reparos en decírnoslo: según él fué gracias a este sacrificio que nosotros considerábamos inútil, que las fuerzas blindadas que atacarían el Rin, tenían libre el paso. Lo que medió después no podíamos creerlo. Al segundo día de haber sido relevados, estábamos de nuevo en alerta, para partir a la línea en cualquier momento. Aquello desató entre nosotros una ola de protestas. Casualmente llegó del hospital el teniente Guerard y le expusimos nuestras quejas; era por decírselo a alguien porque él nada podía hacer, dijímosle que si nos querían hacer matar a todos, no tenían más que ponernos contra un muro y pegarnos cuatro tiros que era más rápido y nos evitaban todo sufrimiento. Con su suavidad habitual nos calmó y al mismo tiempo nos dió la noticia de que el Comandante había resuelto

darnos el grado de Cabo, en mérito al comportamiento en los últimos combates. Esto no nos alegró nada, y nos sentamos alrededor del fuego a calentarnos y conversar.

A los pocos minutos languideció la conversación y cada uno estaba entregado a sus propios pensamientos. Fué entonces que se nos ocurrió una idea. Tomando un cajón de corneed-beef que estaba por allí le sacamos dos tablas y con un cuchillo hicimos una cruz, en cuyo brazo horizontal, grabamos la siguiente inscripción Cabo LOPEZ, Domingo, muerto en el campo del honor. Cuando partamos, la llevaremos, dijimos a nuestros compañeros. "Es una pena ser enterrados sin cruz, aunque ésta de un lado diga corneed-beef, industria uruguaya y del otro lado tenga escrito nuestro nombre". Después de discutir un rato sobre la utilidad o inutilidad de las cruces sobre las tumbas, nos fuimos a dormir. Poco después fuimos despertados para prevenirnos de que al amanecer debíamos estar listos para partir. Nosotros creemos que esto nos quitó el sueño a todos, porque de contínuo se oían ruidos como de gente que se revuelve en el lecho. Antes de la hora indicada estábamos prontos. Cuando fuimos a tomar los camiones, los compañeros de pieza no nos permitieron subir con la cruz, pero como teníamos especial interés en ser enterrados con todas las de la ley, para no dejarla montamos en otro camión donde no fueran tan superticiosos. Nos pusimos en marcha y antes de llegar a destino nos hicieron detener, ordenándonos dar media vuelta y volver al punto de partida porque ya no había necesidad de nosotros. La sensación de alivio que sentimos no es para ser imaginada.

Gritando y cantando llegamos a Bergueim, donde charlamos hasta por los codos y reímos con motivo o sin él. Para nuestra completa tranquilidad fuimos a retaguardia. Recién podíamos estar más o menos seguros de no entrar en combate por lo menos enseguida.

En el pueblo de Chate - Nois, nos hospedamos en casas

de familia donde pasamos muy buenos días, partiendo luego a ocupar los puestos avanzados de la línea Maginot para hacer guardia en el Rin, donde también lo pasamos agradablemente.

Volvimos de allí a Chate-Nois para dirigirnos en los camiones a la estación de Alkirch, donde ya nos esperaban los famosos vagones con la consabida inscripción: caballos 8, hombres 25.

Este viaje, hecho en tan malas condiciones como el que hiciéramos poco tiempo antes, duró cuatro días, al término de los cuales desembarcamos cerca de media noche en la Bocca siendo transportados en camiones hasta Mougens. Aquí estuvimos como nunca: camas, un castillo magnífico perteneciente según rumores a un millonario americano, un espléndido parque lo rodeaba y tenía una soberbia piscina. Por si todo esto fuera poco, la ciudad de Cannes, nos quedaba a 6 kilómetros de distancia, por lo que íbamos a pie todos los días.

Nuestra media brigada, a raíz de los combates de Alsacia sería condecorada con la Cruz de la Liberación y la elección para representarla recayó en nuestro batallón. Nosotros, por desgracia, no pudimos ir, porque nos encontrábamos en prisión a causa de un pequeño escándalo que habíamos armado en Cannes.

Para los desfiles que se llevaron a cabo durante esos días en Niza y París, con motivo de recibir la condecoración antes citada, no se acordaron de sacarnos de la prisión, pero cuando se trató de partir hacia el frente, nos vinieron a buscar de inmediato.

ULTIMOS COMBATES Y FIN DE LA GUERRA

Rogando que como hasta ese momento la suerte nos fuera favorable, marchamos hacia los Alpes para echar de Francia a los últimos bárbaros.

Tomamos por una carretera que corre entre enormes montañas y en muchos trechos bordea precipicios que nos hacían correr frío por el cuerpo, pensando lo que pasaría si el chofer hiciera una falsa maniobra. Al llegar la noche, los camiones con los faros encendidos, daban la impresión de un fantástico reptil que se arrastrara lentamente con sus cien pares de ojos luminosos, en las vueltas y revueltas del camino.

Dormimos esa noche en una aldea y a las tres de la mañana partimos al ataque.

Una parte del camino la hicimos en camión para después cargar el material a lomo de mulo y seguir a pie. Con facilidad nos apoderamos del primer objetivo y luego fueron cayendo los demás.

En ese momento ya se rumoreaba que la guerra terminaría de un minuto a otro, lo que en vez de darnos coraje nos acobardaba más y más, al pensar que podían matarnos después de haber salvado la piel durante más de tres años, y en peores circunstancias que aquella en que nos encontrábamos.

Por fin, nos dejaron descansar quedando en reserva por cuarenta y ocho horas y pensábamos: dos días ganados sobre el fin de la guerra. ¿Quién dice que no puede terminar mientras estemos aquí?

La próxima posición que tuvimos que ocupar era tranquila y no tiramos ni un tiro; estábamos en protección del puesto de comando.

Una mañana, la compañía de ametralladoras livianas que ocupaba un puesto avanzado con algunas secciones de infantería, fué atacada perdiendo como treinta hombres entre muertos y prisioneros. En la misma tarde los alemanes colocaron un observatorio en nuestras propias barbas, volviéndose muy comprometida la situación. Al anochecer, Artola nos dijo que ordenáramos a los hombres de la pieza que prepararan todo para partir sin moverse ni hacerse ver mucho. Como aquello nos oliera mal, le preguntamos que pasaba y quiso hacernos

una historia de patrullas, que, por supuesto, no tragamos, dándole a entender que podía decir tranquilo lo que era, porque hacía tiempo que habíamos dejado de ser reclutas, y que aquello se parecía a una disparada como una gota de agua a otra.

Contestó que efectivamente, nos retiraríamos porque las cosas no iban bien, pero que no dijéramos nada a los otros para no alarmar.

Nos parecía raro esto de que el Cte. abandonara el campo tan fácilmente, pero también teníamos la impresión de que, como cualquier otro, no tenía ningún interés en exponerse inútilmente ahora que todo estaba por terminar. Según nuestra opinión, fué una de las decisiones más sabias que tomó, durante los largos años que fué nuestro jefe, porque había que ver con qué gusto y con qué rapidez nos pusimos en movimiento para cumplirla al pie de la letra...

A eso de la una de la mañana, una vez todo preparado, comenzamos a marchar cautamente y en el mayor silencio posible. Esto último no lo entendían los mulos que se enojaban y comenzaban a brincar con las cajas de munición, armando una batahola de mil demonios que nos ponían los nervios de punta.

Recién al amanecer hicimos alto deshechos de cansancio, a pesar de haber andado todo el camino a remolque de los animales.

Cuando aquellos que protegieron la retirada se nos unieron, nos enteramos de algo muy curioso. Cuando les llegó la hora de abandonar la posición, nuestra artillería comenzó a tirar sobre el sitio que estaban ocupando, haciendo otro tanto los alemanes. Ambos querían evitar la persecución de sus tropas en retirada y los dos, creyendo contener al enemigo, cañoneaban el mismo lugar. De manera pues, que ellos se fueron por su lado y nosotros por el nuestro.

Y así, tan cómicamente terminó para nosotros la gran tragedia que durante años ensangrentó al mundo enlutado a mi-

llones y millones de hogares. Esta fué nuestra última intervención en la gran lucha de las democracias contra los funestos totalitarismos y las canallescas dictaduras por fin abatidas.

En el cuartel Maud'huy de los Cazadores Alpinos instalado en Lantosque en los Alpes, nos sorprendió el final de la contienda.

Siempre pensamos que al llegar esto, nuestra alegría sería inmensa, delirante, y sin embargo, cuando lo que tanto tiempo habíamos esperado se convirtió en una bella realidad, permanecimos como atontados, sin entusiasmo y sólo algunas horas más tarde comenzamos a tirar tiros para hacer ruido, pero sin mayor convicción, sencillamente porque la guerra había terminado y era necesario festejarlo de alguna manera.

Cuando los oficiales resolvieron que tanto tiro era peligroso, nos quitaron las armas y nos fuimos a dormir tranquilamente.

Al día siguiente fuimos conducidos a Italia, donde quedaríamos en ocupación de una aldea, hasta cuyo nombre nos pareció feo e insignificante: Sambuco.

No recordamos cuantos días permanecimos allí, donde lo único que hacíamos era aburrirnos enormemente, hasta que al fin regresamos a Lantosque, continuando poco después para Antibes, en la Costa Azul y pocos días más tarde a la Ferté Milon una estación de ferrocarril a 60 kilómetros de París.

Una vez allí, recién comenzamos a vislumbrar el comienzo de la desmovilización y, como al salir de nuestra Patria solo tenía lugar en nuestras cabezas un pensamiento y una idea que era, ¡partir!; entonces, también sólo nos preocupaba una cosa: ¡Volver a nuestro hogar y poder gozar recién de las delicias de la paz!

Ese día inolvidable llegó por fin el 30 de Agosto de 1945. En la estación de Orleans, en París, tomamos el tren que nos llevaría al puerto de La Palisse, donde ya nos esperaba el vie-

jo barco francés, Groix, que nos dejaría en los brazos de todos los seres queridos que nos esperaban.

Tales han sido los horrores de la guerra que nos tocara presenciar en los diversos frentes de lucha donde el destino nos llevara, y que hemos tratado de relatar sin mayores detalles, que serían excesivamente pesados al lector.

Solo nos resta agregar que aquellos horrores que impresionaron nuestra retina y oprimieron nuestro corazón, encontraron su compensación máxima en la hora feliz de pisar de nuevo el suelo de la Patria (tanto más querido cuanto más distante) y que al caer nuevamente en brazos fraternos, con honda emoción comprendimos que en nuestra alma afloraba una vez más, sentimientos, que la guerra no había logrado destruír.

F I N

INDICE

Este libro se terminó de imprimir el 15 de agosto de 1948 en "Compañía Impresora S. A." (CISA), Isla de Flores Nº 1582, para el Comité Pro Financiación del Libro del Voluntario Rochense Domingo López Delgado



PRECIO $ 2.50 m/u